

Selecta

Sofía Arias

Bajo tu hechizo



Bajo tu hechizo

Sofía Arias

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para mis hijas.

Capítulo 1

La luz de la luna se filtraba con timidez por entre las ramas, y el paso tranquilo de los caballos apenas hacía crujir el manto de hojas cobrizas que cubría el suelo del bosque. Tres jinetes, ataviados con ropas oscuras y embozados bajo sus capas, trotaban en fila: el primero, más corpulento (aun sin serlo demasiado) que los otros dos, portaba un arco y un carcaj a la espalda; el más menudo cabalgaba entre sus compañeros, con la cabeza gacha; el último, el que parecía más alto, barría los alrededores con la vista y se revolvía inquieto sobre el animal. Montaban sin silla ni estribos, pero con las riendas bien sujetas.

A poca distancia, sobre una loma cercana y bien ocultos por la maleza que tapizaba la tierra, el general Ulter y una docena de guerreros a caballo vigilaban la marcha de los jinetes que avanzaban, sin prisa ni cautela, por uno de los senderos periféricos que cruzaban las tierras de Kaard como una fea cicatriz. Era uno de aquellos caminos que los campesinos trataban de evitar a toda costa por la proliferación de forajidos; los hombres del clan batían con denuedo la zona para limpiarla, pero los bandidos aparecían siempre como una enfermedad mal curada.

El viento arreció y los viajeros se arrebujaron más en sus capas. El general olisqueó el aire como un perro y notó en los huesos el avance implacable del invierno.

—¿Qué hacemos? —preguntó uno de los hombres que tenía a sus espaldas.

Ulter vaciló; una violenta ráfaga enmarañó sus rubios cabellos, y él entornó sus ojos claros. El paso de tres forasteros no le inquietaba lo más mínimo, y por su forma de avanzar parecían más perdidos que otra cosa.

—Vamos a seguirles con disimulo —dijo por fin—. Si continúan en esa dirección pronto abandonarán nuestras tierras y lo que les pase dejará de ser asunto nuestro.

El sendero se quebró en un claro del bosque. Un rayo de luz que se coló por entre las copas de los árboles iluminó el perfil afilado de Keinn, que abría la marcha, e hizo brillar sus ojos dorados. El viento agitó su capa y un mechón de pelo oscuro se pegó a su rostro como el lametazo de un perro. Los caballos piafaron, inquietos, y comenzaron a pisotear la dura tierra, pues advertían un peligro que no sabían ubicar.

Kaone, el tercer jinete, se acercó hasta Keinn, aprovechando el parón para estirar los músculos, y le dio un buen manotazo en el hombro.

—Confíesalo de una vez, Keinn. Nos hemos perdido y no tienes ni idea de dónde estamos.

Keinn se frotó el cuello y soltó una risotada.

—No lo entiendo. El camino a Allacian parece haber cambiado de sitio desde la última vez.

El otro jinete observó a los dos alternativamente, y refunfuñó bajo la máscara que le cubría el rostro.

—Ha sido su culpa, Naora —gruñó Kaone—. Bueno, y mía en cierto modo, por hacerle caso. Pero, que quede claro: él insistió en que conocía la ruta.

Naora elevó la vista hacia lo alto, pero el cielo apenas sí se distinguía bajo los frondosos abedules que poblaban el bosque. El ocaso estaba próximo; la tarde moribunda iba tiñendo las nubes de un hermoso tono púrpura.

—¿No tenemos ningún mapa?

Keinn y Kaone se encogieron de hombros.

—No —contestaron al unísono.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Continuamos o damos media vuelta?

Keimm resopló, indeciso, antes de mirar sobre su hombro.

—¿Sabes? Creo que nos están siguiendo —susurró, sin variar la expresión del rostro.

Naora se estremeció. Hacía rato que había percibido un aura maligna detrás de ella, aunque había intentado convencerse a sí misma de que se trataba de su propia imaginación.

—Yo también lo he sentido —dijo por fin.

Pronto los ahogaría la oscuridad. Aquello podía ser una ventaja o todo lo contrario, dependiendo de quiénes fueran sus perseguidores. El aire trajo consigo un olor agrio, penetrante, que les hizo arrugar la nariz. Kaone se acercó a Naora, y el calor que desprendía su cuerpo pareció reconfortarla un poco.

—Yo digo que nos vayamos.

—Y yo digo que nos entreguéis vuestro oro y recéis para que os dejemos con vida —respondió una voz áspera que surgió desde la nada.

Los tres se giraron hacia el lugar del que provenía la voz y desenvainaron las espadas. Varios hombres grandes como montañas surgieron de la espesura armados con cuchillos largos.

—Seguid vuestro camino y dejadnos tranquilos —dijo Kaone con la voz más gélida que encontró.

Algo más allá, todavía ocultos a los ojos de los forasteros, los hombres de Ulter se agitaron al ver a los bandidos. Sin embargo, el general permaneció impasible. Se limitó a reclinarsse sobre el cuello del caballo para observar mejor la escena. Un grupo de rufianes, media docena o tal vez alguno más; era difícil de apreciar desde la distancia.

—Y ahora, general, ¿intervenimos? —volvió a preguntar el mismo guerrero

de antes.

Ulter lo miró por entre las pestañas. Era un soldado joven, quizás ansioso por demostrar lo valiente que era.

Resopló. Aquellos cachorros siempre resultaban un fastidio.

Los bandidos se miraron unos a otros, desconcertados ante la inesperada muestra de valor. Hasta que, después de unos instantes de absoluta quietud, el que parecía el jefe bramó como una mala bestia y azuzó a los suyos contra los jinetes.

Aullaban como carroñeros que acaban de encontrar un cadáver bien gordo ante ellos.

Keimm y Kaone se adelantaron para proteger a Naora. Desde el caballo, y luchando con espadas, contaban con una tibia ventaja.

Siempre que no les hicieran desmontar.

Ulter gruñó; la noche engullía el paisaje a velocidad de vértigo y sabía que iba a perderse la batalla. Habría jurado que los jinetes mantenían una precaria formación de defensa, lo que no resultaba fácil cuando uno se enfrenta a un hatajo de malparidos sin honor. El jinete menudo había retrocedido por detrás de sus compañeros, pero no parecía asustado; al contrario, sostenía un mandoble sobre su cabeza que debía pesar tanto como él, y sin doblar los brazos. Ulter vislumbró el resplandor azulado de la hoja y se preguntó cómo podía un tipo tan canijo sujetar un arma tan descomunal. Si alcanzaba a alguien de refilón, sería raro que no lo decapitara.

—Nunca había visto ese estilo de lucha —comentó, intrigado, uno de sus hombres.

—Tampoco yo —convino el general.

—Es... ¿elegante?

Se defendían bien para hallarse en una inferioridad numérica tan clara, y atacaban todavía mejor: un par de bandidos ya se agarraban las tripas con las manos dando alaridos. Era de suponer que les habían hecho un buen agujero.

—Vaya, han tirado a uno... Y están a punto de descabalar a otro.

Dos de los bandidos habían rodeado a uno de los forasteros; se colgaron de él hasta obligarle a desmontar y empezaron a propinarle patadas.

—Muy propio de esa gentuza. No saben lo que es el honor.

—No —dijo Ulter—. Aunque probablemente saben lo que es el hambre y la desesperación.

—Y ahí ha caído el que faltaba.

Naora distinguió de refilón unas siluetas recortadas contra los rayos postreros del sol. Hombres que parecían montañas, a caballo; acompañados de lobos, o tal vez de perros grandes. Inmóviles. Acaso observaban, o quizá solo ocurría que estaban descansando en la zona y no les habían oído.

No había tiempo, en cualquier caso, para preocuparse por ellos.

Una sombra atacó a Kaone por la espalda cuando trataba de llegar hasta ella. La empuñadura de la espada se deslizó con torpeza de entre sus dedos y alguien le asestó una patada en la mandíbula que le dejó atontado. El joven extendió la mano en dirección a Naora moviendo los dedos y, de pronto, sus ojos perdieron el brillo. Miró hacia ella; las pupilas habían desaparecido bajo un velo púrpura.

A la desesperada, Keinn retrocedía evitando las cuchilladas de otros dos hombres, y de pronto Naora sintió unos dedazos que le apretaron el cuello. Manoteó con desesperación intentando quitárselos de encima.

«Qué indignidad», se dijo, iracunda.

Alguien de su condición, derrotada por unos perros insolentes que ni

siquiera deberían osar rascarse en su presencia. Angustiada, pensó en lo que diría su hermano si pudiera contemplarla en esos momentos. Imaginó su expresión de vergüenza y el rojo tiñó sus mejillas.

Los dedos no aflojaron su presa. Naora trató de alejarse, pero el tipo era demasiado grande y la había agarrado a conciencia. Se dejó caer y se revolvió en el suelo. En el forcejeo, la máscara salió despedida y la capa resbaló de sus hombros. Su espesa melena de color rosáceo quedó suspendida en el aire durante algunos segundos.

—¡Es una mujer! —gritó alguien con asombro.

Se escucharon varias carcajadas feroces. De pronto, Keinn y Kaone habían perdido todo interés para los bandidos y varias siluetas se aproximaron a la joven, que imaginó sus dientes renegridos y la lascivia brillando en sus ojos de cerdo. A pocas zancadas de distancia, Kaone luchaba por incorporarse, sacudiendo la cabeza.

«Ayúdame, Kaone», pensó Naora. «Necesito ayuda».

Con un terrible esfuerzo, mordiéndose el labio inferior con fuerza para que el dolor le impidiera sucumbir, Kaone volvía a extender la mano en dirección a ella. El púrpura de sus ojos destelló en la negritud que les envolvía, apenas quebrada por los tenues rayos de luna. Meneó los dedos y hasta Naora llegaron las palabras susurradas a la brisa.

Al principio, solo sintió un ligero temblor. Un tronar lejano y una leve vibración bajo sus pies.

Y, al poco, un segundo temblor, más potente; la tierra osciló como si fuera un gran pedazo de tela del que alguien estirara. Remolinos de hojas secas danzaron a su alrededor. Los hombres agitaban los brazos en el aire, tratando de mantener el equilibrio.

Y Naora trató de huir.

—¡Estate quieta, zorra! —ladró alguien a su espalda.

—¡Es una mujer! —había gritado el cachorro.

—¡Vamos!

Ulter dio la orden y los soldados se pusieron en marcha como si fueran un solo hombre, y el ruido de los cascos rebotó en la tierra como el tañido de un tambor. El general apretó el paso; hizo un gesto al guerrero que cabalgaba junto a él para que preparase el arco. La cuerda emitió un quejido al tensarse y el soldado se detuvo para buscar un disparo cómodo.

Naora gruñó cuando vio una bota enorme alzarse a pocos centímetros de su rostro. Casi esperaba oír el sonido de sus propios huesos al quebrarse. Pero, apenas dos segundos después, todo cuanto escuchó fue un zumbido seco. Una flecha atravesó el aire, vino a clavarse en un tronco cercano y se quedó vibrando. El tiempo pareció detenerse para todos.

Pestañeó, perpleja. Desde las profundidades del bosque se abrió paso una voz potente, y los contornos desdibujados de varios hombres a caballo asomaron entre los abedules.

—Entregad las armas. Soy el general Ulter. Estas son tierras de Vadyne de Kaard. Entregad las armas —repitió, en tono glacial— y, por esta vez, permitiré que conservéis la vida.

Los bandidos inclinaron la cabeza en actitud sumisa antes de arrojar las armas al suelo. Solo su jefe, fanfarrón y desafiante, sostuvo la mirada al general. Juguetó unos instantes con el cuchillo y fingió sopesar si debía o no rendirse. El soldado volvió a apuntar con su arco; la cuerda produjo un sonido ronco. El general avanzó un paso, y un palmo de hierro asomó de la vaina que le colgaba al cinto.

—Está bien, está bien... Me rindo —dijo el bandido, y arrojó el cuchillo con fuerza a los pies del general.

La hoja se clavó en la tierra, como un desafío. Pero el general se limitó a esbozar una sonrisa desdeñosa.

—Marchaos de aquí. Si vuelvo a encontrarme con vosotros, os prenderé y os

mostraré la justicia del señor de Kaard. Estamos bastante hartos de los ladrones, así que es probable que decida cortaros el cuello uno a uno.

—Cómo no. Sois el primo del señor, ¿no es cierto? Ya nos vamos. Buscaremos otro sitio para trabajar. Dadle recuerdos al jefe Vady, ¿de acuerdo? Hemos oído que no se encuentra muy bien últimamente.

El general apretó los dientes y observó cómo se alejaban. Kaone se llegó hasta la mujer y le tendió una mano con gentileza para ayudarla a ponerse en pie. Keinn se incorporó poco a poco y sacudió la cabeza con un gesto de dolor.

—¿Habláis mi lengua? ¿Estáis bien? —preguntó el general, y clavó la vista en él.

—Hablamos vuestra lengua, señor. Estamos algo magullados, pero sobreviviremos. Muchas gracias por vuestra ayuda, general —contestó, y se palpó el rostro como para comprobar que los huesos de su cara seguían intactos.

Naora se apresuró a embozarse bajo la capa y la máscara, y ocultó el rostro. Recordaba las órdenes tajantes de su hermano Atori acerca de mostrarse ante los bárbaros, pero, aunque no lo hubiera hecho, la mera visión del general Ulter, alto como un titán y de fiero aspecto, habría bastado. Era un hombre rudo, de cabellos rubios, mandíbula cuadrada, piel de bronce y expresión dura.

Sus soldados tampoco parecían mucho más finos. Todos ellos vestían cómodas ropas de cuero, botas y largas capas de piel de zorro sujetas con fibulas de metal; el general, además, llevaba brazales de plata y un extraño casco puntiagudo con emblemas grabados.

—¿Qué hacéis por estas tierras?

Keinn y Kaone cruzaron una mirada antes de contestar.

—Nos hemos perdido.

—¿Ah, sí? —Ulter enarcó una ceja—. En ese caso, ¿adónde pretendíais ir?

—Al reino de Allacian.

Ulter estudió sus rostros, a todas luces incrédulo. Un cuervo graznó a los lejos, y rompió el incómodo silencio que los envolvía.

—Está cayendo la noche —dijo por fin el general, y dejó escapar un prolongado suspiro—. Os ruego que aceptéis nuestra hospitalidad hasta mañana. Estas sendas son peligrosas, y en la oscuridad es más difícil orientarse.

—Sois muy amable, general. Aceptaremos vuestro ofrecimiento con gusto. Mi nombre es Keim, y mi compañero se llama Kaone.

Hicieron una profunda reverencia. El general frunció el ceño.

—Y ella, ¿cómo se llama?

Kaone esbozó media sonrisa y contestó con frialdad.

—Su nombre no es de vuestra incumbencia, general.

Ulter la miró, pero sus ojos no podían traspasar la máscara que le protegía el rostro. Se encogió de hombros e hizo una señal con la mano para indicar el camino.

—Es por aquí.

Capítulo 2

Los bárbaros del norte ocupaban una zona muy amplia del continente, casi tan grande como el reino de Allacian, pero no tenían nada parecido a un rey que controlara el territorio. Los clanes se organizaban en torno a los jefes más poderosos del momento y, por aquel entonces, pocos gozaban del poder y el respeto que concitaba Vádyn de Kaard. La fortaleza que albergaba al castillo se recortaba sobre los acantilados, y desde allí ejercía su mando el implacable jefe Vádyn.

Labrado en roca negra, con torres retorcidas que se alzaban como garras contra el cielo, el castillo en sí resultaba amenazador. Los forasteros contemplaron las muros, sólidos y bien plantados, de una zancada de grosor, obscenamente altos. Desde luego, la propia edificación decía mucho del carácter de los bárbaros: duros, altivos. Siempre peleando entre sí.

Naora arrugó la nariz: no tenían nada que ver con su pueblo, que levantaba hermosos palacetes de mármol blanco rodeados de estanques y jardines por el puro placer de vivir rodeados de belleza. Cuando la protección contra la muerte es la prioridad inmediata, sobra todo lo que no sea austero y crudo y que no tenga un objetivo concreto.

Atravesaron el puente levadizo, cruzaron el patio de armas y el portón del castillo se abrió para ellos con un quejido. La mujer alzó la vista para comprobar que toda la arquitectura interior era de color negro. Las losetas del suelo, los sillares de los muros y los techos abovedados. Algunos tapices y

gruesas alfombras de colores oscuros trataban de imprimir cierta calidez, sin mucho resultado. El general Ulter hizo un gesto a un siervo de rostro avinagrado que se acercó mirando al suelo.

—Tenemos huéspedes para esta noche. Alójalos en las habitaciones del Lobo Aullador.

Después, se volvió hacia sus invitados, y añadió en tono burlón,

—Me temo que no podremos ofrecer una cena a la altura de nuestros invitados, pues los ánimos andan un tanto apagados en las últimas semanas. Ordenaré que os sirvan en vuestros aposentos.

—No os preocupéis por nosotros —dijo Keinn—. No deseamos abusar de vuestra hospitalidad.

Naora paseó la vista con discreción a su alrededor. No se oía ni un murmullo, y aquello le extrañaba; los criados iban y venían, en apariencia atareados, sin hacer nada de ruido. No se escuchaban retazos de conversaciones, ni se veía sonreír a nadie. Una incómoda atmósfera de temor y desesperanza cubría la vida del castillo con una fina pátina que lo impregnaba todo, y a todos. Notó el primero de una serie de escalofríos que le hicieron estremecer. ¿Qué terrible desgracia les afligía?

—Seguidme, por favor.

El siervo subió la escalinata y les condujo por los lóbregos corredores del ala occidental, sin decir una palabra.

—La verdad es que se respira un ambiente de lo más acogedor —gruñó Kaone.

—Aquí pasa algo raro —replicó Keinn, meneando la cabeza—. Una cosa es que sean bárbaros, y otra que parezcan cadáveres vivientes. De hecho, siempre había pensado que los bárbaros serían gentes alborotadoras.

Naora dejó escapar una risilla a su pesar. El criado se volvió hacia ella y la joven se mordió el labio para evitar reírse de nuevo. No quería sonar irreverente.

—No parecen cadáveres —dijo en un susurro—. Pero tienes razón, pasa

algo raro. Huele a enfermedad, a muerte.

Keinn sintió un escalofrío.

—No serán caníbales, ¿verdad?

—Lo dudo. Si lo fueran, nos habrían recibido con los brazos abiertos, ¿no crees?

Keinn resopló. El siervo se detuvo frente a una enorme puerta labrada y dijo en tono apenas audible:

—Aquí se alojarán los señores.

Hicieron una reverencia y Kaone le dio las gracias. Estaban a punto de entrar cuando se oyeron los pasos precipitados del general rebotando contra las frías paredes de piedra.

—Disculpad, señora. Vos podéis utilizar esta otra cámara de aquí —Ulter indicó una puerta más discreta, algo alejada.

—No hay problema —intervino Kaone—. Puede compartir la habitación con nosotros.

El general vaciló.

—Las habitaciones están comunicadas por un pasillo interior, y la señora se encontrará más cómoda. Preferiría que aceptarais nuestras normas.

—Está bien; dormiré ahí, entonces —dijo Naora, y cabeceó en dirección a sus compañeros.

No percibía ningún aura amenazante próxima, y además acababa de recordar otra de las órdenes de Atori: pasar lo más desapercibidos posible para no despertar sospechas.

—¿Estás segura? —preguntó Kaone, y frunció el ceño.

Ella asintió y se dejó acompañar a la cámara que señalaba el general, no sin curiosidad. Abrió la puerta y observó el interior con gesto impasible.

No es que fuera muy femenina.

Se trataba de una pieza doble, compuesta por una antecámara poco amueblada (apenas un arcón de madera labrada, una mesita de hueso y un par de butacones de cuero) y una acogedora alcoba, con una gran cama con dosel

dominando la estancia. Le extrañó el detalle del dosel en una comunidad de bárbaros. Tal vez se trataba del regalo de alguna embajada.

El general esperó en la puerta a recibir su aprobación.

—Es perfecta —susurró Naora.

Él se limitó a inclinar la barbilla en señal de despedida y se dio la vuelta con aire marcial para desaparecer engullido por las sombras que poblaban el corredor. La joven aguardó unos segundos por si Keinn o Kaone aparecían de repente, cosa que no hicieron, y decidió salir tras él.

—General... —llamó, con la voz apagada. Ulter se detuvo, extrañado, y se volvió sobre su hombro para interrogarla con la mirada—. General, ¿puedo hablar con vos un momento?

El salón al que la condujo el general (con bastante reticencia por su parte) era tan lóbrego y silencioso como el resto del castillo. Quizá él se dio cuenta de lo incómodo que le resultaba, pues se acercó a la chimenea y avivó el fuego; la cálida luz anaranjada de las llamas inundó pronto la estancia y ella se sintió algo más viva. Ulter ordenó que les trajeran vino caliente y algo de comer.

Naora dejó escapar un suspiro y, tras unos segundos, se deshizo de la capa, la dobló por la mitad y permitió que el general estudiara su rostro. El misterio podía ser útil en ocasiones, pero le parecía descortés mantenerse oculta ante el hombre que les había salvado la vida y brindado su hospitalidad.

El general tragó saliva al verla; tal vez esperara encontrarse con un rostro desfigurado dado el interés que sus amigos tenían en ocultarla. Le había ocurrido con frecuencia durante el viaje.

Con calma y paciencia esperó a que la estudiara a sus anchas. Vio cómo reparaba en sus ojos rasgados, apenas dos finas líneas en su piel, de un intenso color azul; en la afilada nariz, adornada con un aro de plata y en sus labios violetas; en la melena rosada, recogida en finas trenzas, a la manera de los Jinetes Esteparios.

Lo más probable era que nunca se hubiera topado con un Jinete Estepario y su peinado le resultara de lo más exótico.

Permanecieron un buen rato sin decirse nada con palabras, aunque sí hablaban sus ojos. Naora pudo ver que sentía una enorme curiosidad por ella, y con total seguridad él intuyó en su expresión el respeto, si no temor, que le producía.

—Si se me permite decirlo, me asombra el poco el interés que mostráis en nosotros —dijo Naora por fin, por romper el silencio.

—Solo permaneceréis esta noche en el castillo —respondió, encogiéndose de hombros—. Y no parecéis especialmente amenazadores, visto lo visto.

Incrédula, enarcó una ceja.

—¿Visto lo visto? ¿Esperabais acaso que hubiéramos masacrado a nuestros oponentes?

—Me hubiera resultado toda una sorpresa, ya que lo preguntáis —amagó media sonrisa, como si acabara de escuchar un chiste divertido—. Considero muy insensato que alguien atravesase las tierras del norte sin escolta.

—Kaone y Keinn son mi escolta.

—Una escolta bien reducida...

—Hasta el momento, había sido suficiente.

El general hizo un gesto de aburrimento y estiró los brazos para desentumecerse.

—Como queráis. No es mi costumbre enredarme en batallas dialécticas. ¿Tenéis algo en concreto que pedirme, señora?

—Me llamo Naora —dijo ella, y simuló una mínima reverencia—. Solo quería preguntaros por qué motivo el castillo está sumido en la angustia.

Ulter se puso de pie; la tensión en los hombros y la postura desafiante revelaban a las claras su nerviosismo. El general tenía miedo de algo.

—No es nuestra intención causar ninguna molestia —explicó la joven con cautela—. Aunque quizá esté en mi mano devolveros el favor que nos habéis hecho antes. Digamos que tengo... un don especial para la medicina. Y me doy

cuenta de que hay alguien terriblemente enfermo en el castillo.

Ulter abrió la boca para contestar, pero pareció pensárselo mejor y cruzó los fornidos brazos delante del pecho. Luego suspiró; su cuerpo se dio por vencido. Se relajó de súbito y asintió con la cabeza con aire distraído antes de contestar.

—¿Es eso cierto? Me gustaría tanto creerlos... Con desesperación. —El pesar teñía las palabras de Ulter, y Naora se estremeció al contemplar a un hombre tan fuerte, y a la vez tan vulnerable—. El jefe Vadyr está muriéndose.

—¿Qué le ocurre?

Ni su voz ni su rostro dejaron entrever emoción alguna, aunque le había sorprendido la respuesta del general. Qué peligroso para un pueblo siempre envuelto en una u otra guerra el verse privado de un jefe tan poderoso.

Pero, en el lugar del que provenía, a nadie le gustaba mostrar en público sus sentimientos: era algo que ofendía a los demás y les colocaba en una posición de intolerable fragilidad.

—Hace una semana tuvimos un enfrentamiento con unos bandidos. Le hirieron en un costado y la herida se infectó.

—¿Tiene fiebre?

El general se pasó una mano por el pelo y se acercó a la chimenea para remover las ascuas, que morían con pereza. Fijó sus ojos en las brasas y desenfocó la vista. Tardó tanto en responder que Naora creyó que no la había oído.

—¿Queréis verlo? —dijo él al cabo de unos segundos.

—Tal vez pueda ser de ayuda.

El general pareció valorar su ofrecimiento unos segundos más, aunque, tal y como había reconocido momentos antes, nadie albergaba ya esperanzas respecto a la recuperación del jefe. Lo peor que podía ocurrir era que la intervención de una curandera acelerara su muerte.

Resopló, se encogió de hombros e hizo un movimiento con la cabeza indicando la puerta.

—Por suerte o por desgracia, no perdemos nada al probar —dijo con resignación.

Las habitaciones del jefe Vadyne se ubicaban en la parte más alejada del castillo. Ya en el piso inferior pudo percibir Naora el pútrido olor de la enfermedad que se adhería a las paredes, al suelo, al mismo aire que respiraban. Nadie, sin embargo, parecía darse cuenta excepto ella. Tuvo que resistir el impulso de taparse la nariz para no ofender al general.

—Es aquí.

Al abrirse, la pesada puerta de madera tallada crujió con un agudo chirrido y una vieja criada que guardaba al jefe se levantó con presteza al ver entrar a Ulter. El general le hizo un gesto para que se marchara y la anciana se apresuró a salir, no sin antes lanzar a la forastera una mirada enfurruñada. Por precaución, Naora había vuelto a ocultar su rostro bajo la máscara.

A pesar del fuego que lamía el interior desde la chimenea, la habitación estaba helada. Su respiración formaba pequeñas nubes de vaho y el general se entretuvo mirando las volutas mientras Naora examinaba al doliente jefe Vadyne.

El jefe yacía desnudo en su cama, cubierto por una pila de mantas de piel, con la frente perlada de sudor, y jadeando, más que respirando, con evidente dificultad. Dormía, o, al menos, mantenía los ojos cerrados; un rictus de profundo dolor le desfiguraba el rostro. Naora apartó las pieles para examinarlo y no pudo evitar deslizar la vista a lo largo del hombre que agonizaba ante ella, impresionada. Incluso en su lastimera situación, el jefe Vadyne era un hombre imponente. Más aún, incluso, que el general Ulter. Una maraña de cabellos negros se enredaba sobre su frente, desparramándose a ambos lados del duro rostro. Bajo la descuidada barba de varios días, se adivinaba una profunda cicatriz que recorría su mandíbula cuadrada y ascendía hasta la altura del pómulo derecho; otras cicatrices, más pequeñas,

salpicaban sus facciones de dios antiguo. La nariz, quebrada por algún golpe, se desviaba hacia el lado izquierdo. Los potentes brazos reposaban de forma desmadejada a lo largo del musculoso cuerpo; intrincados tatuajes recorrían la piel del torso, en ese instante más bien pálida por la enfermedad, pero que ella supuso del color del bronce.

La avergonzó sentirse cohibida por la simple visión de un hombre. Sin embargo, el jefe Vadyr parecía más un portento de la naturaleza que un hombre corriente.

—¿Podréis ayudarlo? —preguntó Ulter, sin atreverse a esperar demasiado.

Si le divertía su azoramiento, el general supo disimularlo a la perfección. Naora inspiró hondo para recuperar la confianza en sí misma y tuvo que formular una extraña petición.

—Necesito que me traigáis un poco de tierra, para esparcirla por el suelo.

El general la miró por entre las pestañas y ella leyó sin dificultad lo que rondaba por su bárbara cabeza.

«¿Tierra? ¿Será una chiflada?»

Naora no añadió nada más y Ulter terminó por aceptar a regañadientes.

—Está bien, está bien. Ahora mismo la traigo.

Apoyada contra la pared, la mujer se sacó las botas a tirones y las lanzó con descuido hacia la puerta. Luego extendió con mimo la tierra que había traído Ulter y colocó los pies desnudos sobre ella. Posó las manos sobre el formidable pecho del jefe y echó la cabeza ligeramente hacia atrás, al tiempo que iniciaba un suave cántico.

Desde un rincón, el general observaba en silencio la escena, las dudas dibujadas con pincel sobre sus expresivas facciones.

«¿Magia?», parecía preguntarse. «¿Será posible?»

Naora sabía que, para la mayor parte del continente, los pueblos orientales se enmarcaban en una suerte de leyenda, en la misma frontera entre la realidad y la fantasía. Las clases de historia que ella había recibido de niña cuando completaba su instrucción eran narradas en el resto del mundo por bardos y

juglares, que se servían de las grandes proezas de sus antepasados para forjar cuentos de hadas sin sentido.

Naora lo despreciaba y comprendía a partes iguales. Las provincias más orientales del continente: islas envueltas en bruma, a las que solo podían navegar quienes ya las hubieran visitado con anterioridad. Relatos que hablaban de poderosos conjuros de fuego y sangre, criaturas espeluznantes y seres demoniacos...

Para ella, resultaba humillante que el nombre de los líderes antiguos se utilizara para mandar a los niños bárbaros a la cama. Sin embargo, eran cosas propias de los pueblos inferiores. Había que hacer un mínimo esfuerzo y mostrarse compasiva con su ignorancia.

Por su parte, lo más probable era que el general nunca hubiera creído aquellas historias. Pero se irguió como si le hubiesen azotado y juró por todos los dioses que conocía cuando la mujer entró en trance y su cuerpo comenzó a emitir un fulgor dorado cada vez más intenso. El cuerpo del jefe Vadyn comenzó a brillar a su vez.

Aunque Ulter hizo ademán de ponerse en pie y acercarse a mirar, Naora se encargó de ponerle en su sitio sin que él se percatara siquiera. Lo observó por el rabillo del ojo: de pronto, al general le pesaban demasiado las piernas y sus brazos tiraban de él hacia abajo como si cargaran piedras, y la cabeza le daba vueltas... y vueltas... y más vueltas...

Naora empezó a sudar a mares y trató de no perder la concentración a pesar de que había oído un sonido lejano, muy lejano. Algo le dijo que el general se había desplomado. Y, ¿qué más daba? El golpe no le mataría.

Se concentró en el jefe. La enfermedad corrompía por completo el cuerpo de Vadyn y le estaba resultando agotador absorber todo el mal para devolverlo a la poca tierra que sus pies pisaban. Aun así, presentía que era ella quien estaba ganando la batalla.

Qué calor hacía de repente en la sala. La humedad condensada sobre los muros desnudos de piedra formaba minúsculas gotitas. Varios mechones

rosáceos colgaban mojados y pringosos desde su frente y se adherían a la piel de Vady. Sintió cómo se le inflamaban las manos; veía las venas hinchadas bombeando sangre enferma por los pálidos brazos, para conducirla a través de su cuerpo y purificarla con los poderes que la tierra le confería.

A su alrededor, los contornos de las cosas se difuminaron y Naora se deslizó entre los pliegues ondulantes que separaban el mundo real del mundo mágico.

No había forma de saber cuánto tiempo había transcurrido.

Ulter abrió los ojos con infinita pereza y tardó un rato en recordar dónde estaba y qué ocurría. Naora canturreaba con las manos sobre el pecho de Vady, pero las piernas la sostenían a duras penas. Sin hacer ruido, Ulter consiguió acercarse hasta ella y observó al jefe. La expresión de agonía había desaparecido y ya no sudaba. La respiración volvía a sonar normal y no quedaba ni rastro del fétido olor que durante días envenenara el aire de la estancia. Se frotó la cara, como si temiera seguir dormido, y sacudió la cabeza.

—Magia —susurró, entre aliviado y aterrorizado—. ¡Habéis salvado al jefe con vuestra magia!

La joven irguió la vista hacia él. Sus hombros se estremecían y contraía el rostro, como si fuera presa de un dolor agudo. Ulter apenas sí tuvo tiempo de sujetarla antes de que se desplomara.

—¿Estáis bien? —preguntó con aprensión.

—Necesito descansar... —acertó a contestar ella con un gemido—. Sobre la tierra, por favor.

Ulter la depositó con cuidado en el suelo, asustado al observar los ojos enrojecidos, casi invisibles de tan hinchados, rodeados de unas profundas ojeras grises. Le sorprendió comprobar lo ligera que era.

El general se aproximó de nuevo hasta Vady, posó la mano sobre su frente y comprobó lo que ya imaginaba: ni rastro de fiebre. Incluso la herida parecía

haber cicatrizado por completo. De no haber sido por el miedo visceral que se había apoderado de él, habría dado saltos de alegría. El jefe Vadyń sobreviviría, el clan estaba a salvo y los planes sobre el futuro no cambiarían.

—¿Será posible? —se preguntó a sí mismo en voz alta.

Inspiró hondo y se obligó a tranquilizarse. Todo iba a salir bien. Se sentó en un butacón de piel, con la cabeza entre las manos. Se sentía agotado, torpe.

Pero esperanzado. Absurdamente esperanzado.

Y se dio cuenta de que también él necesitaba descansar, aunque se le escapase el motivo. En realidad, él no había hecho nada.

Unos fuertes golpes en la puerta le arrancaron de su sopor. Con paso vacilante, caminó hacia la puerta. Nada más abrirla, alguien le propinó un fuerte empujón entre las clavículas que le hizo caer al suelo de espaldas.

—¿Dónde está Naora? —rugió una voz.

Keinn surgió del umbral esgrimiendo una daga curva.

Kaone entró en tromba detrás y, al descubrir a la muchacha tendida en el suelo, se abalanzó sobre Ulter y lo alzó como si fuera una pluma en vez de la montaña de músculos que era.

—¿Qué le has hecho, animal?

El ruido de la pelea despertó a Naora.

Al principio solo veía bruma. Bruma, y unas figuras oscuras enzarzadas entre ellas.

«Déjalo, Kaone», pensó. «No me ha hecho nada. He venido yo para ayudar».

Kaone se giró hacia Naora y ella leyó la duda en sus ojos. Ulter aprovechó su vacilación; se revolvió como un gato y lo lanzó por los aires de un puñetazo. Keinn saltó hacia el general, mientras la joven contemplaba la escena con impotencia.

«¡No, no!»

—¿Qué demonios está ocurriendo aquí? —La voz de Vadyń retumbó en la

habitación como un trueno furioso.

Todo se detuvo, como congelado: Keinn y Kaone, y el general bárbaro, y el paso de los segundos. Las paredes de la estancia se plegaron sobre sí mismas.

El jefe saltó de la cama; con un par de zancadas se llegó hasta los forasteros. Agarró a Keinn del cuello y lo empotró contra la pared. Se disponía a atizarle un buen golpe cuando notó que el brazo le ardía, como si lo hubiera metido en una hoguera. Entre juramentos, soltó a su presa y manoteó furioso.

—Pero ¿qué...?

—Ya está bien —protestó Naora, y trató de incorporarse.

Casi como si les sorprendiera encontrarla allí, Ulter y Kaone se volvieron hacia ella, y un poco después se apresuraron a tenderle la mano. Por no desairar a ninguno, Naora se puso de pie sin ayuda, con un gemido de dolor.

—¿Qué está pasando aquí, Ulter? —exigió saber Vadyne entonces—. ¿Y por qué demonios estoy desnudo en una habitación llena de hombres?

El general se envaró; miró a Vadyne, luego a los forasteros, y después a Vadyne otra vez. Y por fin estalló en carcajadas nerviosas, que los otros no tardaron en imitar. Al jefe no le hizo tanta gracia. Agarró una manta y se la echó por encima, refunfuñando.

—Has estado enfermo, primo —logró explicar al cabo de unos instantes Ulter—. La verdad es que has estado a punto de viajar al reino de las sombras.

Vadyne miró con fijeza al general y se esforzó en recordar. Una colección de imágenes confusas se sucedió en su mente: bandidos, espadas, el dolor lacerante de un tajo profundo. La cama, la fiebre. Sacudió la cabeza, para alejar los momentos de debilidad.

—Y estos, ¿quiénes son?

—Yo soy Keinn —dijo uno de los forasteros, y dio un paso al frente—. Este es mi compañero Kaone. Somos viajeros de las lejanas provincias del este y hemos aceptado la hospitalidad de vuestro general para pasar la noche en vuestro castillo.

Vadyn les estudió con el ceño fruncido y luego se concentró en el tercero. Un tipo delicado, por lo que a él respectaba: aunque lograba mantenerse en pie, su aspecto era el de una persona frágil en extremo, que fuera a quebrarse de un momento a otro.

Y no le gustó la manera en que lo observaba. Parecía intimidado, sobrecogido por su aspecto.

—Y ese, ¿quién es? —preguntó, molesto.

Si había algo que Vadyn odiaba era la debilidad.

Kaone torció el gesto y Keinn dio un respingo, ofendido.

—Nuestra señora. La que os ha curado y ha peleado contra la muerte hasta arrancaros de sus garras.

Vadyn disimuló su sorpresa. Y, qué curiosa forma de describir a una curandera, diablos. Si, en realidad, más parecía ser ella quien estuviese a punto de morir, tan escuálida y débil como se hallaba.

—Pues ahora es ella quien necesita de nuestros cuidados —gruñó—. Si es como dice mi general, y esta mujer me ha salvado, os ruego que aceptéis nuestra hospitalidad hasta que mejore.

Uno de los forasteros —pero, si eran casi iguales, los bastardos—, se mordió el labio, pensativo.

El otro, Kaone, cabeceó mientras se frotaba el moratón que ya asomaba allí donde Ulter le había golpeado.

—Sé lo que estás pensando —dijo—. Pero Naora no puede viajar así.

Keinn resopló.

—Sea —dijo al fin—. Solo espero que no tengamos que lamentarlo.

Capítulo 3

—Así que magia, ¿eh? —Vadyn interrogó a su general, presa de una gran inquietud—. Y dicen que se han perdido de camino a Allacian, ¿eh? ¡Y una mierda! ¿Quién está dispuesto a creer ese hatajo de mentiras? ¡Es imposible equivocarse de camino y venir a parar aquí!

—No, si se equivocaron al cruzar las montañas por un paso erróneo. ¿Tienes idea tú de lo lejos que quedan las provincias orientales? No conozco a ninguno de los nuestros que haya viajado nunca allí. Supongo que en algún momento pudieron despistarse.

—Conque sí, ¿eh? ¿Y viajan los tres solos? Tres tipos valientes, sin duda.

Cuando Vadyn no atendía a razones, se ponía muy pesado y no paraba de repetirse a sí mismo. Ulter resopló por lo bajo.

—Si su intención era llegarse hasta Allacian, entonces no necesitarían mucha más escolta. Dicen que es un sitio muy tranquilo.

—No me gustan un pelo. No pienso permitir que vuelvan a utilizar sus trucos de magia en mi castillo. Y tendrán que marcharse pronto. Thalore aparecerá antes de la próxima luna y no quiero que nada salga mal. Nos arriesgamos a perderlo todo.

—¿No te duele nada? ¿No sientes la herida, ni la cicatriz?

—No me duele. Y eso no me gusta un pelo...

Desde su habitación, Naora tenía una vista privilegiada del patio de armas. Esperaba no tardar mucho más en recuperar las fuerzas, y en cierta manera se arrepentía de haber derrochado tanta energía en salvar la vida de un bárbaro que probablemente no lo mereciera, descuidando así su misión. Suspiró y se miró las manos: aún no habían recuperado su tamaño habitual, pero al menos los huesos habían cesado de dolerle.

Escuchó una voz ronca y dura que la sacó de su ensimismamiento. Tan solo un día después de su recuperación, el jefe Vadyr se sentía obligado a dejarse ver por todos y cada uno de los habitantes del castillo, para que nadie albergara dudas sobre su estado. Con paso felino se dirigía al patio con sus espadas, bien dispuesto a desentumecer los músculos después de su obligado reposo. Sus guerreros hacían prácticas en el centro y él les sonreía satisfecho al observarlos.

Desde donde estaba no conseguía oírlo con claridad, así que tuvo que recurrir a sus poderes. Le llevaría un rato más recobrarle, pero la curiosidad que sentía por aquel titán medio salvaje era demasiado grande.

—No bajes la guardia, Svoid. Descubres demasiado el flanco al atacar, Sidyrc. Bien ese contraataque, Bult.

Vadyr disfrutaba repartiendo consejos y, sobre todo, disfrutaba del sonido de los aceros chocando entre sí. Era para él una música familiar, reconfortante. Después de pasarse varios días postrado en la cama como un inútil, una buena pelea acabaría de recomponerle. Barrió el patio con la mirada hasta un extremo, en busca de posibles rivales. Y, entonces, la sonrisa se le congeló en el rostro.

Keinn y Kaone practicaban con unas extrañas armas curvas, al abrigo de las murallas. Se dirigió hacia ellos como quien no quiere la cosa, mientras supervisaba con atención el progreso de los suyos.

Pronto no pudo despegar la vista de los ejercicios que realizaban los forasteros. Keinn y Kaone eran delgados en comparación con los musculosos

hombres del norte, pero eran muy flexibles y ágiles. Más que pelear, parecía que estuvieran bailando. Esquivaban los golpes con elegantes movimientos, fintando y saltando por encima de las armas cada vez que se atacaban.

Al principio el jefe creyó que no ponían mucho empeño.

No tardó en comprender, sin embargo, lo equivocado que estaba: ambos sudaban de forma copiosa, y cada vez que lanzaban un tajo apretaban la mandíbula con fuerza, gruñendo. Una de las veces, Keinn estuvo a punto de atravesar a Kaone.

—¡Eh, ten cuidado, imbécil! —protestó este—. Naora no está como para cuidar de nosotros.

Vadyn arrugó la nariz en un gesto despectivo. No le parecía bien que dos guerreros dependieran de los cuidados de una mujer para mejorar en sus entrenamientos. Uno de los tipos alcanzó a verlo por el rabillo del ojo y se volvió hacia él con una ambigua sonrisa.

—Jefe Vadyn, qué honor —dijo—. ¿Qué tal os encontráis?

—Como nuevo, gracias —gruñó.

No había forma humana de distinguirlos: los dos eran largos, estilizados, de oscuros cabellos lacios y ojos afilados.

—¿Deseáis practicar con nosotros? —preguntó Keinn.

Vadyn compuso una mueca. No se fiaba.

—¿Una lucha de hombre a hombre? ¿Sin trucos de magia?

Aquello ofendió a los forasteros.

—Solo utilizamos la magia en casos extremos, jefe. No es por ofender, pero dudo que lograrais ponernos en tan serio aprieto.

—Y, aun así, no lo haríamos —añadió el otro al ver su expresión vacilante—. Solo queremos entrenar un poco, pero conocemos tan bien cada uno de nuestros movimientos que es imposible entablar una pelea de verdad.

Vadyn se relajó.

—Muy bien, entonces.

—¿Con quién queréis empezar, jefe?

Vadyn dudó. Y, al cabo, sonrió, mostrando los colmillos.

—¿Qué tal los dos a la vez?

Kaone soltó una risa siniestra y se agachó sujetando la espada con las dos manos. Keinn se colocó muy tieso a un lado, dejó su espada en el suelo y tomó sus dos dagas.

—Adelante, entonces.

Naora se arrebujo en su manta y asomó medio cuerpo por la ventana abierta para ver mejor. El aire se había vuelto cortante, de tan frío; no tardarían en aparecer las primeras nieves. Apoyada contra los sillares de piedra, contempló durante un buen rato el bronco paisaje que se erguía en el horizonte. Las montañas se erguían como cortadas a mordiscos hacia el oeste, reflejando pálidos destellos; sin duda las cumbres estarían forradas de placas de hielo. Un poco más hacia el norte descansaban varias aldeas de casitas de piedra, diseminadas por el valle. Un río apenas más ancho que un camino serpenteaba entre los poblados, escupiendo espuma blanca. No podía negar la belleza fascinante que palpitaba en aquella región salvaje: imposible de domesticar, pero peligrosamente atrayente.

«Igual que el jefe Vadyn», pensó con un escalofrío, y volvió la vista al patio.

A su lado, el propio general Ulter, quien le había parecido poco más que un animal nada más conocerlo, semejaba un ser civilizado.

Le sorprendió descubrir lo bien que se las apañaba peleando contra sus amigos. Y decidió echar un vistazo algo más cerca.

«Muéstrame lo que tus ojos ven, Kaone».

Se coló en la cabeza de Kaone, y al instante obtuvo una inmejorable perspectiva del cuerpo sudoroso de Vadyn, que en esos momentos sostenía la espada sobre su cabeza. Cada músculo de sus potentes brazos estaba en tensión. Naora tragó saliva. Sin duda, el jefe era fascinante. Como observar a un tigre cazando, o una tempestad desatada. Todos sus rasgos desprendían el

aroma del poder. Se fijó en sus ojos: negros, duros, impenetrables. Keinn y Kaone se empleaban a fondo contra él, pero Vadyne no se permitía flaquear. Cada vez que recibía un buen golpe, encajaba la mandíbula y daba un paso al frente.

Naora se frotó las manos, nerviosa: seguro que era un arrogante bien pagado de sí mismo.

«No me atrae en absoluto», se dijo. «Me llama la atención, nada más, porque los hombres del mi pueblo no son como él. Nada más».

Y era verdad que nunca había visto un hombre así. Sus movimientos eran hipnóticos, felinos. Vadyne era sencillamente...

«¿Qué estás haciendo en mi cabeza, Naora?»

La voz de Kaone resonó en su mente con un deje burlón y la arrancó de sus agitados pensamientos.

«Na- nada. He sentido tu angustia. Solo quería comprobar que estáis bien.»

«¿Mi angustia? Me ofendes, querida mía. Pero sal de mi cabeza, te lo ruego, no me permites actuar con precisión.»

Abandonó a Kaone, y notó que tenía la garganta seca.

—¿Acaso me he vuelto estúpida? —exclamó de pronto, furiosa consigo misma por el descuido.

—Espero que no —contestó una voz desde el vano de la puerta.

Dio un respingo y descubrió al general Ulter, que le sonreía con descaro. Sus ojos verdes la recorrieron de arriba abajo.

—General... Disculpad, no os he oído llegar.

—No os preocupéis. Salta a la vista que andabais distraída. —Ulter dirigió un vistazo rápido a través de la ventana y su sonrisa se ensanchó—. ¿Cómo os encontráis hoy?

—Bastante mejor, gracias. Aunque, en realidad —explicó, y tuvo que hacer un esfuerzo considerable para disimular el temblor de su voz—, mi recuperación es una mera cuestión de tiempo. No estoy enferma.

Ulter le ofreció el brazo. Una galantería inesperada.

—¿Os apetece acompañarme a dar un paseo hasta el patio de armas? Creo que vuestros escoltas intentan poner en apuros al jefe Vadyd.

—Lo decís como si fuera algo imposible de conseguir.

—Si hubierais visto al jefe combatir en alguna ocasión, me entenderíais.

—Bueno, a él no le he visto nunca, pero sí a Keinn y a Kaone.

Ulter sonrió. Recorrieron con tranquilidad los lóbregos corredores y salieron al patio. Los demás guerreros habían abandonado sus prácticas y formaban un círculo alrededor del jefe Vadyd y sus exóticos rivales, cruzando apuestas y profiriendo alaridos salvajes cada vez que alguien conseguía un buen golpe. Al ver al general le hicieron un hueco, y Naora se apoyó en él para observar.

A Vadyd le encantaba tener un público que jaleara su nombre. Así había sido siempre, y sabía que nada cambiaría eso. Pero, en esa ocasión, su vanidad le jugó una mala pasada cuando descubrió la presencia de la joven entre sus hombres, observándolo. Le gustaba impresionar a las mujeres.

Incluso si la mujer en cuestión era tan poco femenina como Naora. Formaba parte de su naturaleza; ni siquiera se daba cuenta de ello.

Keinn y Kaone, sin embargo, sí se dieron cuenta: de repente, los movimientos de Vadyd se habían vuelto más exagerados. Uno de ellos saltó hacia un lado y arrojó una daga contra él: Vadyd reaccionó como un resorte; se inclinó hacia la izquierda y la esquivó. El otro se agachó, y desde el suelo le lanzó una patada circular que le barrió los dos pies del suelo.

El jefe trastabilló. Intentó mantener el equilibrio, pero uno de los tipos, a saber cuál, voló hacia él, lo enganchó del cuello, le hizo girar sobre sí mismo y acabó detrás de su espalda. Con un brazo le inmovilizó desde el hombro. Solo tuvo que apoyar la daga sobre la yugular. Vadyd escuchó sus gruñidos junto a la oreja y profirió un juramento.

Con lo ligero que era, y qué bien atrapado le tenía, el maldito. Los guerreros

prorrumpieron en gritos y alguno que otro incluso se atrevió a reír a carcajadas.

Apoyada sobre Ulter, a Naora no parecía divertirse tanto la escena. Arrugó la nariz y recriminó a sus compañeros:

—Ya basta, dejadle en paz. ¿No veis que ha pasado varios días al borde de la muerte?

De pronto, el silencio cayó sobre todos como una losa. El forastero retiró el arma; él y su compañero le dedicaron una respetuosa reverencia. Pero el jefe Vadyne no les correspondió. Hizo una mueca y traspasó a Naora con la mirada. Ulter carraspeó y se sacudió una inexistente mancha de barro del caftán; los guerreros se apresuraron a retomar sus entrenamientos, sin cruzar una palabra.

Con discreción, los forasteros se colocaron junto a la mujer. Ulter le soltó el brazo y se dirigió hacia Vadyne.

—Tenemos cosas que hacer, primo. Se nos echa el tiempo encima.

Vadyne le miró como si fuera un fantasma, y luego asintió vagamente.

—Iré a darme un baño. Y vosotros —añadió, y dirigió una mirada oscura hacia los extranjeros—, buena pelea. Ahora, no hace falta que os pongáis así de tiosos, en mi clan no somos de los que atacan a las mujeres.

—Bien. Nosotros tampoco lo hacemos —repuso Kaone.

—Bien. Aunque más le valdría a vuestra compañera que se vistiera como una mujer. No vaya a ser que alguien la confunda.

A Naora se le abrió la boca, aunque no dijo nada.

Quedaron los tres solos en el patio. Kaone se rascó la cabeza.

—Ya sabes por qué los llamamos «bárbaros», ¿no? —comentó, pero no se atrevió a mirar a Naora a los ojos.

—¿Habéis oído lo que ha dicho ese patán? ¿Qué se ha creído? ¿Cómo se atreve a insultarme de ese modo? ¡A mí!

—Tienes que tener cuidado, Naora. Intenta respetar las costumbres de los

sitios a los que vayamos.

—¿Yo? —Estaba tan indignada que se le atragantaban las palabras—. ¿Qué es lo que he hecho? ¿Por qué te pones de su parte? Y, además, ¿qué pasa con mi ropa?

Se miró: botas negras, pantalones de piel, un caftán de cuero y una capa de piel de zorro. Ropas del todo adecuadas para emprender un largo viaje.

—¿Qué esperaba ese animal? ¿Que me vistiera con mis mejores galas para hacerle de enfermera?

Keinn soltó una carcajada.

—No le hagas caso. Estás preciosa, como siempre. A saber qué entienden aquí por una mujer hermosa.

—Alguna tiparraca grande como una casa con collares de dientes colgando, seguro.

—Con coraza en vez de vestido, y un casco con cuernos en la cabeza.

Los atravesó con la mirada.

—Os estáis burlando de mí.

—¡No, para nada! —contestaron los dos a la vez.

—Además —añadió ella—, ¿a quién le importa lo que piense ese simio de mí? Mañana por la mañana partiremos hacia Allacian.

Keinn se puso serio de repente y miró al cielo.

—No lo sé, Naora. El invierno se nos echa encima. Si nieva antes de que alcancemos los pasos, no podremos cruzar.

—Y si empezamos a cruzarlos y la nieve nos sorprende, nos quedaremos allí atrapados.

—Pero... —Puso cara de espanto—. Atori nos dijo que... Los Jinetes Esteparios están...

—Ya lo sabemos, Naora. Pero me temo que no hay mucho que podamos hacer.

Keinn y Kaone hicieron una pequeña reverencia y echaron a andar hacia el interior del castillo, sin ella. Sintió un frío extraño en el estómago. Su pueblo

estaba en peligro. ¿Cómo podían pensar siquiera en pasar el invierno en las tierras bárbaras?

Keimm desapareció engullido por las sombras al cruzar el portón de entrada. Era un hechicero del agua. Debería ser capaz de manejar el clima a su antojo. ¿No quería, o no le interesaba hacerlo? Aunque Atori siempre decía que la magia era un recurso peligroso, ella no estaba de acuerdo. ¿Cómo iba a estar de acuerdo? ¿De qué le servía entonces a su pueblo contar con ella?

Las islas orientales: el último bastión. Si cesaban de utilizarla, terminaría desapareciendo por completo del mundo.

Y, todavía peor, ellos sucumbirían ante cualquier enemigo que les hiciera frente.

Vadyn y Ulter cabalgaban sin prisa en dirección al valle. Los árboles que jalonaban el camino mostraban sus ramas desnudas como huesos; algunas, pocas, hojas tardanas temblaban sin convicción salpicando el paisaje de manchas cobrizas. Vadyn se retiró de un manotazo un mechón de la frente y bufó.

—¿Qué te pasa? —preguntó Ulter.

—Espero que las dos muñecas y la bruja a la que acompañan se marchen cuanto antes del castillo.

—La mujer dijo lo que dijo con buena intención. No tenía por qué curarte, ¿sabes? Nadie se lo pidió, pero ella lo hizo. Y, créeme, estuvo a punto de morir por eso.

—¿Qué significa eso de que estuvo a punto de morir? —gruñó Vadyn, curioso a su pesar.

—Se quedó echa una piltrafa. No tenía fuerzas ni para sostenerse en pie cuando terminó.

Abandonaron el camino y se adentraron en la aldea. Un grupo de muchachas que cargaban cubos de agua se detuvieron y sonrieron al jefe Vadyn. Este les

devolvió con gentileza la sonrisa, acomodándose sobre el caballo para ofrecerles una mejor perspectiva de sí mismo. Cuando las adelantaron, escucharon algunas risillas sofocadas.

—Ya podríamos volvernos al castillo —comentó Ulter, y puso los ojos en blanco—. Dentro de un rato, todas las mujeres de la aldea sabrán que te has recuperado.

—¡Así es, general! Pronto lo sabrán todas. Estoy pensando en ofrecer un banquete esta noche en el castillo, para celebrar mi recuperación. Pero, volviendo a lo de antes... ¿cuándo nos libraremos de nuestros molestos invitados?

—Creo que tu obligación sería invitarles más bien a pasar el invierno con nosotros, primo. Sabes bien que no llegarían a Allacian en pleno invierno. Además, últimamente los bandidos se están tomando demasiadas libertades. La última incursión de la que he tenido noticia se produjo muy cerca del castillo.

—¿Ah, sí? Pues tendremos que organizar una batida antes de encerrarnos de nuevo. Tal vez mañana, si el banquete de esta noche no se alarga demasiado.

El jefe y Ulter visitaron las aldeas más próximas al castillo, para asegurarse de que todo estaba en orden, y comprobaron que los tributos que se enviarían al año siguiente iban por buen camino. A Vadyr no le interesaba mucho la parte política de ser jefe: estaba hecho para mandar a los hombres en la guerra, no en la paz, y solía delegar esas aburridas funciones en su general. No obstante, cumplía con agrado sus obligaciones respecto a dejarse ver para mantener la autoridad; de lo contrario, alguien podría pensar que era el general quien de verdad gobernaba la región septentrional del reino de los bárbaros y atreverse a intentar un golpe de mano.

Ulter era el compañero ideal para esas idas y venidas. Si bien resultaba un temible adversario en la lucha, tenía fama de ser un hombre paciente con quien se podía dialogar; por el contrario, el jefe se había ganado a pulso su apodo de Asesino: era furioso, impredecible y vengativo, y todo el respeto que sus

vasallos y enemigos pudieran sentir por Ulter, en él se traducía por temor, miedo, o absoluto pavor.

Ya estaban de vuelta cuando advirtieron la presencia de unas cabañas miserables, medio escondidas tras las suaves lomas del terreno. El humo ascendía abundante por las chimeneas y un trapo amarillento colocado a modo de bandera en un lado del camino advertía de que sus pobladores estaban enfermos. Vadyń sintió un escalofrío al verlo. Con paso cauteloso, dirigieron a sus caballos hacia allí.

—¿Quiénes sois vosotros? ¿Por qué estáis aquí? —preguntó a un joven larguirucho, con profundas ojeras, que descansaba sobre una hamaca deshilachada.

El muchacho abrió mucho los ojos al percatarse de quién era el que le había hablado. Se incorporó a duras penas, para amagar una reverencia.

—Somos habitantes de la aldea, mi señor. Hace poco más de una luna que empezamos a enfermar, y los ancianos nos enviaron a vivir aquí para no contagiar al resto.

—¿Perteneceís a una misma familia? —inquirió Ulter con frialdad.

—No, mi señor, somos varias familias. Ni siquiera éramos vecinos unos de otros.

Vadyń echó un vistazo a su alrededor. Algunos críos se asomaban desde las desvencijadas puertas y dos o tres adultos permanecían medio escondidos, curiosos y avergonzados al mismo tiempo por tener que recibir al jefe en su penosa situación.

—¿Os ha visto algún médico?

—¿Médico? No hay médicos en la aldea, señor. Solo el viejo curandero chalado. Nos roció de pócimas y nos mandó bebedizos asquerosos que no sirvieron de nada, salvo para provocarnos retorcijones.

Vadyń apretó los dientes. Le dolía tener que abandonar a su suerte a esa gente, su gente, pero lo cierto era que no podía hacer mucho por ellos. Con toda seguridad, el médico que vivía en el castillo no obtendría mucho más

resultado que el curandero.

—Si necesitáis alguna cosa, no dudéis en hacérmelo saber —dijo en voz lo bastante alta como para que le escuchara todo el mundo.

El joven larguirucho hizo una mueca, pero se guardó mucho de mostrarse irrespetuoso.

—¿Os referís a mandar un emisario al castillo, mi señor? ¿Lo recibiríais?

Ulter contestó por él:

—No. Manteneos alejados del castillo y de la aldea. ¿Todos los que os habéis trasladado estáis enfermos?

—No, mi señor. Pero los padres no pueden abandonar a sus hijos, ni las mujeres a sus esposos.

—Pero —protestó Vadyń—, acabarán por enfermar también.

El muchacho se encogió de hombros y volvió a sentarse. No aguantaba mucho rato de pie.

—Vámonos —dijo Ulter—. No hay nada que podamos hacer aquí.

Desearon buena suerte al muchacho, que les despidió con una ligera inclinación de cabeza. Regresaron al castillo sin mediar palabra; lo lamentaban por aquella gente, pero no se arriesgarían a que se extendiera una epidemia.

Capítulo 4

El sol, convertido en una enorme bola roja que descendía mordiendo los acantilados, se ocultaba con una velocidad vertiginosa en aquella zona del continente. Naora desmontó en cuanto perdió de vista la oscura silueta del castillo. Sintió un escalofrío al pisar la fría tierra con los pies desnudos, pero necesitaba realizar sus rituales si quería recuperarse pronto. El bosque permanecía en silencio, una quietud apenas rota por el zumbido de los insectos. La ligera brisa que correteaba por entre las ramas de los árboles les arrancaba quejosos lamentos.

Paseó con calma, lejos del sendero, y se detuvo cuando encontró un claro lo bastante despejado como para empezar el ritual. Buscó un palo para trazar con él varios círculos en el suelo; a continuación, dibujó símbolos tribales dentro de ellos con los dedos y comenzó a desnudarse poco a poco. Depositó la ropa fuera del dibujo, cogió un puñado de tierra con cada mano, alzó ambas hacia el cielo y, con los ojos cerrados, inició el cántico sagrado.

Notaba el brillo mortecino con el que la luz de la luna bañaba su piel. Derramó algo de tierra sobre su melena y se embadurnó el cuerpo, sin interrumpir el cántico. Los círculos del suelo emitieron un pequeño destello y empezaron a rodar; los símbolos se encendían con un tenue resplandor conforme la canción avanzaba. Dejó caer más tierra sobre la cabeza y los hombros. Cuando se quedó sin nada, se agachó a por más y se frotó con ella.

Transcurrieron varios minutos hasta que consiguió entrar en trance. Naora

adoraba la maravillosa sensación que provocaba el baile ritual, que ejecutaba dibujando curvas con los brazos, las caderas y los tobillos. Los círculos proyectaron una luz deslumbrante que iluminó el bosque entero durante algunos segundos. Abrió los ojos y supo que las pupilas habían desaparecido engullidas por el resplandor: todo era luz, una luz cálida que parecía encender el suelo que pisaba.

Siguió cantando y bailando. Para ella ya no había noche, ni frío bosque: solo tierra, el elemento dador de vida, y Naora era su hija predilecta. La tierra concentraba su poder y la alimentaba, volviéndola más fuerte, llenándola de poder. La energía recorría su cuerpo hasta las entrañas, como una oleada de placer físico que la inundaba, agarrándola de manos y pies para penetrar hasta lo más hondo de su ser.

Ya lo presentía.

Gimió.

Estaba allí...

Echó la cabeza hacia atrás, con total abandono. Una potente descarga la condujo al éxtasis, en una nube de placer absoluto. Gritó, arrastrada por sus sentidos; se le erizó la piel y sintió frío y calor al mismo tiempo. Durante unos gloriosos segundos, alcanzó la cima del mundo.

Al poco rato, las pulsaciones fueron remitiendo y Naora jadeó. El frío comenzaba a apoderarse de ella, así que se vistió a toda velocidad sin molestarse en sacudir la tierra aún adherida a su piel.

De pronto, se detuvo. Había escuchado un ruido, como de unas ramas que se agitaban. Tal vez, un animal. Miró a su alrededor, pero no vio nada. La oscuridad se había adueñado del bosque y la luna proyectaba sombras amenazadoras.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó con voz temblorosa.

Las ramas se agitaron de nuevo. Naora se giró con lentitud hacia el lugar del que procedía el ruido.

—¿Hola?

Una figura desgarbada, que portaba una lamparilla de aceite, le sonreía con timidez.

—¿Dónde demonios se habrá metido? —rugió Vady.

—¿Has preguntado a sus...?

—¡No quieren decirme dónde está, bastardos cabrones! ¡Si se creen que en mis tierras no hay normas que acatar, están muy equivocados! Pueden ir olvidándose de permanecer aquí ni un día más, y...

Apoyado en el muro con las manos enlazadas a la espalda, Keim carraspeó para advertir a Vady y Ulter de su llegada. El jefe lo miró de arriba abajo con desprecio. El hechicero lucía la misma sonrisa descarada de costumbre, pero creyó ver un atisbo de temor en los ojos.

—¿Queréis algo?

—Mi señora está tardando demasiado, jefe. Quería pedir permiso para salir a buscarla. Y un par de hombres, si es posible.

—Vaya, vaya. Así que ha salido del castillo sin permiso, ¿eh? Y ahora resulta que se ha perdido y necesitáis ayuda, ¿eh?

Keim cambió el peso del cuerpo de una pierna a otra.

—Merecéis nuestras disculpas, desde luego. Me temo que no estamos acostumbrados a dar explicaciones.

—¡No estáis en vuestro reino de fantasía, que os quede claro! —replicó Vady, airado—. Si no aceptáis la misma disciplina que los demás, tendréis que abandonar mis dominios.

Keim asintió.

—¿Tenéis idea de hacia dónde ha ido? —preguntó Ulter.

—Hacia el bosque.

Vady entrecerró los ojos.

—Conque al bosque, ¿eh? Y sola, por lo demás. Bien, yo iré a buscarla. Vos y vuestro amigo os quedáis aquí. ¿Entendido?

—Te acompaño —se apresuró a decir Ulter.

Naora estaba sentada en el suelo, frente a una caterva de críos que la miraban con los ojos hundidos, pálidos como espectros y con expresión de absoluta fatiga. Una mujer rubia, poco más que una muchacha, le mostraba sus encías sangrantes, y se quejaba del intenso dolor que le producía el más mínimo movimiento.

—¿No tenéis frío? —preguntó una vieja, que se acercó renqueante con un cuenco entre las manos—. Probad esto, que os recompondrá un poco.

Naora lo olisqueó un buen rato antes de probarlo.

—Está bueno —dijo, y lo sorbió con cuidado. Quemaba—. Dime, ¿qué soléis comer por aquí?

—Siempre comemos carne —contestó la rubia con gran esfuerzo—. Siempre, hay mucha caza por aquí. Pero aun así nos encontramos cada vez más débiles. Los pequeños se están quedando ciegos.

—Yo me ocuparé de vosotros —respondió Naora.

Las dos mujeres se miraron, más que con desconfianza, con extrañeza. ¿Una mujer tan misteriosa, surgida de váyase a saber dónde, dispuesta a ayudarles sin pedir nada a cambio? Con paciencia aguardaron a que su invitada apurase el caldo. Uno de los niños se acercó hasta ellas y se recostó entre las dos, con los ojos muy abiertos y respirando con evidente dificultad. Naora evitó posar la vista en él.

En el exterior, alguien aporreó la puerta antes de entrar sin esperar respuesta.

—El jefe Vadya ha vuelto con el general. Están buscando a una forastera que... —El muchacho se interrumpió al ver a Naora.

—Me estarán buscando a mí, imagino —contestó ella de mala gana.

Se levantó sin prisas, apartando con cuidado el tazón.

—Mañana por la mañana regresaré y os diré lo que tenéis que hacer. Me temo que esta noche todavía deberéis aguantar solos.

Tocó la frente del niño y con los dedos del pie rascó la tierra que manchaba el suelo de la cabaña. El niño dio un respingo y su piel emitió un débil

resplandor azulado. Unos segundos después, el pequeño se enderezó de golpe, con una mueca de sorpresa en la cara.

—¡Madre! ¡Se me ha quitado el frío!

Las miradas de asombro se repartieron entre Naora y el niño. La rubia hizo amago de hablar, pero la bruja la interrumpió con un gesto de la mano.

—Mañana. Debo marcharme.

Los caballos pateaban el suelo resoplando por los ollares, contagiados del nerviosismo de sus jinetes.

—Jefe Vady, general Ulter —saludó ella en tono apenas audible.

Vady desmontó de un salto.

—Pero ¿qué demonios hacéis aquí, loca? —tronó, agarrándola del brazo.

Ella trató de zafarse.

—¿Soy acaso vuestra prisionera?

Vady la atrajo hacia sí y arrimó su rostro al de ella hasta casi rozarlo. La luna iluminaba las duras facciones del jefe, contraídas por la ira. Un escalofrío recorrió la espalda de Naora. Puede que el jefe fuera un animal, pero se trataba de un animal de lo más atractivo. Aspiró su olor con fuerza, un olor irresistiblemente masculino que parecía sacudir sus defensas. Le hincó las uñas en el brazo para liberarse y notó cómo los músculos se tensaban bajo la curtida piel. Vady no pareció darse cuenta.

—¿Cómo se os ocurre venir a este poblado de apestados? ¿No comprendéis que nos estáis poniendo a todos en peligro? —preguntó entre dientes.

—No son apestados —contestó ella, arrastrando las letras al hablar.

Vady vaciló, sorprendido por su respuesta, y la muchacha aprovechó para soltarse.

—Están mal alimentados, eso es todo. No os preocupéis, —añadió en tono mordaz—, no vais a contagiaros, si es lo que teméis.

Ulter le tendió la mano para ayudarla a montar en su caballo.

—No hemos terminado de hablar, mujer —masculló el jefe, contrariado—. En el castillo os explicaré un par de cosas.

Vadyn la siguió hasta sus habitaciones y entró como una furia tras ella. Naora se quitó la capa sin dedicarle ni una mirada, lanzó sus botas hacia la otra punta de la estancia y se limpió la tierra que quedaba aún prendida en su ropa. Restos de barro reseco salpicaron las losetas de piedra. Vadyn dio unos pasos hacia ella con calma felina. Sin dejarse intimidar, Naora alzó la barbilla hacia él y sus ojos relampaguearon de rabia.

—No pienso daros explicaciones sobre lo que he hecho. No es de vuestra incumbencia —sentenció Naora en voz baja.

—Lo es, mientras durmáis bajo mi techo —replicó él, en el mismo tono—. Es algo que ya he hablado con vuestros sirvientes. Claro está: si no os parece bien, me alegrará saber que abandonáis mis tierras.

—Keinn y Kaone son mis escoltas, no mis sirvientes. Y, creedme: me haría muy feliz marcharme cuanto antes de vuestras tierras. Aunque me vea obligada a aceptar vuestra odiosa hospitalidad, sabed que no me quejo: lo considero una penitencia por haberme ofrecido a curar vuestra herida. Como suele decirse, hay que pagar por las buenas acciones.

El jefe abrió la boca para responder, pero lo pensó mejor y guardó silencio. Se acercó un poco más hacia Naora. El fuego crepitaba en la chimenea, caldeando el interior de la habitación y proyectando su luz cobriza sobre los exóticos rasgos de la muchacha. Vadyn observó la delicada curvatura de la boca, que se fruncía formando un carnosos corazón. Inspiró hondo. Por alguna razón, notaba su respiración más pesada.

La muchacha entornó los ojos, observándole a su vez con suspicacia, y Vadyn se fijó en lo hermosos que eran de cerca: maravillosamente perfilados, abanicados por larguísimas pestañas negras como noche sin luna, y de un misterioso azul oscuro.

Los ojos de Naora escondían secretos. No eran los ojos transparentes de las muchachas tontorronas a las que solía engatusar para divertirse en las noches de juerga, que reflejaban de golpe toda la verdad que había en sus aburridas vidas.

En la chimenea, la madera emitió un débil crujido al quemarse. En la distancia se oyó el ulular de una lechuza solitaria y un lobo aulló a la luna. Vadyne extendió un dedo para rozarle la barbilla; de pronto, había olvidado por qué discutían momentos atrás.

Naora dejó escapar un leve jadeo cuando él la tocó. La piel de Vadyne había adquirido el color del bronce, lamida por el calor de las llamas. Por debajo de la melena enmarañada que le ocultaba la frente, los ojos de Vadyne se habían oscurecido todavía más, enturbiados por una súbita acometida de deseo. ¿Sería posible? Naora entreabrió los labios, y él se aproximó.

Con lentitud depredadora.

—Pero ¿qué estáis haciendo? —preguntó entonces ella, y sacudió la cabeza.

Como si acabara de despertar de un extraño sueño, Vadyne pestañeó y dejó caer la mano.

—No toleraré ninguna indisciplina.

Y se dirigió hacia la puerta con paso enérgico.

Sin embargo, Naora había empeñado su palabra. Se mordió la parte interior de la mejilla y, tragándose el orgullo, le preguntó:

—¿Tengo vuestro permiso para ir mañana al poblado? Esa gente no está enferma. Lo único que les ocurre es que no están alimentándose bien, y ahora que llega el invierno...

Vadyne se detuvo en seco.

—¿Cómo demonios estáis tan segura de que no es una enfermedad?

—Lo huelo —respondió ella, y encogió un hombro—. Al igual que olí que estabais a punto de morir por vuestra herida infectada, puedo oler que no hay ni rastro de enfermedad en esa gente. Pero eso no significa que no vayan a morir.

Vadyn la miró de arriba abajo. Cruzó los brazos sobre el pecho y apoyó la espalda contra el muro.

—¿Puedo preguntaros qué pensáis hacer?

Con un suspiro, Naora trató de hacerle entender.

—Sabéis que Keinn, Kaone y yo provenimos de las provincias orientales — Vadyn asintió—. Somos lo que en nuestro pueblo se conoce como «hechiceros de nivel superior»; cada uno estamos especializados en distintos elementos. Keinn domina el elemento agua; Kaone el fuego y yo, la tierra.

—Y eso, ¿qué significa? —preguntó él, y plantó la suela de la bota en la pared.

Naora fingió que no le molestaba.

—La tierra es el elemento de la vida. Entre otras cosas, como ya sabéis, puedo curar, y también puedo hacer que florezcan las plantas. —Vadyn enarcó una ceja—. Puedo plantar una semilla y hacer que crezca un árbol en un solo día.

—Sigo sin entender cómo vais a ayudar a...

—Esa gente no se alimenta bien. Solo come carne —resopló Naora—. Es tan fácil como plantar árboles frutales y enseñarles a que coman los frutos.

—Ya veo. —Vadyn entornó los ojos—. ¿Estáis, entonces, absolutamente segura de que no hay ningún riesgo de...?

—Absolutamente.

—¿Y qué ganáis vos? —preguntó con recelo.

—No poca cosa. Si me echáis del castillo antes de la primavera, supongo que alguien me acogerá en su cabaña como agradecimiento.

Vadyn sonrió de medio lado, complacido por su respuesta.

—¡Ja! —Su risa sonó áspera y seca—. Sea, entonces. Podéis jugar a los jardines, pero llevaos un par de hombres con vos. Los caminos son peligrosos.

Naora le sostuvo la mirada unos instantes antes de asentir con gesto cansado. Vadyn se despidió con una leve inclinación de la barbilla, y cerró la puerta con cuidado.

Todo era oscuridad, tanto dentro como fuera del castillo. El jefe Vadyne daba vueltas encima de la cama, sin lograr conciliar el sueño. Cada vez que cerraba los ojos, se le presentaba una imagen de Naora lamiéndose los labios, atravesándole con sus misteriosos ojos azules. Hacía tiempo que no dormía con una mujer: cuando su prometida Thalore, a quien solo había visto una vez en su vida cuando era niño, anunció su próxima visita al castillo Kaard, le había parecido buena idea hacer abstinencia como gesto de buena voluntad ante su inminente casamiento.

En ese instante ya no lo consideraba tan buena idea: su cuerpo le recriminaba una decisión tan estúpida, y la presión bajo sus pantalones comenzaba a resultarle especialmente molesta.

—Por todos los demonios —masculló entre dientes.

Trató de pensar en otra cosa. Se mordió la lengua con fuerza para que el dolor le permitiera concentrarse mejor, arreó unos buenos puñetazos contra la manta. Se pasó una mano por el pelo, se tumbó bocarriba y cerró los ojos. Era inútil. El rostro altivo de Naora se le aparecía enmarcado por los suaves rizos que caían sobre sus hombros y, para colmo, ya no recordaba muy bien qué tipo de ropa llevaba antes. Se torturó imaginándola ataviada con una fina túnica transparente, como suponía que vestirían las auténticas hechiceras. Su mente recreaba con todo lujo de detalles las delicadas curvas de los pechos, la cintura, las altas caderas.

Naora acariciando con la punta de la lengua los sedosos labios, mientras soltaba con una mano la fibula que anudaba la túnica. Se imaginó rozando con sus callosas manos los pechos recién revelados. Casi podía sentirlos a su alcance, tan suaves, tan blancos.

Tan perdidamente deliciosos.

—¡Mil veces maldición! —gritó, y se incorporó de un salto.

¡Como si nunca hubiera visto una mujer! Abrió de golpe los ventanales y se asomó a la fría noche sin estrellas. El viento de las montañas había arrastrado gran cantidad de nubes. Inspiró con fuerza y sus pulmones se inundaron del

aire helador que ya penetraba en la cámara. Permaneció así un buen rato, confiando en que el frío terminara con su calentón. Y, como un cretino y sin poder evitarlo, preguntándose si también Naora estaría pensando en él.

Acurrucada bajo una gruesa manta de pieles de zorro, Naora observaba cómo el fuego de la chimenea se extinguía poco a poco, reducido a un montón de ascuas humeantes. Aunque estaba bastante cansada, no conseguía conciliar el sueño: cada vez que recordaba el rostro de Vadyń acercándose a ella, dispuesto a besarla, su corazón daba un vuelco y se le encogían las tripas. Sacudió la cabeza, confundida. Ciertamente, físicamente, el jefe era un hombre impresionante: ya cuando lo vio por primera vez, aun postrado por la fiebre, le pareció el ejemplar masculino más atractivo que había visto en la vida.

Sin embargo, Vadyń también representaba todo aquello que a Naora le habían enseñado a despreciar: era presumido, maleducado y de carácter volátil. Encumbrado como jefe por su carácter violento, y no por su sabiduría o la importancia de su linaje, su forma de guiar al pueblo se asemejaría más a la de un animal que a la de un verdadero rey.

Qué diferente de su hermano Atori, hijo y nieto de reyes, frío y calculador, que sabía anticiparse a los problemas en lugar de ir resolviéndolos conforme iban surgiendo.

O de ella misma, ya puestos.

«Y entonces, ¿de dónde nace esta ansiedad?», pensó.

Se acarició la barbilla, allí donde él la había tocado, y hasta la raíz de los cabellos se le erizó. Recordó su olor, masculino y especiado; salvaje, como todo en él.

«Por favor», se dijo, enfurruñada consigo misma. «Más me vale dejar de pensar en tonterías. Bastante tengo con estar aquí atrapada».

En la hoguera se consumieron las últimas brasas, aunque sus entrañas seguían ardiendo. Cerró los ojos y pensó en las amenazas que se cernían sobre

su pueblo, allá en el extremo más oriental del continente, mientras ella perdía el tiempo en un oscuro castillo bárbaro.

En todo el que aún tendría que pasar hasta que pudieran reanudar el viaje hasta Allacian.

Con lágrimas en los ojos, el perfil de la chimenea se fue difuminando más y más, hasta desaparecer por completo, devorado por la intensa negrura de la noche.

Capítulo 5

Durante largas semanas, Naora bajó cada día al poblado, donde utilizaba su magia para hacer crecer distintos tipos de frutales. Después, dedicaba las escasas fuerzas que le restaban a fortalecer a aquellos que se encontraban peor; sobre todo, los niños. La labor resultaba extenuante, y cada noche regresaba al castillo debilitada, pálida y sucia, con la ropa manchada de tierra, la trenza deshecha y el pelo enredado en grasientos mechones que se le adherían al rostro. Los primeros días, Vadyń había tratado de evitarla, repelido a partes iguales por la atracción que había surgido aquella noche y por su lamentable aspecto.

—No olvides que es por tu pueblo por lo que vuelve así cada noche —le recriminó Ulter en una ocasión—. Podría permanecer encerrada en sus habitaciones hasta la primavera, y no tendríamos nada que echarle en cara.

Vadyń resopló.

—No digo que no. Pero ¿tiene que ir como una desharrapada? Vestida con pantalones, y peinada con una trenza como si fuera un salvaje.

—Así que ese es el problema, ¿eh? —rio Ulter—. Que preferirías una invitada más agradable de contemplar. Aunque supongo que, para ella, eso es bueno.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Vadyń, torciendo el gesto.

—¡Nada! Simplemente, que no es una mujer boba y caprichosa, más pendiente de venerar tu majestuosa presencia que de hacer algo útil en la vida.

—Me ofendes, primo. Me ofendes y me insultas al mismo tiempo.

—¡Ja! Te pido disculpas, en tal caso. Voy a los establos a ver a los caballos. Me reuniré contigo más tarde.

Vadyn se quedó un rato mirando al vacío, más allá de los robustos muros del castillo. ¿De verdad era ese el tipo de mujer que le gustaba? Dicho así, sonaba un poco lamentable, pero la verdad era que, si repasaba su lista de amantes, todas parecían cortadas por un mismo patrón: bobas, caprichosas y adulatoras, tal y como le había dicho Ulter. Meneó la cabeza, disgustado consigo mismo.

Ojalá Thalore fuera distinta.

Aquella noche, Vadyn esperó embozado en una capa negra junto al portón de entrada para recibir en persona a Naora. La luna era apenas un gajo de naranja medio mordido, y su tenue resplandor, más que iluminar, regaba con fantasmal tibieza los alrededores. Las primeras nieves habían hecho su aparición pocas horas antes, y el suelo endurecido estaba cubierto por un fino manto blanco. Vadyn pateó el suelo para entrar en calor mientras observaba el vaho que exhalaba su propia respiración.

A lo lejos, por fin, divisó a Naora: se aproximaba con lentitud, derrengada sobre el caballo, seguida a cierta distancia por un par de soldados que charlaban entre sí. A semejante paso, tardaría un buen rato en llegar, pensó Vadyn contrariado. Arqueó la espalda para desentumecerse y dio un puntapié a una piedra que descansaba junto a él.

—Fría noche para pasear al sereno —observó una voz burlona a sus espaldas.

Vadyn se giró, frunciendo el ceño, y se encontró con uno de los dos forasteros. ¿Sería Kaone, o el otro? Al jefe le costaba distinguirlos aún.

—Hola... ¿Kaone? —aventuró, y el mago esbozó una sonrisa.

—Yo soy Keinn —replicó el otro, inclinando la barbilla.

—Demonios. —Vadyn frunció el ceño y le dio la espalda—. ¿Puedo hacer algo por vos?

—Más bien no. Es que queríamos despedirnos de Naora.

—¿Despediros? —preguntó Vadyne con suspicacia. El otro mago acababa de surgir de la nada, materializándose a su lado—. ¿Se marcha acaso?

—Somos nosotros los que nos vamos. Debemos reunirnos con nuestro rey, Atori. No ha respondido al último mensaje que le envié, y tememos que haya ocurrido algo.

—Es posible que el mensajero esté todavía de camino —dijo Vadyne, y le quitó importancia.

—Ya tendría que haber llegado allí —Kaone negó tristemente con la cabeza.

—Tal vez, pero aún tiene que hacer el camino de vuelta.

Keinn miró a Vadyne disimulando su desprecio a duras penas.

—Jefe, ignoro si el mensajero llegó o no a nuestra frontera. Si no lo hizo, lo siento por él, porque es probable que esté muerto, o en las garras de los Jinetes Esteparios, en cuyo caso estaría mejor muerto. Si llegó, lo normal sería que Atori se hubiera dirigido a nosotros mediante... bueno, digamos que Atori tiene unos poderes especiales y se habría puesto en contacto. Como no lo ha hecho, solo podemos achacarlo a un motivo de extrema gravedad. En cualquiera de los dos casos —añadió, y se encogió de hombros—, la situación es bastante mala y debemos regresar. Ni siquiera merece la pena tratar de continuar hasta Allacian.

—Ella ya lo sabe. Tendrá que apañárselas sola.

Vadyne guardó silencio mientras observaba la desvaída figura de Naora, acercándose a paso de tortuga por el sendero.

—Protegedla, jefe —pidió de pronto Keinn, y en su rostro se adivinaba que realizar aquella petición le suponía un gran esfuerzo—. Cuidad bien de ella.

Vadyne se enderezó como si le hubieran atizado en los riñones.

Aquello sí que era una sorpresa. Y no estaba muy seguro de si le gustaba o no.

—En mi castillo estará a salvo de cualquier peligro —aseguró.

Keinn lo miró a los ojos con amargura. Como si el jefe supusiera el mayor

peligro al que tendría que enfrentarse Naora.

—No tenemos más opción. Creedme: hemos considerado todas las variantes.

—Bueno, yo... —el jefe les apretó las muñecas en señal de despedida—. Si vais a decirnos adiós, la esperaré dentro. Buena suerte, hechiceros.

Vadyn se acomodó la capa con gesto teatral y atravesó el portón, pero se mantuvo lo bastante cerca como para oír las palabras que cruzaban los magos.

—Nos vamos ya, Naora.

La muchacha se apoyó en el hombro de Kaone, fatigada. Su voz sonó como el revoloteo de una mariposa en medio de un vendaval.

—Tened mucho cuidado, por favor.

Se detuvo para coger aire, pero Kaone no le permitió continuar.

—No digas nada, Naora. Todo lo que debíamos decirnos, lo sabemos ya. Cuídate, no hagas esfuerzos inútiles.

—No son nuestro pueblo, Naora. No tienes por qué hacerlo —añadió entre dientes Keinn.

—Buena suerte.

—Buena suerte a ti también, princesa. Trataremos de comunicarte cualquier novedad.

Keinn le ofreció el brazo para ayudarla a entrar en el castillo, donde la recogió Vadyn. Después, salió a reunirse con su compañero. Tomaron los caballos y Kaone murmuró unas palabras en voz baja. Una nube de niebla los envolvió, ocultándolos a ojos hostiles, y ambos emprendieron viaje de vuelta a su hogar, antes de que fuera demasiado tarde.

Naora se desplomó en brazos de Vadyn. Alzó hacia él su mirada hundida, como disculpándose; el jefe la tomó en brazos sin decir nada y la condujo con cuidado a sus aposentos.

—Prepara un baño caliente para la señora y sube un cubo lleno de tierra a mis habitaciones —ordenó a una sierva.

Aunque no la había visto ejecutar ninguno de sus rituales, Ulter le había contado que la tierra le ayudaba a recuperarse, y lo cierto era que sentía curiosidad por comprobarlo por sí mismo. Echó un rápido vistazo al frágil cuerpo que portaba, tan ligero como el de una niña, y, sin embargo, tan lleno de fuerza. Naora no pesaba nada, aunque no sabía si por efecto del desgaste que le producía hacer magia, o si era así siempre.

Ascendió por la escalinata sin apenas darse cuenta de que la llevaba en brazos. Al llegar a la alcoba, la depositó con suavidad sobre la cama y esperó a que la bañera estuviera lista. Despidió a la sierva con un gesto de la cabeza y permaneció un rato observándola, sin saber muy bien qué hacer. ¿La dejaba allí? ¿O la tendía en el suelo y derramaba la tierra sobre ella? Naora había cerrado los ojos y respiraba con una serie de ronquidos jadeantes. Olía a sudor y a barro, y tenía la cara y el cuerpo pegajosos. La verdad, pensó Vady, es que era la mujer menos femenina que había tenido jamás entre sus sábanas.

Arrugó la nariz y se acordó de lo que le había dicho Ulter. Viéndola así de desvalida y vulnerable, resultaba complicado adivinar por qué se arriesgaba tanto por ayudar a aquellos desgraciados que ni siquiera pertenecían a su pueblo.

—Demonios —rezongó en voz baja—. Mis propios hombres podrían haber hecho lo que quisieran con ella, y lo más probable es que ni se hubiera enterado.

Naora se agitó y emitió un suave quejido. Vady se acercó hasta que sus rostros se rozaron para escucharla mejor.

—¿Queréis que os tire la tierra por encima? ¿O preferís que os meta dentro del cubo? Aunque es bastante pequeño para eso —dijo, y se sintió más estúpido que de costumbre.

Naora abrió mucho los ojos y esbozó una especie de sonrisa. Movié los pies y Vady recordó su aversión al calzado.

—¿Las botas? ¿Queréis que os las quite?

Ella asintió. Vady tiró con cuidado de una bota, pero no consiguió sacarla.

Sonrió confiado a Naora. Dio un tirón un poco más fuerte, pero la bota parecía empeñada en quedarse.

«Solo es una bota», pensó Vady. «He quitado decenas de botas».

Probó con la otra, con idéntico resultado. Pensó en colocarse a horcajadas sobre las piernas de la muchacha para arrancárselas, pero le pareció poco decoroso. Naora puso los ojos en blanco y le hizo un gesto para que se acercara a escuchar de nuevo.

—¿Queréis hacer el favor —logró susurrar— de quitarme las malditas botas?

Vady dio un respingo.

—¡Por todos los demonios! —gruñó, tirando con toda su alma.

Por fin las botas cedieron, y salieron disparadas hasta chocar con la pared.

—Buen trabajo, jefe —dijo Naora con un hilo de voz—. Ayudadme a ponerme de pie sobre la tierra.

Vady vació el cubo sobre el suelo y la sostuvo para evitar que se cayera. Con los pies desnudos, la muchacha esparció la tierra por el suelo. Vady se retiró a una distancia prudencial, temeroso de que la magia pudiera volverse contra él. Naora se agachó con precaución y con un dedo dibujó los extraños símbolos rodeados de círculos de distinto tamaño. Miró a Vady con suspicacia.

—Daos la vuelta. Tengo que desnudarme.

—¡Oh! Por supuesto —repuso Vady, cada vez más nervioso.

Naora se quitó la ropa a trompicones y la arrojó sobre la cama. Volvió a advertir a Vady, sin acabar de fiarse y sin muchas esperanzas:

—No miréis, ¿eh?

—¿Por quién me tomáis? —preguntó él en tono ofendido.

Naora entonó su suave cántico. De espaldas a ella, Vady tamborileaba con los dedos sobre la pared, como siguiendo la melodía. Echó un rápido vistazo, con la única intención de comprobar que todo marchaba bien. Y luego, al poco, echó un segundo vistazo, para asegurarse del todo.

Y entonces, Naora empezó a bailar con un sensual contoneo, trazando círculos con los brazos, con las caderas, con los tobillos. Con la cabeza hacia atrás, la melena descendió en cascada sobre su espalda, acompasando los movimientos como una serpiente. Vadyń tragó saliva, sin saber dónde meterse. Aquella danza era lo más erótico que había contemplado en su vida. Su cuerpo reaccionó, endureciéndose con violencia, y tuvo que hacer un severo esfuerzo por no gemir.

El baile se volvía cada vez más vertiginoso: los giros se hacían más pronunciados, las caderas dibujaban círculos cada vez más amplios, la pelvis se ocultaba y se mostraba con descaro hacia el lugar donde Vadyń se había quedado plantado, como incitándole. Los pequeños pechos se elevaban y descendían al ritmo que marcaba su respiración acelerada. Las manos de la muchacha se agitaron en el aire con elegancia y Naora comenzó a acariciar su blanca piel. Vadyń aferró la hoja del puñal con la mano desnuda. Estaba al límite de sus fuerzas y, una de dos: o salía corriendo de la habitación, o hacía cualquier cosa que desviara su atención de la hechicera. La primera opción no le pareció una buena idea. El filo se le clavó dolorosamente en la palma y un fino hilo de sangre salpicó la alfombra. Las gotas dibujaron un diminuto abanico de manchas rojizas.

Naora giró sobre sí misma, una vez, dos veces, tres. Estaba llegando al clímax. La energía volvía a ella con la fuerza de un torrente en el deshielo; notaba el poder de la magia inundando la habitación. La hechicera jadeó, gimió. Se abrazó a sí misma y su respiración desbocada retumbó entre las cuatro paredes.

Y, entonces, por fin, gritó. Un grito que semejaba un aullido. La descarga salvaje incluso sacudió a Vadyń.

Poco a poco, Naora fue recobrando la normalidad. Se acuclilló en el suelo y esperó a que su respiración se relajara.

Tambaleándose, sudoroso y más excitado de lo que recordaba haber estado nunca, Vadyń se dio media vuelta, con la mano todavía aferrada al puñal.

Exhaló un largo suspiro y se acomodó el caftán, esperando que ocultara lo que sus pantalones delataban de forma vergonzosa.

Durante un buen rato, fue totalmente incapaz de articular palabra.

Naora tardó un rato en centrarse y recordar dónde estaba. La aldea, el bosque. La despedida apresurada. Keinn y Kaone cabalgaban ya lejos. El jefe Vadyne le había ayudado a preparar el ritual de sanación.

El jefe... ¡El jefe! ¡El jefe lo había visto todo! Se incorporó de sopetón y tironeó de una manta para cubrirse con ella. Le subieron los colores, tanto que notó que le quemaban las mejillas.

Vadyne carraspeó.

—¿Habéis terminado ya?

—S-sí —acertó a decir, y supo que él habría estado mirando por cómo se esforzaba en disimular.

—Muy bien. He ordenado que os preparen un baño. Yo... Llamaré a una sirvienta para que os ayude.

—No es necesario, gracias. Puedo arreglármelas yo sola.

—En ese caso, esperaré fuera. Me gustaría hablar con vos, si lo tenéis a bien.

—De acuerdo.

Vadyne salió de la habitación con el corazón latiendo como un caballo al galope. Se recostó contra la puerta y rogó por que su cuerpo le concediera una tregua.

Poco después, encendido todavía y con la mente bullendo por todo lo que había presenciado, oyó el sonido de unos pasos desde las profundidades del corredor. Por allí apareció Ulter, quien le sonrió de oreja a oreja.

—¡Ah, Vadyne! Justo el hombre a quien quería ver. Acaba de llegar un emisario.

—¿De verdad? —exclamó Vadyne—. Muy interesante. Ven, vayamos al salón

y me lo cuentas.

—Oh, no te preocupes, no te robaré mucho tiempo. Es solo que...

—Insisto, primo, ¿acaso no ves lo difícil que es hablar aquí? —Con un sonoro empujón, Vadyne le obligó a moverse—. Hay una corriente heladora en estos pasillos.

Ulter miró al jefe por entre las pestañas.

—¿Te encuentras bien?

En ese momento, la puerta de la habitación de Vadyne se abrió de par en par y Naora salió, con los cabellos empapados, las botas en la mano y arrebujada en una manta. Sus labios dibujaron una “O” de asombro al ver al general. Este apretó los dientes, la saludó con una profunda inclinación, y se giró hacia Vadyne.

—Vaya. Supongo que ahí dentro se estaba bastante más caliente, después de todo.

Vadyne se pasó la mano por la cara.

—¿Queráis decirme algo, jefe? —preguntó Naora con la vista fija en las losetas del suelo.

—Mmm, sí. Esto... ¿vais a ir mañana a ver a los apestados?

—Pensaba hacerlo. Aunque solo iré un rato por la mañana, para hablar con ellos. Ya he terminado todo cuanto podía hacer.

—Bien, muy bien. Ejem... Yo... nosotros, quiero decir —El bastardo de Ulter escuchaba con atención, divirtiéndose de lo lindo—, os estamos muy agradecidos por la tarea que habéis llevado a cabo. Estaba pensando en celebrar mañana un gran banquete en vuestro honor.

Ulter puso cara de pasmo y gesticuló con la cabeza. Vadyne le miró sin entender.

—Será para mí un honor que mañana os sentéis a mi lado y... ¿Qué cojones te pasa? —le gruñó a Ulter.

—Nada —contestó el general, la vívida imagen de la inocencia.

—Os estoy muy agradecida, jefe. Acepto gustosa vuestra invitación.

Se despidió de ambos. Vadyr esperó a que desapareciera.

—¿Qué demonios hacías con la cabeza? ¿Y qué era ese mensaje del que me hablabas?

Ulter suspiró.

—Thaloré llegará mañana al castillo.

—¿Que Thaloré...? ¿Qué?

El general le palmeó el hombro, y se alejó por el pasillo murmurando una disculpa. El jefe se quedó muy quieto, como si acabara de caer un rayo junto a él.

Al menos, el calentón se le había pasado de golpe.

—¡Maldita sea!

Capítulo 6

Thalore se revolvió incómoda en el carro. Habría preferido ir montada a caballo, pero su padre había insistido en la importancia de hacer una gran entrada en el castillo Kaard. Por enésima vez cambió de postura. El carro traqueteaba por el camino helado; a menudo resbalaba al tomar las curvas.

A pesar de la media docena de mantas que se amontonaban sobre ella, apenas sentía sus propias piernas; se daba pequeños golpecitos con las manos en los muslos para entrar el calor, sin conseguirlo.

—¿Estamos cerca? —preguntó a uno de los hombres que la escoltaban.

El jinete se encogió de hombros.

—Pregúntale a aquella campesina que va por allí —ordenó, y señaló a una joven a caballo que parecía seguir su misma dirección.

El jinete picó espuelas hasta ella. Thalore la observó desde la distancia: vestía como un hombre, con pantalones y botas de piel negros; si Thalore no fuera tan perspicaz, la habría confundido.

«Bah. Campesinos».

Según informó el jinete, estaban muy próximos.

—Qué mujer más rara —se permitió añadir—. Tenía los ojos estrechos como alfileres y el pelo de color rosa.

Thalore sacudió la cabeza: aquello no le importaba lo más mínimo. Animada por la noticia de la pronta llegada, se esmeró en arreglarse la espléndida melena cobriza y alisó con las manos la falda de terciopelo verde. Al doblar

un recodo del sendero, el castillo Kaard se recortó contra el cielo, imponente. Thalore suspiró emocionada.

—Así que este va a ser mi nuevo hogar —dijo para sí—. Desde luego, es mucho más grande que la fortaleza de mi padre.

Divisó la figura del jefe Vadyr. Tragó saliva; la única vez que le había visto eran apenas dos mocosos. Lo recordaba como un crío moreno y más bien menudo, tímido y callado.

Eso era bueno, claro. No le importaría encontrarlo más o menos igual, para manejarlo a su antojo. Cerró los puños sobre la manta y reprimió las ganas de ponerse de pie para observarlo mejor.

—Paciencia, Thalore, paciencia.

Desde el portón, Vadyr aguardaba a su prometida enfundado en sus mejores galas: vestido de negro de pies a cabeza, con pantalones de piel, un elegante caftán bordado con hilo de plata y una suntuosa capa de piel de oso ajustada sobre un hombro; gruesos aros de bronce pendían de sus orejas y brazaletes de oro adornaban sus brazos. Se había retirado la oscura melena hacia atrás, sujeta con una fina cinta de cuero.

Una imagen irresistible, como él mismo había comprobado antes de salir al admirar su reflejo en un enorme espejo de plata, si no fuera porque el furioso ceño que lucía le confería un aspecto amenazante. Había accedido de mala gana a dar la bienvenida a la joven en cuanto los vigilantes la avistaron en la lejanía. No recordaba a Thalore, pero conocía bien a su padre, el jefe Ascín: un hombretón permanentemente enfadado y permanentemente colorado por la cantidad de vino que bebía. Recordaba su espantosa narizota surcada de venas y su horripilante cabezón calvo salpicado de pelos naranjas.

Vadyr solo pedía que Thalore no se pareciera a él.

«Pero Ascín es el más poderoso de los jefes de clan... exceptuándome a mí, claro. Nuestra alianza me volverá invencible», se dijo a sí mismo para darse

ánimos.

Observó el paso lento del carro al aproximarse.

«¿Por qué diablos no va montada en un caballo, como Naora? ¿Acaso es demasiado especial para eso?»

Sus propios pensamientos confundían a Vadyn. Sacudió la cabeza. ¿Qué más daba cómo se desplazara Naora?

El vehículo se detuvo, y, con un par de zancadas, Vadyn se plantó ante Thalore para ayudarla a bajar.

—Mi señora Thalore, soy Vadyn de Kaard. Bienvenida a mi hogar.

Thalore se descubrió con coquetería y su hermosa melena flotó en el aire unos instantes, lanzando destellos cobrizos. Vadyn hizo un gesto de sorpresa, que, al parecer, Thalore interpretó de forma muy positiva. Con una sonrisa apenas esbozada, tendió su blanca mano para que él la tomase y le lanzó una mirada pícaro con sus espléndidos ojos verdes.

—Un honor, jefe Vadyn. Mi padre os envía recuerdos y lamenta no haber tenido ocasión de acompañarme. Importantes asuntos requieren su presencia en nuestras tierras, pero os hace saber que se reunirá conmigo en cuanto le sea posible.

A Vadyn se le olvidó contestar. Arrugó la nariz; acababa de distinguir la silueta de Naora en el camino. La bruja mantenía la vista clavada en él; debía de extrañarle que tuvieran visita. Desde luego, él no le había contado nada al respecto.

—... viento helador, ¿no creéis? —escuchó las últimas palabras de Thalore y se sobresaltó, como si no esperara verla allí.

—Vamos adentro —dijo entre dientes.

La tomó del codo con escasa gentileza y la arrastró al interior del castillo.

Thalore patinó con sus elegantes botas sobre el hielo, y se hubiera caído si Vadyn no estuviera sujetándola con tanta firmeza. Nada más entrar, se zafó con malos modos y lanzó una torva mirada al jefe.

—No es necesario que me tratéis con tanta rudeza. Sé caminar por mí misma.

—Mis disculpas. Me daba miedo que os enfriarais.

Se frotó el brazo con el ceño fruncido, mientras paseaba la vista por el interior del edificio.

—Si me lo permitís, señora, os mostraré vuestras habitaciones, en la mejor parte del castillo.

Thalore le dedicó un gracioso mohín y echó a andar tras él.

El pesado portón se cerró a sus espaldas y Vadyne lanzó una rápida mirada sobre su hombro para comprobar si Naora había entrado ya. Se quedó perplejo cuando la vio enfrascada en una animada charla con un hombre al que no conocía.

—¿Quién es ese? —preguntó.

—¿Quién? —Thalore miró en la dirección que le indicaba y torció el gesto—. ¿Ese que está hablando con... aquella persona de allí? No temáis, viene con mis hombres. Tiene un aspecto fiero, ¿verdad? —A Vadyne no se lo parecía en absoluto, y menos aún pensaba que fuera de temer. Era un tipo muy esbelto que lucía una larga trenza oscura—. Lo compramos al rey de Allacian. Un esclavo muy valioso, por cierto: un Jinete Estepario, un salvaje de las tierras orientales. Según dicen, son guerreros sin par. Por mi parte lo encuentro espantoso, pero mi padre se empeñó en que viniera conmigo.

—La seguridad es lo primero —gruñó Vadyne.

Naora y el Jinete Estepario continuaron su chachara, y la bruja rompió a reír. Vadyne no recordaba haberla visto reír hasta la fecha.

—Eso dice siempre mi padre, la seguridad es lo más importante cuando uno sale de sus fronteras. El caso es que...

Thalore habló sin descanso mientras ascendían las frías escalinatas y Vadyne se hartó de escuchar. Empezaba a dolerle la cabeza. ¿Jinetes Esteparios? ¿Guerreros sin par? Eso tenía que verlo. Se rascó el mentón antes de detenerse frente a la puerta de la alcoba de Thalore. La joven le agradeció sus atenciones con una sonrisa medida a la perfección, ni muy fría ni demasiado sugerente, y entró para inspeccionar sus aposentos moviendo la cadera de

forma provocativa.

Se giró con un movimiento de lo más garboso para indicarle a Vadyne que podía cerrar la puerta.

Pero Vadyne no estaba. De pronto, le había surgido un enorme interés por conocer a la nueva guardia de su prometida.

Naora sonreía al soldado con calidez, como si fuera un viejo amigo al que no veía desde hacía años. Le calculaba más o menos de su misma edad; se expresaba con perfecta dicción y mostraba al hacerlo ademanes orgullosos, lo cual resultaba en sí chocante siendo como era un esclavo. Tenía los ojos algo separados y la mirada dura, los pómulos altos y un hoyuelo en la barbilla. Charlaba con despreocupación; sin embargo, mantenía una mano sobre el puñal y la otra acariciando el tirante del carcaj.

—No sabía que las relaciones entre nuestros pueblos hubieran empeorado tanto. —El joven, que dijo llamarse Tamuin, arrugó el gesto cuando terminó de escuchar a Naora—. Claro que, llevo tanto tiempo al servicio del jefe Ascín...

Ella movió la cabeza con pesar.

—Lo cierto es que no hemos sido buenos vecinos, hay que reconocerlo. Las últimas incursiones de los Jinetes han regado de sangre los asentamientos de la frontera. Nuestro rey lo ha intentado todo, incluso comprar la paz con oro. Pero los saqueos se intensifican y nuestro pueblo huye hacia el interior del continente.

—También sufren los que viven a nuestro lado de la frontera. Miradme a mí: fui capturado en mi primera batalla y me vendieron como esclavo.

—¿Tan joven? —Se extrañó Naora—. ¿Y ya entonces te encontraron valioso para la lucha?

Tamuin se rio, mostrando una hilera de dientes blanquísimos que contrastaban con su bronceada piel.

—Nuestra fama nos precede. Aprendemos a montar a caballo antes que a

andar, y poco después a disparar con el arco. Y, además —añadió bajando la voz—, en Allacian no saben distinguir a un gran guerrero de un siervo con malas pulgas.

—Todo es cuestión de apariencias, ¿no es así? —convino Naora, sonriente.

Tamuin se puso serio de repente. El jefe Vadyń acababa de aparecer y se colocó junto a Naora en actitud desafiante.

—Me ha dicho tu señora que eres un guerrero sin par —le espetó a bocajarro—. ¿Es cierto eso?

—Bueno, yo...

—¿Por qué no me haces una demostración de tus habilidades en combate?

Tamuin abrió mucho los ojos.

—¿Queréis decir ahora?

—¿Por qué no? Tengo mucho tiempo hasta la hora de la cena. ¿Acaso tú estás muy ocupado? —preguntó, y luego se volvió hacia Naora—: ¿Haréis el honor de acompañarnos?

—Claro, ¿por qué no? —repitió ella, molesta con los modales del jefe—. ¿Por qué no se lo decís también a vuestro general, que está allí plantado esperándoos?

—¿Y por qué no? —gruñó Vadyń.

Vadyń le tendió una espada enorme, de hermosa empuñadura de bronce con incrustaciones de piedras preciosas y una hoja de casi un metro de larga. Tamuin la miró con el ceño fruncido y se negó a cogerla.

—¿Qué pasa, guerrero sin par? No irás a decirme que tienes miedo, ¿no?

Tamuin encajó la mandíbula. No estaba dispuesto a caer en la trampa.

—Sois el jefe Vadyń, el más poderoso líder de los clanes del norte. Yo solo soy un esclavo. No pienso alzar una espada contra vos.

—¡Ja! O sea, que tienes miedo.

—Sí, jefe. —Vadyń rio por lo bajó y le dedicó una sonrisa arrogante a Naora

—. Tengo miedo de haceros daño y que toda vuestra guardia se me eche encima. Contra todos a la vez, no tengo posibilidades.

La sonrisa de Vadyne se congeló en su rostro. Ulter disimuló una carcajada con un repentino ataque de tos. Naora puso los ojos en blanco y cogió a Vadyne del brazo. Dio un respingo al notar cómo se le tensaban todos los músculos.

—Los Jinetes Esteparios no son buenos en el cuerpo a cuerpo —dijo, tratando de enfriar los ánimos—. Son excelentes arqueros y pueden acertar a un blanco en movimiento muy lejano, incluso cabalgando de espaldas, pero siempre luchan a distancia.

Vadyne apretó los dientes. El contacto con su piel le provocaba un ligero cosquilleo. Tomó su mano con delicadeza para quitársela de encima y la retuvo un segundo más de lo necesario.

—¡Una competición de tiro con arco, entonces! —propuso Ulter, entusiasmado—. ¿Qué te parece, Vadyne? ¡Yo también participaré!

Tamuin guardó un resignado silencio. Ulter fue a buscar arcos y flechas, y pidió a uno de los soldados que pululaban por el patio de armas que preparara unas dianas. Naora se acercó al jefe y siseó contrariada:

—¿A qué viene todo esto? Es un esclavo de vuestra prometida, ¿qué necesidad hay de retarle?

El rostro de Vadyne palideció. Visiblemente incómodo, se rascó la cabeza y preguntó:

—¿Prometida? ¿Quién os ha dicho eso? ¿Ha sido Ulter?

A Naora, la palabra «prometida» en labios de Vadyne le provocó un escalofrío.

«Qué tontería», pensó. «¿Por qué habría de importarme?»

Estaba a punto de contestar cuando llegó Ulter a la carrera y le tendió un arco al jefe. Este se lo arrebató de malos modos, mirándole con cara de pocos amigos.

—¿Qué? —preguntó el general, confuso.

—Si me lo permitís, jefe —interrumpió Tamuin—; podemos estar aquí hasta

que anochezca disparando a las dianas. Seguro que sois tan buenos como yo.

—Demasiado fácil para el guerrero sin par, ¿eh? —dijo Vadyñ—. ¿Qué propones tú entonces?

Tamuin se cuadró y mostró los dientes.

—Yo propondría olvidarnos del asunto. Pero, ya que insistís, ¿por qué no hacer la prueba a caballo? Salgamos de donde están aquellos árboles —indicó con la mano dos grandes robles que se alzaban una veintena de metros más allá—, y galopemos hasta esa otra zona. Hay suficiente distancia para una buena carrera. Tres flechas, una por cada diana. ¿Os parece bien?

El tono de Tamuín había cambiado. Todos percibieron el desafío, y, por su expresión, el jefe más que ningún otro. Una sombra siniestra oscureció la mirada de Vadyñ.

—Sea —contestó con la voz ronca.

Ulter se pasó una mano por la cara.

—Ya empezamos —murmuró. Al ver la expresión confundida de Naora, añadió—, ojalá no haya que lamentar nada dentro de un rato.

El general fue el primero en realizar la prueba. Puso a su montura al trote, a un paso bastante cómodo, y lanzó su primera flecha, que fue a clavarse a media pulgada del centro.

—¡Más rápido, bastardo tramposo! —rugió Vadyñ.

Ulter hincó espuelas y el animal ganó velocidad; la segunda flecha dio en la parte alta de la diana. Cuando llegó a la tercera, no había tenido tiempo de preparar la última flecha y aminoró el paso hasta detenerse. Se encogió de hombros al dar media vuelta, y sonrió sin mucho ánimo.

Vadyñ clavó sus ojos en él con expresión furiosa.

—Si son los galones lo que te pesa, ten por seguro que lo arreglaré pronto. Ahora vas tú, guerrero sin par.

Tamuín montó de un salto, sujetando cuatro saetas con la boca. Al pasar junto

a Naora amagó una pequeña reverencia, hincó los talones en los flancos del caballo y salió disparado hacia delante. Aprestó el arco. La primera flecha impactó con un sonido sordo en el centro del objetivo.

Vadyn arrugó la nariz.

—Buen tiro —dijo a secas.

Antes de que se escuchara el primer impacto, una segunda flecha rasgaba el aire con un silbido, y fue también a acertar en pleno centro. Plop.

—Pura suerte —rezongó.

Tamuin preparó la tercera flecha con la velocidad de un halcón. Disparó. En cuanto soltó la cuerda, Vadyn profirió un grito feroz y salió como una exhalación con el arco listo. La tercera flecha también había hecho diana.

Tamuin volvió grupas sin refrenar la marcha, en dirección a Vadyn. El jefe acertó el primer disparo y sonrió con arrogancia mientras preparaba el segundo. Tamuin pasó junto a él, encorvado sobre el cuello del animal. Sus miradas se cruzaron durante un segundo.

Lanzó la segunda flecha. En ese momento, Tamuin se giró hacia él y disparó, de espaldas, una cuarta saeta. El dardo vibró en el aire. Naora se mordió la cara interior de la mejilla, y Ulter puso los ojos como platos al darse cuenta de lo que acababa de hacer Tamuin.

Su flecha atravesó en el aire la del jefe, y la partió en dos. Una lluvia de astillas salpicó el suelo helado.

—¡Condenación! —gritó Vadyn, y se detuvo tan de golpe que casi salió proyectado por encima del caballo—. Pero ¿cómo rayos has podido hacer eso?

Naora no pudo esconder una enorme sonrisa que iluminó su pálido rostro.

—Pero...pero... ¡eso ha sido...! ¡Ha sido...! —Ulter corrió a recoger los restos de las flechas, admirado.

Vadyn desmontó y caminó hasta él. Se agachó; quería ver con sus propios ojos la flecha de Tamuin clavada en lo que había sido la suya. Atónito, negó con la cabeza. Se volvió hacia el jinete, que le contemplaba altanero desde su

caballo.

—Por todos los demonios, muchacho. Nunca había visto nada igual, lo reconozco. Eres justo vencedor.

Puede que Vadyne se hubiera sentido afrentado hacía un rato, pero el guerrero que había en él se descubría ante la proeza que acababa de presenciar. Tamuin hizo una mueca de desdén y se alejó con paso tranquilo. Admirado, Ulter fue tras él para felicitarle por su gesta.

El rostro de Vadyne vuelto hacia Naora reflejó con claridad lo que cruzaba por su mente. Prodigioso o no, el caso era que él, el jefe Vadyne de Kaard, había retado a un esclavo para ponerle en su sitio y había terminado mordiendo el polvo.

Naora observó su imponente perfil recortado contra los negros muros del castillo. Repasó con la vista las duras pero hermosas líneas de su mandíbula cuadrada; las hondas cicatrices trazadas en el rostro; los ojos oscuros, que no lograban disimular su abatimiento, aunque fingían altivez. Unas gotas de sudor descendieron con lentitud desde su frente y se precipitaron al suelo saltando desde su nariz rota.

Aunque Vadyne trataba de mantener una pose orgullosa, ella sabía que se sentía humillado. Unas semanas antes, unos días antes incluso, a Naora le habría molestado su actitud: al fin y al cabo, él mismo se lo había buscado. Sin embargo, verlo allí plantado, solo, avergonzado de sí mismo, le provocó una punzada de lástima.

Sobre todo, porque una pregunta impertinente planeaba sobre su cabeza: ¿se había comportado así por ella?

—Ha sido digno de ver —susurró.

Vadyne bufó e hizo ademán de marcharse. Pero Naora le rozó el brazo con la punta de los dedos para retenerlo junto a ella.

—Me alegro de que os haya parecido tan admirable —dijo él, escupiendo las palabras—. Tampoco yo había visto un disparo así antes.

—Oh, no me refería a eso. —Ella le restó importancia con un gesto de la

mano—. Todos los Jinetes Esteparios saben hacer trucos como ese. Lo he visto cientos de veces.

—¿Ah, ¿sí? —preguntó Vady, receloso—. ¿De qué demonios estáis hablando, entonces?

Naora se situó un poco demasiado cerca. Notaba el calor que emanaba de su poderoso cuerpo.

—De la nobleza que habéis demostrado poseer al reconocer que un esclavo os había derrotado —contestó con dulzura—. No hay muchos hombres capaces de hacerlo.

Vady se crispó. Las palabras de Naora le habían calado hondo, aunque no era lo único que le afectaba: su cercanía le estaba poniendo nervioso. Escuchaba su respiración entrecortada, alterada, que quebraba con sutileza el silencio entre los dos. Su voz, exótica y rota, resbalando como una cuchara de dulcísima miel sobre sus sentidos. Sus ojos afilados, tan azules como las aguas del mar del norte, clavándose en los suyos. Atravesándole.

Y su olor... Podría llegar a emborracharse con su olor.

Vady percibía a Naora con todo su ser.

Sintió una incómoda palpitación en la entrepierna. Pensó que quizá fuera hora de poner tierra de por medio, pero sus piernas se negaron a abandonar el lugar.

Una repentina ráfaga de viento empujó la melena rosada de la bruja hacia él y aspiró con fuerza su desconcertante aroma a tierra. El olor le trajo recuerdos del ritual mágico de curación y del frágil cuerpo de Naora mientras se contoneaba lamido por la luz cobriza del fuego.

Vady le rodeó la cintura con una mano y la atrajo hacia sí. Sin oponer resistencia alguna, Naora se dejó caer contra su cuerpo de titán. Cerró los ojos, y le ofreció su boca jadeante.

Anonadado, la contempló durante medio segundo. Se dijo que era un inútil.

¿Cómo explicar si no que, hasta entonces, hubiera sido incapaz de apreciar su belleza? Con los labios, acarició con suavidad cada pulgada de su rostro. La fría piel de los párpados, la nariz, los altos pómulos. Naora se estremeció y Vadyr rozó sus labios de terciopelo con la punta de la lengua. Recorrió su contorno con delectación y los saboreó despacio. Muy despacio.

Vadyr resopló, sobrecoigido por la pasión que Naora despertaba en él y la besó como si quisiera devorarla. Sus manos resbalaron un poco más, desde la cintura hasta el trasero, y lo presionó con fuerza para apretar a la mujer contra él. Quería que notase la pujante fuerza de su deseo. Naora le enterró los dedos en la melena y un gemido ronco escapó de su garganta.

Ah, sí, la había notado, porque, de repente, se había puesto tensa.

Con un esfuerzo sobrehumano, se separó de ella, lo justo para seguir respirando su cálido aliento. Le pellizó la barbilla y se recreó en el velo que nublaba los ojos hipnóticos de Naora. Encajó la mandíbula y se obligó a recobrar el control de la situación. Si continuaba besándola, pronto necesitaría más de ella.

Mucho más.

Y no estaba seguro de tener derecho a reclamárselo.

—Yo...lo lamento. No pretendía ofenderos. Lo cierto es que no sé muy bien lo que ha ocurrido —consiguió balbucir.

Naora tardó unos segundos en reaccionar. Apartó la vista, sonrojada y confusa.

—Yo... disculpadme vos a mí. No suelo... yo no... Yo no soy así.

Se apartó con brusquedad, la vista fija en el suelo helado.

—Disculpadme, jefe.

Echó a correr hacia el castillo. Incómodo, sabiéndose culpable de su azoramiento, Vadyr la dejó marchar.

Continuó un buen rato allí donde estaba, bajo el azote del viento que arrojaba contra él esquirlas de hielo procedentes de las montañas nevadas. No sabía muy bien qué hacer: no le apetecía entrar al castillo, y sin duda sería un

error tratar de aclarar las cosas con la bruja. Thalore acababa de presentarse y pronto su padre anunciaría el casamiento a todos los clanes vecinos.

Vadyn no podía permitirse romper una alianza tan valiosa y, mucho menos, enemistarse con el único clan capaz de hacerle sombra. Decidió ir a los establos a por un caballo y salir a montar hasta que cayera la noche. Evitó el camino de la aldea: no quería pasar por delante de los apestados, aunque ya no lo fueran, y que algún cretino le recordara lo maravillosa que había sido Naora con ellos.

Se lanzó al galope con su mejor montura; el furioso batir de las patas salpicó de nieve ambos lados del camino. No volvió la vista hacia el castillo.

Si lo hubiera hecho, habría visto el hermoso rostro de Thalore apoyado en uno de los ventanales, contraído de furia, observándole partir.

Capítulo 7

Naora se incorporó de un salto cuando oyó que alguien llamaba con precaución a su puerta.

«¿Será él?», pensó, y se emocionó como una boba.

Abrió sin hacer ruido. La luz de la luna se filtraba bajo los postigos de las ventanas y el fuego llameaba con viveza desde la chimenea. Aparte de eso, no había ninguna otra luz y las sombras se proyectaban largas e inquietantes contra las paredes de piedra.

Unos ojos rasgados la contemplaban desde la oscuridad del corredor.

—¿Tamuin?

—¿Puedo pasar? —preguntó el esclavo en un susurro.

Naora se hizo a un lado y el Jinete Estepario se coló en la habitación como una sombra más. Se inclinó en una profundísima reverencia.

—Princesa Naora, os ruego con toda humildad que me disculpéis por mi actitud anterior. He permitido que el orgullo guiara mis pasos, y eso es algo imperdonable.

Naora retrocedió, asustada.

—¿Princesa Naora? ¿Qué...? ¿Quién eres tú, Tamuin?

—No temáis —pidió él, y le mostró las manos abiertas para tranquilizarla—. Soy un espía de vuestro hermano Atori.

Naora negó con la cabeza, sin creer sus palabras.

—Atori nunca me dijo nada de ningún espía. Además, tú mismo me dijiste

que fuiste comprado en Allacian y que...

—Me vendieron en Allacian, sí. Pero fue uno de los hombres de Atori quien lo hizo. Nada de capturas, ni saqueos. Fui criado en las provincias orientales. Soy un mestizo.

—Entiendo.

Naora no quiso averiguar más. Ni a los Jinetes Esteparios ni a su propio pueblo les gustaba mezclarse. Los mestizos solían ser hijos de madres violadas durante los saqueos o durante las expediciones de castigo.

Tamuin se pasó la lengua por los dientes.

—¿No os pareció demasiado teatral?

—¿Te refieres a lo de la flecha? —Naora sonrió con tristeza—. Me lo creí, la verdad. Sé de lo que son capaces los Jinetes...

Tamuin se puso serio.

—No me conviene que nadie en el castillo sepa quién soy. A Atori le viene bien que sirva en las filas de un jefe bárbaro, y cuando Vadyne y Thalore se casen —Si Tamuin se fijó en la mueca de dolor de ella, no dio muestras de haberlo hecho—, el nuevo clan será demasiado poderoso. Atori no cree que los bárbaros decidan atacar a vuestro pueblo, pero siempre conviene ser prudentes. Yo solo quería disculparme por la escena con el jefe.

Hizo una nueva reverencia para despedirse y desapareció como por arte de magia en la penumbra del pasillo.

Bueno, tal vez fuera magia, después de todo.

Se acercaba la hora de bajar a cenar, aunque, la verdad, no le apetecía en absoluto. Naora no se encontraba muy bien y el origen de su malestar se le escapaba. Se sentía vacía por dentro; vacía, pequeña y sola. De pronto, la misión que le había encomendado Atori se le antojaba increíblemente grande para ella, y ni siquiera contaba con el apoyo de sus amigos, Keinn y Kaone. ¿Qué le estaba ocurriendo?

Durante medio segundo, temió que sus males guardasen relación con el jefe bárbaro. ¿Estaría enamorándose?

Pronto desechó la idea, por absurda. Nunca en su vida se había enamorado y su papel en las provincias orientales era demasiado importante como para hacer el tonto.

Claro que, ¿cabía otra respuesta? Cada vez que cerraba los ojos veía el rostro de Vadyn turbio por el deseo, y todavía recordaba el sabor de sus húmedos besos sobre sus labios.

«Estúpida».

Había visto a la hermosa Thalore en el carro. Incluso despeinada y poco aseada tras un viaje agotador, poseía una belleza deslumbrante, algo de lo que sin duda era plenamente consciente.

Observó su pálido reflejo en el espejo, con un nudo en la garganta. La trenza rosácea colgaba lacia sobre uno de sus huesudos hombros. Su cuerpo, desgarrado y quebradizo, nunca podría competir con la lozana sensualidad de Thalore. ¿Qué hombre se fijaría en ella teniendo al lado a la hija del jefe Ascín?

Ninguno en sus cabales, desde luego. Y, menos aún, un hombre como Vadyn.

—Harán una pareja perfecta —sollozó—. Y tendrán unos niños preciosos.

Lo tenía clarísimo: no le apetecía nada ir a cenar.

No obstante, a Naora no la habían educado para que sus deseos imperasen por encima de la razón. Así que se resignaría: tomaría un baño, se vestiría con su traje más elegante y se reuniría con la flor y nata de los clanes bárbaros.

Aquella prometía ser una velada como pocos recordaban en el clan Kaard. La enorme mesa de piedra se había engalanado con ricos manteles traídos de Allacian; la vajilla de plata refulgía, iluminada por la luz de decenas de antorchas colgadas de las paredes. Un grupo de músicos había sido traído desde Kayln, un pueblo situado a tres jornadas de camino, famoso por el

talento de sus artistas. Sobre la mesa se acumulaban platos de carne asada, pasteles de verduras, nidos de exóticas frutas y todo tipo de dulces. El vino y la cerveza corrían con generosidad de mano en mano.

Vadyn ocupaba el lugar central de la mesa, como correspondía al jefe del clan, y a su derecha, la bella Thalore, resplandeciente con un suntuoso vestido de terciopelo azul, acaparaba todas las miradas. A pesar de encontrarse de un humor de perros, tenía que reconocer que era la mujer más hermosa que había conocido. Sus carnosos labios destacaban como amapolas en la inmaculada blancura del rostro; los enormes ojos verdes sonreían con picardía, bajo unas cejas que parecían dibujadas con pincel. Un joven guerrero bromeó con ella y Thalore estalló en carcajadas, agitando su melena de seda y subiendo y bajando los enormes pechos cada vez que reía. Vadyn la miró de refilón, con el gesto torcido. El muchacho sonreía con expresión mansa, sin apartar los ojos del escote. Vadyn le gruñó para recordarle cuál era su sitio y el joven se alejó, entre torpes excusas y enrojecido hasta las orejas.

—¿Os estáis divirtiendo, Thalore? —preguntó, con la voz un tanto pastosa por efecto del vino.

—¡Mucho, mucho! Me encantan este tipo de banquetes. La música es un poco acelerada para mi gusto, pero por lo demás todo está perfecto. La elección de la comida, quizá, podría mejorarse, no es que haya mucha variedad. Aunque supongo que es normal cuando no hay una mujer que se encargue de estos temas. —Thalore le sonrió con frialdad, y se dio cuenta de que no le estaba prestando atención—. Y vos, ¿estáis disfrutando? ¿Echáis de menos a alguien, quizá?

Vadyn nunca usaba copas: el cuerno del clan de Kaard pasaba de generación en generación, cada vez más pringoso, como recordatorio de lo dura que había sido en tiempos la vida en las tierras bárbaras. Cada palmo del terreno que hoy era suyo, recordaban siempre los jefes de Kaard, había sido ganado con acero y fuego. La vieja costumbre de beberse la sangre del jefe enemigo muerto en combate había dejado de practicarse hacía tiempo, pero el cuerno

seguía allí, por si alguna vez a alguien le apetecía restaurar las tradiciones de los tiempos antiguos.

De momento, Vadyn se conformó con rellenar el cuerno de cerveza y echárselo al cuerpo de un trago. Paseaba los ojos vidriosos por la sala y a lo lejos escuchaba la empalagosa voz de su prometida, aunque no la entendía muy bien.

Estaba sirviéndose más cerveza cuando Ulter se sentó a su lado y le atizó un buen manotazo en el hombro que le hizo perder el equilibrio. Echó mano al borde de la mesa para no caerse, y al hacerlo derramó varias copas y un plato de asado sobre el suelo. Thalore chilló enfurruñada cuando la salsa le salpicó el bajo del vestido.

—Pero, bueno, jefe, ¿te has bebido tú solo toda la cerveza del castillo? —le recriminó Ulter, y le ayudó a sentarse recto.

—No seas imbécil. Estoy perfectamente. ¡Vosotros! —bramó, dirigiéndose a los músicos—. ¡Tocad alguna cosa alegre! ¡Mi prometida tiene ganas de bailar!

Thalore sonrió.

—¡Ah! El jefe Vadyn es un auténtico caballero, sin duda, como siempre decía mi padre. Me habéis leído el pensamiento, mi señor; ahora mismo...

—¡Ulter! Maldito cabrón, saca a bailar a mi prometida —gruñó, y agarró al general del cuello del caftán.

Thalore no perdió la sonrisa, pero sus ojos se congelaron con odio. Dedicó una pequeña reverencia a su pareja de baile, aceptó el brazo que él le tendía y caminó garbosa hasta la parte central del salón. Varias parejas más se sumaron y pronto formaron una barrera de gente que se interponía entre Vadyn y su prometida. El jefe apoyó la frente sobre la mesa y descubrió que era una postura de lo más cómoda para terminar de pasar la velada.

«¿Por qué no habrá querido venir?», se preguntó con aire lastimero.

—¿Dónde debo sentarme, jefe?

Vadyn dio un respingo al oír la voz de Naora, pero no se movió.

—Será mejor que no os sentéis, bruja. Id a bailar con el guerrero sin par, si es que está por ahí. Aunque no sé si estará... porque no lo he invitado.

Se le trababa la lengua al hablar. Naora hizo una mueca de asco al oírle.

—Estáis como una cuba. Debería daros vergüenza, emborracharos delante de vuestra prometida.

—¿Quieres que te ddd- diga lo que me importa lo que piense de mí m-mi prometida?

Naora pestañeó, perpleja.

—El vino os está afectando más de lo que pensaba.

Se cruzó de brazos, mientras Vadyr seguía mascullando por lo bajo algo sobre una música horrible, un cuerno nuevo para el jefe Ascín y lo mala persona que era.

Naora no tenía ganas de aguantar tonterías, así que se sentó sola delante de un succulento plato de carne asada. Buscó a su alrededor, pero no encontró cubiertos. Muy típico de los bárbaros, se dijo, tener vajilla de plata, pero comer con las manos. Alzó la vista, indecisa, y pronto se dio cuenta de que nadie le prestaba la más mínima atención. La mayoría de los presentes o estaban borrachos o estaban bailando, o las dos cosas a la vez, y siendo Thaloré el centro de atención, podía estar segura de que iba a pasar totalmente desapercibida.

Cuchillos sí había, se percató, y en abundancia, así que cortó un trozo más o menos manejable, lo cogió con dos dedos y empezó a mordisquearlo. Había que reconocerlo: bárbaro o no, sabía delicioso. Se le escapó un poco de salsa y se pasó la lengua por los dedos mojados. Hizo un mohín travieso y sonrió de oreja a oreja. Al fin y al cabo, los modales de los bárbaros resultaban liberadores.

A varias zancadas de distancia, el jefe Vadyr se había incorporado y la observaba con los ojos de par en par. ¿Esa mujer era Naora? ¡Por todos los

demonios! Si no fuera por la melena, no la habría reconocido.

«Eso... eso es lo bueno de tener un pelo tan raro», pensó, y se rio. «Así nadie te confunde».

Naora había cambiado sus ropas de viaje por un delicado vestido de seda rojo, ceñido por un fajín color oro, que acentuaba de forma discreta sus suaves curvas. La forma del vestido era muy diferente a cualquiera que conociera Vady, y eso que él era un auténtico experto en quitar todo tipo de vestidos a las mujeres. Las mangas eran tan anchas que le caían hasta la cadera; no tenía escote, sino un cuello alto con dos botones plateados en un lado. La contempló embobado. ¡Era tan hermosa! Su belleza no tenía nada que ver con la de Thalore: de una manera discreta, Naora tenía una elegancia de la que las vertiginosas curvas de su prometida carecían por completo. Se escuchó una carcajada estridente desde el otro extremo de la sala y Vady vio a Thalore sufriendo una especie de ataque de risa, rodeada de varios guerreros que se la comían con los ojos. A pesar de que lo veía todo entre brumas, el jefe comprendió que la preciosa Thalore nunca gozaría de la serena belleza de Naora. Trató de ponerse de pie, pero trastabilló un par de veces y fue a parar de bruces contra el suelo. Naora se levantó de un salto y se arrodilló junto a él.

—Demonios —juró Vady—. Alguien ha dejado todo el suelo lleno de charcos de vino.

Naora torció el gesto.

—¿Por qué no os vais a la cama?

—Lo haré si te vienes conmigo —respondió, juguetón.

—A la cama, pero a dormir la mona. Yo puedo acompañaros hasta la puerta, esto es todo.

Cogió a Vady del brazo para ayudarlo a ponerse de pie, pero pesaba demasiado para ella.

—¿Por qué no colaboráis un poco? —refunfuñó.

—Maldición, si no lo hago —gruñó Vady a modo de respuesta.

A trompicones, abandonaron el bullicio del salón y se dirigieron a la habitación del jefe.

Vadyn se arrojó sobre la cama como si viniera de realizar un esfuerzo terrible. La habitación le daba vueltas y el vestido rojo de Naora parecía un abanico de seda desplegado a su alrededor.

—Debería dejaros en este estado tan lamentable como castigo —dijo Naora.

—No serviría de nada. No es la primera vez que me pasa... y no parece que haya aprendido mucho, ¿eh? ¿Por qué no me ayudáis a quitarme esto?

Tironeó del cuello del caftán para sacárselo por la cabeza. Naora no se movió. Vadyn luchó un buen rato hasta que por fin pudo arrancárselo y lo lanzó con furia al suelo. Se tumbó bocabajo con la cabeza colgando fuera de la cama y gimió, preso de un gran dolor.

Naora puso los ojos en blanco. Se sentó junto a él, con la espalda recta como un palo, y le colocó una mano sobre la espalda. Los músculos se contrajeron de manera involuntaria y, si no hubiera estado tan borracho, no habría sido la única parte del cuerpo que se hubiera agitado por sí sola.

—¿Vais a curarme? —preguntó Vadyn, sin mucha esperanza.

—No puedo curaros puesto que no estáis enfermo —repuso ella—. Puedo echaros una manta por encima y pedirle a alguno de vuestros hombres que haga guardia frente a la puerta para que no os moleste nadie. Pero nada más.

Hizo ademán de marcharse, pero Vadyn la atrapó por la muñeca y se incorporó.

—Esperad. Quedaos un rato conmigo.

Naora dudó.

—¿Para qué?

—Quería deciros que lamento mucho lo que ocurrió en el patio. Está claro que fue un grave error. No entiendo qué me pudo ocurrir.

En cuanto las palabras salieron de su boca, se dio cuenta de que no había sido una buena idea decirlas. Además, tampoco era eso exactamente lo que quería decir.

—¡Ja! —Naora lo miró con expresión herida—. ¿No os habéis cansado aún de burlaros? ¿Tan desagradable os parezco como para llamarme «error»?

—¡No! Yo lo que quiero decir es que...

—¡Sé perfectamente lo que queréis decir! «No entiendo qué me pudo ocurrir» —repitió, imitando su voz—. «Me daría algún golpe en la cabeza con el arco y cometí el error de besaros». ¡Pues sabed, cretino presumido, que yo también os considero un error! ¡La equivocación más absurda que he podido cometer en mi vida! ¿Un patán como vos? ¿Conmigo? ¿Una princesa oriental? ¡Ja! ¿Tenéis acaso algo que ofrecer, más allá de vuestra apostura? ¡No hay nada que merezca la pena en vos! ¡Nada! ¡Descansad a gusto, jefe!

Alzó la mano con intención de abofetearle, pero Vadyne la interceptó a escasos centímetros de su rostro.

—Estáis equivocada conmigo, Naora —susurró con voz enronquecida—. No soy ese patán engreído que imagináis, aunque no me extraña que lo penséis. Perdonadme si os he ofendido con mis palabras, pero no se me da muy bien hablar. Lo que quería decir es que jamás consideraría un error haberos besado. El error fue creer que alguien como yo pudiera ser... ¿cómo se dice? ¿Digno? Creer que alguien como yo pudiera ser digno de besar a alguien como vos.

La mano de Naora quedó suspendida unos segundos en el aire cuando él la soltó. Tragó saliva.

—¿Por qué debería creerlos? —preguntó desconfiada.

Vadyne no contestó. Extendió un dedo para acariciarle la barbilla y le inclinó con suavidad la cara hacia un lado. Naora se envaró. Con la punta de los dedos le rozó los párpados, para que cerrara los ojos, y se acercó con lentitud desesperante a ella.

El leve contacto de su boca le arrancó un gemido ahogado. Vadyne enterró una mano en su melena y la atrajo hacia sí, para recibirla con un apasionado beso. Con su lengua buscó la lengua la de ella; la recorrió con urgencia, paladeando su exótico sabor.

Le mordisqueó la barbilla, y la línea de la mandíbula, y con cada suave mordisco sentía que Naora se rendía más y más a las sensaciones que él provocaba en su cuerpo. Con los dientes, le atrapó el lóbulo de la oreja y, entre susurros, le confesó lo hermosa que la veía.

Naora se revolvió y fue a sentarse a horcajadas sobre sus muslos. El vestido se abrió y dejó al descubierto sus piernas flacas, que lucían unas brillantes tobilleras de plata con forma de flores. Vadyr siguió besándola; Naora se apretó más contra él y jadeó cuando notó la verga endurecida contra su vientre.

Vadyr le desabrochó los botones del cuello con cuidado mientras Naora deshacía el fajín, y la seda se desparramó a su alrededor. Una finísima pieza de seda blanca, casi transparente, cubría su delicado cuerpo desnudo. Él se relamió al ver las suaves curvas de la cintura y las caderas, y los pequeños pechos con los rosados pezones, tan tentadores. La empujó para recostarla en la cama, sobre el mar de tela roja, y se tumbó a su lado.

Naora le observó por entre las pestañas. El deseo enturbiaba su mirada oscura; las contundentes facciones del rostro se contraían por la tensión. Vadyr quería hacerla suya, y no veía el momento de ponerse manos a la obra.

Un trofeo más, quizá.

«Un error», pensó. «Un error que pagaré caro algún día».

Pero no tenía fuerzas, ni ganas, de rechazarle. Jamás había experimentado la avalancha de sensaciones que la asaltaba en ese momento. Todo su cuerpo quemaba bajo sus caricias; un reguero de besos ardientes la cubría desde el cuello hasta los pechos, que él sujetaba como si fueran a romperse mientras los lamía con entrega. Con los labios atrapó los pezones, succionó y los recorrió pacientemente con la lengua. Naora creyó que se derretía. Arqueó la espalda para ofrecérselos, presa de un acuciante deseo que crecía más y más.

Vadyr continuó sus caricias. Un punzante escalofrío de placer la atravesó cuando le rozó el vientre con los dedos.

—¿Os gusta así?

—S-sí. Sí.

La mano de Vadyne se perdió entre sus muslos. Naora se quedó helada cuando empezó a penetrarla con un dedo. Con dos. Con tres.

¿De verdad estaba dispuesta a entregárselo todo?

Él percibió su vacilación.

—Pararé cuando me lo pidáis —susurró—. Aunque preferiría que no me lo pidierais.

—Yo... no quiero... es decir, no puedo daros... mi...

Vadyne la besó en el cuello. Naora luchaba por encontrar las palabras adecuadas, pero estaba muerta de vergüenza.

—No tomaré nada que no pueda devolver —prometió. Su voz ahogada le erizó cada pulgada de la piel—. No os preocupéis. Conozco otras maneras de daros placer.

Vadyne la tumbó bocabajo y se colocó detrás de ella. Empujó con suavidad, mientras sus dedos volvían a perderse entre los muslos de Naora, y ascendían poco a poco, para empaparse de su cálida humedad.

—Si me abris paso por aquí, mi señora...

Notaba la verga palpitante presionando entre sus nalgas. Dura, enorme, ansiosa.

Vadyne separó los pliegues con delicadeza y con la palma de la mano le presionó el sexo. Naora se frotó contra ella, con urgente necesidad, y Vadyne la penetró de nuevo con los dedos. Resollaba como un oso; sentía su cálido aliento en la nuca.

—Dejad que os tome por detrás, mi señora.

—Sí... por favor.

Apenas sí fue consciente de haberle contestado. Necesitaba a Vadyne en su interior. Las manos de él recorrieron su piel desnuda. Le aferró la cintura y se acomodó entre sus nalgas.

Empujó y la penetró de golpe. Durante medio segundo, Naora solo sintió dolor. Un dolor agudo que le recorrió el espinazo, y la necesidad de apartarse

de él, de escapar de su abrazo.

Pero, entonces, Vadynd comenzó a moverse. Muy despacio al principio, para darle tiempo para amoldarse a él, mientras los dedos la acariciaban en círculos un poco más adelante.

—Si deseáis que me aparte, yo...

—¡No! No. ¡Seguid! Seguid acariciándome así.

Vadynd gimió, Naora gimió. Cada vez la llenaba con más fuerza.

Se mordió la muñeca. Creyó que iba a estallar en pedazos.

Gritó. Una corriente brutal de energía la atravesó y la abrasó con un poder que nunca había experimentado. Volvió a gritar. Con un último jadeo, Vadynd explotó en su interior y rugió de placer.

Se quedó muy quieto encima de ella, abrazado a su cuerpo pálido.

La besó en el cuello. Sus besos eran húmedos, cálidos. Permanecieron abrazados. Le pareció que él estaba a punto de decir algo, pero, en su lugar, la besó por última vez antes de salir de ella.

Naora sonrió. La sensación era al mismo tiempo gloriosa y extenuante.

Hasta que abrió los ojos, y sintió la tenaza del terror.

—¿Qué... qué ha pasado? ¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—Oh, no te preocupes —respondió Vadynd, con una sonrisa que apenas le cabía en la cara—. Es una reacción natural de tu cuerpo cuando... ¡demonios!

Saltó hacia atrás. La piel de Naora se había iluminado con una luz rojiza que serpenteaba por sus brazos y sus piernas.

—¡Vadynd! ¡Ayúdame! —gritó aterrada.

Manoteó delante de él.

—Pero... ¿qué hago? —preguntó Vadynd.

Los ojos de Naora se habían vuelto completamente negros. Su precioso rostro se contraía en una mueca de desesperación.

—¡No veo nada! —sollozó—. ¿Dónde estás?

Extendió los brazos hacia delante como quien busca su camino en medio de la oscuridad. Él la cogió de la mano.

—¡Por todos los...!

La mano de Naora le abrasó la piel. Se oyó un chisporroteo y el olor a carne quemada se extendió por la habitación, pero se obligó a no soltarla.

—Estoy aquí. No tengas miedo.

Naora se relajó al escucharle. Poco a poco, comenzó a respirar con más calma. No supo cuánto tiempo habría transcurrido. La negritud de los ojos se atenuó y Vadyne acertó a distinguir el tono azulado bajo el oscuro velo.

—Creo que ya puedo ver un poco.

El brillo rojizo de la piel también fue apagándose y, por fin, la mano dejó de quemar.

—¿Mejor? —preguntó él, vacilante.

—Mejor.

Se acurrucó contra el musculoso pecho de Vadyne, y este le acarició la melena con ademán protector.

—Por toda la magia —murmuró Naora—. ¿Esto es lo que ocurre siempre cuando...?

—¡Ni hablar! —interrumpió él, con cara de espanto—. Es la primera vez que he visto algo así, y mira que yo he visto...

—¡Bueno, bueno! —protestó ella con un hilillo de voz—. Me hago idea de lo que quieres decir.

Vadyne sonrió sin decir nada más. A pesar del susto, se encontraba de maravilla allí, con Naora apretujada contra él, observando el baile de las llamas en la chimenea. Continuó acariciándola un buen rato, hasta que la barbilla de la muchacha resbaló hacia abajo, y supo que se había quedado dormida. Con cuidado, la tumbó en la cama y la arropó con una manta de pieles. Ella suspiró, pero no se despertó. Se acostó a su lado, con los brazos cruzados sobre el pecho y la vista perdida en los muros del castillo.

¿Qué demonios había ocurrido? ¿Sería algo normal entre brujas? Aunque tampoco ella parecía tener ni idea.

Fuera lo que fuera, por suerte se había pasado pronto. ¿Sería igual la

próxima vez? Ante sus propios pensamientos, Vadyn sacudió la cabeza, con un nudo en las tripas. ¿Acaso seguía borracho? No podía haber una próxima vez. Naora no era para él: el destino de su clan dependía de la boda con Thalore. Si rompía la palabra dada, probablemente el jefe Ascín se levantaría en armas. Ciertamente los Ascín caerían derrotados ante el clan de Kaard, pero, aun así, las guerras siempre eran guerras, y lo único que traían era dolor y muerte. Gente que moriría porque él no cumplió su promesa de casarse. ¿Tenía derecho a hacer algo así?

No hacía falta contestar.

Cualquiera conocía la respuesta.

Se dio media vuelta hasta quedar frente a Naora. La muchacha dormía, pero una mueca de preocupación le ensombrecía el rostro. Vadyn retiró un mechón de pelo que le caía sobre los ojos y ella deslizó un brazo por encima de él.

Por todos los demonios, si alguna vez se había sentido tan a gusto en la vida, en ese momento era incapaz de recordarlo.

Cerró los ojos, y al poco se quedó profundamente dormido.

Capítulo 8

Naora recorría uno de los nueve puentes de alabastro que cruzaban el río Circular. Una tibia brisa transportaba hasta las provincias orientales el aroma dulzón de las orquídeas salvajes que florecían más allá del Gran Palacio. El cielo se teñía de púrpura con pereza, mientras los graznidos de los pájaros despedían los últimos retazos de un día moribundo.

Se detuvo en la parte más alta del puente para observar su propio reflejo. Las aguas del río Circular le devolvieron la imagen atemporal, envuelta en neblina, que siempre le mostraban en sus sueños. Con la vista clavada en el atuendo de sacerdotisa que lucía, esperó en silencio la llegada de su hermano.

«Naora». Como solía ocurrir también en sus sueños, nadie hablaba. Solo pensaban y escuchaban las demás voces dentro de su mente.

«Atori, ¿por qué me has llamado?», preguntó ella.

No se atrevía a levantar la vista.

«Naora, mírame».

Naora se dio la vuelta con lentitud. El corazón le dio un vuelco cuando vio el rostro magullado de su hermano. Su túnica de Gran Sacerdote estaba salpicada de sangre.

«¿Qué te ha ocurrido, hermano?»

Quiso avanzar hasta él, pero Atori retrocedió; los dedos de sus pies apenas rozaron la blanca superficie del suelo. Los sueños servían para comunicarse, pero no se podían tocar. Eran las reglas.

«Los Jinetes no nos dan tregua. Pero no te he convocado por eso».

«¿Ah, ¿no? ¿Por qué entonces?»

Atori sonrió con tristeza.

«¿Te has portado bien, Naora? Kaone me ha dicho que percibió un gran despliegue de poder procedente de ti. No sabe lo que es y teme que estés en peligro. Yo sí que me imagino lo que es, y también temo que estés en peligro. No hace falta que me des detalles, no me interesan. Solo he venido a prevenirte.»

«No sé de lo que estás hablando».

«No te atrevas a mentirme, Naora. Sabes bien que tu vida no es tuya. Pertenece a tu pueblo, igual que yo, y a él nos debemos. Gozamos de privilegios inalcanzables para el resto de la gente y tenemos la obligación de responder sirviendo a sus intereses. Sé de sobra que cuando quieres ocultarte de Kaone, puedes hacerlo. Lo que me hace sospechar que estás siendo traviesa es que Kaone pudiera percibir que algo raro pasaba».

Naora vaciló.

«Un hombre», aventuró Atori.

Ella asintió.

«¿Qué... qué me ocurrió? Tuve mucho miedo».

«Verás. Eres la más poderosa de las hechiceras del elemento tierra, el dador de vida. Cada vez que sanas a alguien y realizas el ritual, la tierra, agradecida, te devuelve más poder del que has perdido. Pero hay otra forma de recibir su energía.»

«¿El sexo?»

«La única forma, en realidad, de crear vida» —aseveró Atori.

«¿Y por qué nunca me lo había dicho nadie?»

«A mí no me lo preguntes. Yo no estaba a cargo de tu instrucción.»

«Nunca había sentido tanto poder, Atori. No sé si seré capaz de controlarlo algún día.»

«Claro que sí. El poder procede de la misma fuente que el ritual de sanación.»

No permitas que el miedo te controle; solo tienes que concentrar la energía y acumularla dentro de ti, como haces con las danzas sagradas. El flujo es más fuerte, por lo que tendrás que esforzarte más, pero la técnica para dominarlo es la misma. La próxima ocasión, intenta canalizar la energía en lugar de luchar contra ella. Pero tendrás que asegurarte de que sea con el hombre adecuado. Y ya sabes a lo que me refiero.»

Naora tragó saliva.

«Hay algo más que debes saber —continuó Atori—. La energía elemental se acumula dentro de ti y permanecerá latente siempre que no la necesites. Si alguna vez te encuentras en peligro, podrás liberarla para que te proteja, pero procura mantenerte fría y no dejarte llevar por el corazón. De lo contrario, ese mismo poder que portas se volverá contra ti y te destruirá.»

«¿Liberarla? ¿Cómo?»

Atori abrió la boca para responder, pero su contorno comenzó a difuminarse. Su cuerpo se descompuso en miles de mariposas blancas, que salieron revoloteando en todas direcciones. El cielo se volvió negro y el puente de alabastro empezó a deshacerse como si estuviera hecho de arena.

Naora se despertó con la caricia del sol en las mejillas. Extendió el brazo bajo la manta de piel para sentir el contacto de Vady, pero la cama estaba fría. Abrió los ojos con pereza y descubrió que estaba sola. Al otro lado de la puerta se oían voces sofocadas, como si alguien estuviera discutiendo entre dientes. Se levantó sin hacer ruido y se vistió; la túnica de seda estaba tan arrugada como si la hubiera pisoteado una manada de caballos. Las voces subieron de tono: parecía que el general Ulter estaba muy disgustado con Vady.

—Pues, entonces, envíala de vuelta con su padre. Y prepárate para lo peor —oyó decir a Ulter.

—¿Te crees que no lo sé? Trato de buscar una solución que nos interese a todos.

—¡Que nos interese a todos! —bufó Ulter—. Querrás más bien decir que te

interese a ti. La única forma de contentarnos a todos es que cumplas con tu deber y que celebres la boda con Thalore. Y bien que lo sabes, además.

Vadyn gruñó algo que ella no pudo entender.

—¿Qué demonios quieres entonces, jefe? ¿La guerra? ¿El Asesino Vadyn tiene sed de sangre? ¿Otra vez?

Naora abrió la puerta a tiempo de ver cómo Vadyn estampaba a Ulter contra la pared de un fuerte empujón.

—No vuelvas a llamarme así —siseó—. Al diablo con las consecuencias. No pienso renunciar.

Naora aprovechó el forcejeo para escabullirse a su habitación. Los postigos de la ventana estaban abiertos y la luz inundaba la estancia. Afuera, la nieve comenzaba a fundirse lentamente; pronto los pasos se abrirían de nuevo y podría tratar de llegar a Allacian... sola. Le preocupaba la ausencia de noticias sobre Keinn y Kaone, pero, sobre todo, le angustiaba la idea de dejar las tierras de Kaard. Le angustiaba la idea de alejarse a Vadyn. Y sin embargo... ¿qué derecho tenía ella a interponerse en los planes de nadie? ¿En las esperanzas de paz entre el clan Kaard y el clan Ascín?

Eso, sin contar con que el destino de su propio pueblo pasaba por que consiguiera pisar Allacian y cumplir con lo que le había sido encomendado. Solo de pensarlo, se sintió enferma. ¿Podría volver a mirar a un hombre como miraba a Vadyn? Un nudo en la garganta le impedía respirar.

Se acodó junto a la ventana abierta y clavó la vista en algún punto lejano que solo ella acertaba a ver, hasta que las sombras de los árboles cambiaron de dirección. Entonces alguien llamó a su puerta.

—Soy Vadyn.

El jefe entró con expresión sombría. Al verle, se le encogió el corazón. Seguro que traía buenas noticias, y, de todos modos, en algún momento debería contarle la verdad. Si lo demoraba más, acabaría con ella.

—Supongo que vienes a despedirte —dijo Naora con un hilo de voz.

Vadyn frunció el ceño, pero no contestó. Se pasó la mano por el pelo y

comenzó a dar largas zancadas a lo largo de la habitación. Naora se fijó en las minúsculas gotitas de sudor que perlaban su frente. Por fin se detuvo, con todo el aspecto de estar pasando un mal trago y, de repente, hincó una rodilla en el suelo y le cogió la mano. Naora dio un respingo, y su estómago se encogió de miedo.

—Mi señora Naora —empezó—. Me ha costado mucho tomar esta decisión. Ya sabes que lo mío no son las palabras. Pero tengo que decirte algo que cambiará mi vida, y espero que también la tuya... Espera... —Se rascó la cabeza—. No era así como quería empezar. Bueno, no importa. Lo que tengo que decir es que ya no soy el hombre que era cuando me conociste. Sé que me comporté mal desde el principio, y no supe ver... —resopló—. ¡Condenación! Esto es más difícil de lo que pensaba. Lo mejor será que sea directo. Mi señora Naora, soy un hombre distinto gracias a ti, y quiero que estés siempre a mi lado. Sé que no soy todo lo que mereces, pero me esforzaré cada día en hacer que os sintáis como una auténtica princesa a mi lado. Y yo... ejem... todo lo que haga a partir de este momento, no lo haré pensando en mí, sino en nosotros. En tu felicidad. Mi señora Naora: ¿me concederías el tremendo honor de convertirte en mi esposa?

¿Se podía ser la mujer más feliz del mundo y, al mismo tiempo, la más desgraciada? Naora sintió cómo las lágrimas le arrasaban los ojos y se le agarrotaban las entrañas. Abrió la boca para hablar, pero solo balbuceó sonidos inconexos. Vadynd encajó la mandíbula y se puso de pie con lentitud.

—¿Y bien? —inquirió, nervioso—. Si necesitas tiempo, dímelo. Aguardaré.

Naora se acercó a él y le abrazó con fuerza, incapaz de contener el llanto por más tiempo. Se aferró a su espalda como si le fuera la vida en ello y le clavó las uñas, hipando y sollozando indignamente.

Vadynd cerró los ojos, temiéndose lo peor.

Naora tardó un buen rato en serenarse. Reculó un par de pasos, sin soltarle, y tragó saliva varias veces antes de poder hablar.

—Mi señor Vadynd —empezó a decir con voz cavernosa. El gesto de Vadynd

se ensombreció—. Ojalá algún día comprendáis lo que han significado estas palabras para mí. Nunca había conocido una felicidad tan inmensa, y un dolor tan desgarrador. Si solo fuera una mujer corriente, aceptaría sin pensarlo dos veces. Por desgracia, hay algo que no os había contado antes y que me impide aceptar vuestra petición.

Vadyn se zafó de malos modos.

—¿De qué demonios estás hablando? —siseó en tono gélido.

—Habláis de hacerme sentir como una princesa, cuando en realidad ya lo soy, pues soy hermana de Atori, monarca de las provincias orientales. No está en mi mano, ni en mi corazón, elegir con quién quiero pasar el resto de mi vida. Nunca me habéis preguntado el objetivo de mi viaje al gran reino de Allacian. Pues, bien, yo os lo contaré: mi pueblo está en guerra. Los Jinetes Esteparios asolan la frontera y es cuestión de tiempo que cerquen la capital. Pedimos ayuda a los reinos vecinos, pero nadie respondió. Nadie, excepto Allacian. Nos enviarán tropas por mar y por tierra, a cambio de una sola cosa.

—Tú. —la voz de Vadyn cortaba como la hoja más afilada.

—Yo —confirmó ella en un susurro.

—¿Pretendes que me crea que un pueblo lleno de magos y brujas no puede hacer frente a una panda de salvajes a caballo? —preguntó, burlón.

—Apenas quedan magos entre nosotros. Solo aquellos de sangre pura pueden utilizar la magia. Pero representan un número ínfimo de la población. La mayoría de los habitantes vinieron de otras regiones hace tiempo y, aunque muchas veces se exige una demostración de la pureza del linaje antes de celebrar una boda, las parejas que están enamoradas las falsifican. No digo que me gusten todas nuestras tradiciones, pero es lo que hay.

—No me digas. Tus hijos no tendrán poderes, entonces.

Naora irguió el mentón con resentimiento. Le dolió que él pudiera siquiera pensar en los hijos que tendría con otro hombre en semejante momento.

—Me sacrificaré por mi pueblo.

—Ya... Qué digna princesita —dijo Vadyn entre dientes.

—Atori y yo empeñamos nuestra palabra. Es una cuestión de honor — protestó Naora.

Tenía el corazón destrozado, y lo último que deseaba era justificarse.

—¿De honor? —gritó él—. ¿De honor, dices? ¿Y qué hay de mi honor? ¡Acabo de mandar a Thalore de vuelta con su padre! ¿Sabes lo que significa eso? ¡Ni honor, ni paz para mi pueblo! ¡También yo di mi palabra de que me casaría con ella para evitar más sangre!

—Entonces no habéis hecho lo correcto —murmuró Naora, entre lágrimas.

—¿Yo no hice lo correcto? ¿Y tú, sí?

Vadyn la miró de arriba abajo con desprecio.

—Podéis partir cuando queráis. Ya no sois bien recibida aquí.

Salió dando un portazo y cruzó el corredor como loco; bajó la escalinata y corrió hasta los establos. Montó de un salto en el primer caballo que vio, agarró otro por las riendas y se marchó al galope, sin mirar atrás, sin dedicar un solo pensamiento a las palabras de Naora, sin querer pensar en nada que no fuera el odio que le carcomía. Se sentía humillado, y engañado.

Pero, sobre todo, se sentía herido, porque la única mujer a la que había entregado su corazón acababa de devolvérselo en pedazos.

Al caer la noche, Vadyn divisó los muros del castillo Ascín. Era una construcción más sencilla que su propio castillo, con unas murallas bajas y mal conservadas que no soportarían muchas horas de asedio. Un guardia mofletudo le dio el alto desde el portón.

—Soy el jefe Vadyn —gruñó.

El guardia se cuadró con torpeza y le saludó muy tieso, antes de franquearle el paso.

—Voy a avisar al jefe —dijo, y salió disparado.

En el carro, y con toda la caravana que la acompañaba, Thalore tardaría aún un par de jornadas más en regresar. Sin embargo, prefería darse prisa en ver a Ascín. Había demasiadas cosas en juego y no estaba dispuesto a permitirse ni un solo error más.

El viejo Ascín bajó a recibirle con el rostro ceniciento. Parecía muy desmejorado desde la última vez que lo vio. Profundas ojeras enmarcaban sus cansados ojos y caminaba ligeramente encorvado. Le dedicó una sonrisa temblorosa y le pidió que le acompañara al salón de audiencias.

La mirada de Vadyń vagó con disimulo alrededor de la estancia: hacía bastante frío; el suelo estaba sucio de trozos de huesos que los perros no habían terminado de roer y reinaba un silencio opresivo en el ambiente que le dio mala espina.

—¿Cómo estáis, Ascín? —preguntó con aprensión, nada más sentarse en un butacón de cuero.

—Pues mal, como observaréis, pero contento de que Thalore se marchara a tiempo. Contento, eso es.

—¿A tiempo? ¿A tiempo de qué?

—Hemos tenido una epidemia de fiebres en la zona. Ya ha remitido, pero los que hemos sobrevivido aún sufrimos las secuelas.

Vadyń miró la copa de vino que le acababa de servir una esclava, sin atreverse a beber.

—Nuestro clan ha quedado diezmado —continuó el viejo—. Mi único consuelo es que, tras vuestra boda con Thalore, quedaremos bajo vuestra protección. Eso será lo único que mantendrá a nuestros enemigos lejos de nuestras fronteras. Solo eso, sí, señor. Si no fuera porque el casamiento es inminente, ya se nos habrían echado encima, como perros hambrientos.

Vadyń dejó el vino de malos modos sobre la mesa. La copa se tambaleó durante unos segundos hasta que por fin cayó al suelo con gran estrépito; una mancha rojiza cubrió las piedras del suelo.

«Como una mancha de sangre. Menudo presagio».

—No os preocupéis, Mayss lo limpiará —dijo Ascín, e hizo un gesto a una sierva—. Decidme, ¿qué es lo que os ha traído hasta aquí? Debe de ser muy importante para que os hayáis adelantado a mi hija, claro que sí.

Vadyn resopló. Nunca le había gustado golpear a los débiles. Pero en este caso no le quedaba más remedio.

—Voy a ser franco, Ascín. He venido aquí sin el conocimiento de Thalore, para informaros de que la boda no se celebrará.

Ascín se llevó la mano al pecho y su rostro se contrajo en un rictus de dolor. Vadyn se levantó de un salto para ayudarle, pero él se hizo a un lado y rechazó su ayuda.

—Estoy bien, estoy bien. ¿No se celebrará la boda, habéis dicho? ¿Ha sido... por algo que ha hecho ella?

—Vuestra hija se ha comportado de forma admirable, Ascín. La razón no os la puedo confiar, pero es imposible que me case con ella.

—¿Otra mujer, tal vez?

Vadyn apretó los dientes y desvió la mirada. Le molestaba que un viejo acabado como Ascín hubiera leído en su interior con tanta facilidad.

—Otra mujer, eso es. Bueno, supongo que ese sería el único motivo que podría aceptar, Vadyn de Kaard. Aunque para mi clan, me temo, eso dará igual. En cuanto se corra el rumor, los lobos nos harán trizas.

La resignación que traslucía la voz de Ascín le resultó más dura de soportar que si hubiera montado en cólera y hubiera amenazado con la guerra.

«Soy un bastardo egoísta», pensó. «Naora tenía razón: no se puede dar la espalda al deber. Solo sé provocar dolor.»

—¿Puedo pasar aquí la noche, Ascín? Tal vez se me ocurra alguna solución.

—Oh, por supuesto, jefe Vadyn. Contáis con mi hospitalidad, desde luego. Hay que ser realistas, ¿no es así? No tenéis la culpa de que mi clan se desmorone. Mayss os mostrará vuestras habitaciones.

Vadyn no consiguió pegar ojo aquella noche. Con el paso de las horas, la furia que le había invadido cuando Naora le rechazó se había ido

transformando en tristeza y empezaba a sopesar la situación desde otra perspectiva. En realidad, ella había sido más valiente que él. Lo fácil había sido mandar a Thalore de vuelta, a pesar de que le había costado lo suyo aguantar todo su repertorio de lágrimas, amenazas, más lágrimas y juramentos. Solo tenía que pensar en lo que era mejor para él. Al demonio con el honor, la lealtad, el deber para con su clan. Ulter había intentado advertirle, pero él se había limitado en obedecer sus impulsos, creyendo que toda una vida junto a Naora podía compensar todo lo demás.

Aunque, pensándolo bien, eso último probablemente sí era cierto.

Y, sin embargo, no podía culparla por haber hecho lo correcto...

¿Por qué no le habría contado la verdad desde el principio? Vádyn se dio un manotazo en la frente, molesto. ¿Acaso se había mostrado interesado él? ¿Había demostrado en algún momento interés por algo que no fuera su propia satisfacción en cada momento? ¿Cómo podía ser tan idiota? Si hubiera escuchado a Ulter...

¡Ulter!

Se incorporó de golpe en la cama. Su primo podía ser la solución... al menos, de una parte de sus problemas. Si Ascín lo aceptaba como marido de Thalore, su clan seguiría contando con su protección y, algún día, a la muerte de su suegro, Ulter se convertiría en jefe. No había otro hombre que lo mereciera más. A cambio, solo tendría que soportar a Thalore el resto de su vida.

Meneó la cabeza. A Ulter no le importaría. Thalore era su tipo de mujer. O eso pensaba.

Si Ascín aceptaba, aquella carga desaparecería de su conciencia. Solo quedaría la carga en su corazón. Sin embargo, o mucho se equivocaba, o aquella sería mucho más penosa, y mucho más duradera.

A la mañana siguiente, Ascín escuchó la propuesta de Vádyn con el semblante impasible. Sin duda, le dolería mercadear con su hija, pero ¿acaso quedaba alguna otra opción? Ni siquiera se molestó en contestarse a sí mismo.

El deber, siempre el deber.

—Eso será lo que haremos, entonces. Mandaréis venir a vuestro general cuanto antes, no sea que se nos enamore también. —Vadyn abrió mucho los ojos, avergonzado. Ascín disfrutó unos segundos de su inocente venganza—. Eso haremos, sí señor. Al fin y al cabo, hay que ser realistas. Y no creo que a Thalore le importe mucho. Conoce a vuestro primo tanto como os conocía a vos. No está en la mano de las mujeres elegir su propio destino, por lo que parece. Mala suerte. —Ascín desenfocó la mirada, y sus ojos parecieron perderse en algún recuerdo brumoso—. Mi esposa y yo nos casamos por amor, ¿sabéis? Treinta y dos años vivimos juntos, amándonos cada día; lo último que veían mis ojos antes de dormirme, y lo primero que contemplaban cada mañana al despertar. Tuvimos suerte, nosotros. Cada día que pasa la añoro más. Tendría que ser al revés, ¿verdad? Pero, no. Cada día, más. Así es la vida.

Ascín no pudo reprimir un desolado suspiro, y siguió con la vista fija en sus recuerdos.

Cuando por fin Vadyn se despidió de él, notó una especie de vacío en su interior y una sensación de infortunio que no logró sacudirse de encima. Presentía que algo terrible estaba a punto de ocurrir. Escupió al suelo antes de montar. ¿Treinta y dos años al lado de la misma mujer, día y noche? ¿Añorarla cada vez más? ¿Acaso se estaba volviendo más idiota que de costumbre?

—¿Cómo he podido dejarla ir sin más? —se dijo, apretando los dientes.

Vadyn de Kaard, Asesino Vadyn como le solían llamar sus enemigos, nunca se rendía ante nadie. ¿Iba a rendirse ahora ante sí mismo?

—Jamás —gruñó.

Picó espuelas y salió en tromba hacia Kaard, dispuesto a plantar batalla, al menos, una vez más.

Capítulo 9

Vadyn llegó al castillo de madrugada, exhausto. Pensó en ir a ver a Naora en ese mismo instante, pero estaba tan agotado que no confiaba en defenderse a sí mismo con eficiencia, así que se acostó y durmió hasta que el sol señaló desde lo más alto el mediodía. Se vistió con prisas y abandonó la habitación, tan a ciegas que chocó con Ulter.

—¡Vadyn! —exclamó asombrado el general—. ¿Dónde diablos te habías metido?

—Trazando brillantes planes para tu futuro, Ulter —sonrió.

Le dio un empujón cariñoso y procedió a contarle lo que había estado tramando con Ascín.

Ulter le escuchó en silencio y pareció en verdad abrumado cuando Vadyn le habló de la peligrosa situación del clan Ascín. Meditó unos segundos con la vista clavada en el suelo y, por fin, contestó:

—No es que haya muchas alternativas.

—Vas teniendo edad de casarte, general. Y Thalore es muy hermosa —tanteó Vadyn.

—Lo es, sí. Un poco escandalosa tal vez, pero supongo que nadie es perfecto. Si ella me acepta...

—Aceptaré, te lo aseguro. Cuando quieras puedes iniciar los preparativos. Yo seré el padrino, por supuesto.

—Por supuesto, primo. —Ulter le miró con los ojos entrecerrados—.

Pareces muy contento. ¿Puedo saber por qué?

—Todavía no. Tengo que hablar con Naora.

El semblante de Ulter se apagó de golpe.

—¿Ocurre algo? —preguntó Vadyne.

—Naora partió poco después de que tú desaparecieras, rumbo a Allacian. Tomó prestados a varios de tus hombres como escolta, por los que pagó un buen puñado de oro.

Vadyne enmudeció. En ese momento, un sirviente subía a la carrera los escalones que conducían hasta ellos.

—¡General! —voceó. Al ver al jefe, se cuadró y cambió de destinatario—. ¡Jefe! ¡Acaba de llegar un heraldo procedente de las provincias orientales! ¡Es urgente!

Vadyne dio un respingo, con el pulso latiendo desbocado.

—¿Ha dicho de qué se trata? —preguntó, pero no se molestó en escuchar la respuesta.

Un joven esbelto de larga melena oscura y ojos rasgados, vestido con ropas de cuero similares a las que solía lucir Naora, esperaba recto como un palo junto al portón de entrada. Hizo una respetuosa reverencia al ver a Vadyne.

—Disculpad mi atrevimiento —comenzó a decir, en un tono más bien irónico—, pero es a mi señora Naora a quien debo transmitir mi mensaje.

—Tu señora Naora partió hacia su destino hace un par de días —siseó Vadyne—. Puedes transmitirme el mensaje a mí y, si considero que es lo bastante valioso, enviaré a uno de mis hombres a buscarla.

El heraldo perdió el color del rostro.

—¡Por toda la magia! Hay que impedir que llegue a Allacian —exclamó, presa del miedo.

Vadyne sintió que las piernas le flojeaban.

—¡Habla de una condenada vez, maldito! —bramó—. ¿Qué es lo que pasa?

—Hemos descubierto que es Allacian quien sufraga los saqueos de los Jinetes Esteparios, señor. Les han inundado de oro para que siembren el terror y nuestro pueblo acuda a ellos en busca de ayuda. Tienen la intención de anexionarse nuestra tierra, por las buenas o por las malas.

El rostro de Vadyr abandonó todo color y la ira nubló sus oscuros ojos.

—Por las buenas, engañando a mi Naora. Por las malas... —Miró al general con expresión torva—, por las malas es como me gusta a mí. Ya va siendo hora de dejar de hablar. Ulter, coge a tus hombres y pon rumbo de inmediato al clan Ascín. Pronuncia los votos que tengas que pronunciar y recluta a todos los guerreros que puedas. Vas a salir a cazar Jinetes Esteparios. Corta unas cuantas cabezas, clávalas en estacas y repártelas por donde todos puedan verlas. Si quieres, manda algunas de recuerdo a Ascín para que decore sus murallas.

—¿Como regalo de bodas? Bien. Y tú, mientras, de paseo a Allacian, ¿no es eso? —sonrió Ulter.

—Eso mismo. El que más cabezas reúna se quedará con el cuerno.

—¿Cabezas? ¿Cuerno? —preguntó el heraldo, que cambiaba la mirada de uno a otro con cara de espanto.

—El cuerno del que bebemos la sangre del jefe enemigo, muchacho —tronó Vadyr con una risotada—. No pongas esa cara. A lo mejor dentro de poco imponemos esa tradición en tu reino.

Desde que habían abandonado el castillo, Naora se había dedicado a observar los charcos del camino y las nubes del cielo. Los pasos de montaña que conducían a Allacian estaban bastante despejados a pesar de la estación y, en cuestión de días, según le había dicho uno de los hombres de Vadyr, se plantarían ante sus murallas. Arrebujada en su gruesa capa negra de viaje para que no la vieran llorar, Naora intentaba con desesperación encontrar motivos racionales para aceptar su futuro como la única de las opciones: el porvenir

de su pueblo, la confianza que Atori había depositado en ella, el sentido del deber... Cualquiera de esas razones, tiempo atrás, le habría bastado para atajar sus obligaciones sin rechistar. Sin embargo, la Naora que cabalgaba en esos momentos hacia su destino no era la misma de antes. Comprendió, con una súbita punzada de dolor, que su vida nunca le había pertenecido en realidad. Siempre había cumplido con lo que se esperaba de ella, sin que a nadie pareciera importarle que también pudiera albergar deseos, esperanzas y sueños.

Hubo una vez, recordó, que aquello le parecía injusto. ¿Cuándo había decidido dejar de luchar? ¿Cuándo aceptó convertirse en la marioneta de los demás?

De repente, sintió rabia contra todo el mundo. Contra todos, excepto contra Vadyn: él era el único que la había animado a vivir conforme sus propias reglas. Estaba convencida de que al principio solo lo hacía con intención de burlarse de ella; sin embargo, Vadyn había supuesto la diferencia entre la Naora muerta, desprovista de emociones, y la actual Naora, consciente de lo que podía llegar a ser, a desear. De cuánto podía llegar a amar.

Se mordió el labio inferior. ¿Y acaso los resultados no habían sido catastróficos? Si Vadyn no le hubiera abierto los ojos, ella no estaría sufriendo por lo que se había visto obligada a dejar atrás. Sollozó. La garganta le quemaba y le escocían los ojos de tanto como había llorado.

«Y, no obstante, me alegro de que lo hiciera. Antes, no tenía nada de valor que atesorar en mi corazón. Mientras que ahora... ahora le tengo a él».

Una fina lluvia comenzó a salpicar con timidez la tierra, formando diminutos agujeros en los montoncitos de nieve que aún se acumulaban a ambos lados del camino.

—Poco a poco, terminarán por fundirlos —comentó de pasada un joven guerrero que trotaba junto a ella. Se volvió a mirarla con una gran sonrisa pintada en la cara—. Es que no me gusta nada el invierno, ¿sabéis? Prefiero tostarme al sol y sentirme vivo a languidecer muerto de frío durante semanas.

Naora le devolvió un esbozo de sonrisa. Vaya por dónde, un bárbaro filósofo. Nunca imaginaría siquiera lo acertado que había sido su comentario. Acertado e inútil, por otro lado. Meneó la cabeza, alejando los malos presagios, y trató de establecer de nuevo contacto con Kaone.

«Kaone... Kaone. ¿Por qué no contestas? Sé que estás vivo. Háblame, por favor».

Apenas sí había conseguido enterarse de que habían regresado a casa sanos y salvos y, desde entonces, ninguna noticia. Quería creer que se debía a la distancia: nunca habían estado tan alejados el uno de la otra. Aunque, en el fondo, no se sentía tan optimista. Tenía el presentimiento de que algo grave estaba ocurriendo en su tierra.

«Aguantad. Ya estoy llegando».

Nada más pisar Allacian, un comité de embajadores ricamente ataviados recibió a Naora y la condujo a uno de los numerosos palacetes que el príncipe Jaluz, su futuro esposo, mantenía en las afueras de la capital. No le habían permitido recibir visitas.

—Debéis descansar —le habían dicho, con sonrisas que no asomaban a sus ojos vacíos de emoción.

Apoyó la frente en el panel de cristal esmerilado que dominaba una de las paredes de su habitación. Desde allí, las calles de la ciudad parecían hormigueros frenéticos. De vez en cuando, algún punto diminuto alzaba la cabeza hacia el torreón del palacete, esperando encontrarse con la silueta difusa de la recién llegada. La falta de noticias sobre la prometida real parecía difícil de sobrellevar.

Naora suspiró con amargura y cerró los ojos, concentrada en recrear el apuesto rostro del jefe Vadyen en su mente. Estaba convencida de que a esas alturas la boda con Thalore ya se habría celebrado. Se mordió la cara interior de la mejilla para mantener a raya las lágrimas. A punto había estado de quebrar su juramento y permanecer en el castillo de Kaard. Vadyen le había parecido tan sincero...

Y, sin embargo, en cuanto ella le rechazó le faltó tiempo para galopar detrás de Thalore.

«Solo fui un exótico capricho», se dijo con pesar. «Un estúpido capricho que tardó bien poco en quitarse de la cabeza».

Volvió a suspirar y decidió centrar sus esfuerzos en cosas más provechosas que su corazón roto. Intentó comunicarse con Kaone por enésima vez desde que abandonó la fortaleza Kaard, pero de nuevo el silencio fue lo único que le contestó. Un silencio opresivo, sobrecogedor.

Se apretó las manos, nerviosa. El presentimiento de que algo terrible había ocurrido la empujaba contra el suelo como una losa imposible de sacudirse. Las horas muertas sentada frente a la ventana no la ayudaban a serenarse. No tenía absolutamente nada que hacer, salvo contar los minutos.

Los minutos que faltaban para convertirse en reina de Allacian.

Los minutos que habían pasado desde que cometió el peor error de su vida.

Naora había sido educada para cumplir con su deber. El honor era el principio que regía su existencia desde hacía tanto tiempo que no recordaba cuánto. Entonces, ¿por qué se sentía tan mal? ¿Por qué no cesaba de repetirse que se había equivocado? ¿Por qué el dolor, en lugar de disiparse, engordaba con cada segundo que pasaba allí recluida, sin nada más que contemplar que sus recuerdos con Vadyne?

El sonido de los cuernos anunció la aparición de la princesa Naora. Las calles habían sido cubiertas por alfombras de flores; desde las ventanas, las muchachas lanzaban pétalos y trocitos de bizcocho a los pies del carruaje de la novia, para desearle prosperidad. Toda la avenida que ascendía hasta los pies del majestuoso palacio estaba repleta de gente que se había congregado para contemplar con sus propios ojos a la primera hechicera que pisaba Allacian. Por todas partes surgían murmullos de admiración: la futura reina era una mujer bellísima.

Naora saludaba a la multitud muy estirada, sonriendo apenas, haciendo entrechocar los brazaletes de bronce de sus muñecas. La vaporosa túnica de seda dorada que vestía revoloteaba empujada por una suave brisa. Su melena caía en cascada hasta sus caderas, con cientos de gemas de todos los colores brillando engarzadas en los frondosos rizos; el arito de oro que lucía en la nariz se unía por medio de una finísima cadena, también de oro, al pendiente de su oreja izquierda. Sus pies descalzos se adornaban con pequeños anillos, uno en cada dedo.

Hizo un intento por corresponder a la cálida bienvenida que le profesaba su nuevo pueblo, sin conseguirlo. Su frialdad exterior solo era superada por la frialdad que anidaba en su corazón.

—¡Allí está el príncipe Jaluz! —gritó alguien.

Los vítores se volvieron salvajes. La multitud jaleaba al futuro rey como si se tratara de una deidad viva. Naora se preguntó cuánto habría de verdad en ello. Ella misma observó con cierta curiosidad a su futuro marido. El príncipe respondía al clamor de su gente arrojando besos con una radiante sonrisa. Vestido con atuendo militar de gala, Jaluz era un tipo alto y bien plantado, rubio, de ojos claros y rostro dulce, luciendo un fino bigotillo que allí debía de ser la última moda. A Naora no le pareció nada atractivo. Comparado con Vadyr parecía un niño.

El príncipe se acercó hasta Naora sin dejar de sonreír. Al llegar junto al carruaje, tendió la mano a su princesa para ayudarla a bajar y le guiñó el ojo.

—Hacemos una hermosa pareja, ¿no os parece? Vamos. Paseemos juntos hasta los jardines donde se producirá el feliz acontecimiento.

Naora le dedicó una mueca desdeñosa, pero Jaluz no perdió el buen humor. Caminaron juntos los últimos metros que les separaban del estrado en el que profesarían sus votos, situado bajo una magnífica pérgola decorada con flores blancas. En el centro habían colocado un sencillo banco de piedra sobre el que reposaban dos dagas de bronce. Una vez aceptaran la unión, cada uno haría entrega al otro de uno de los cuchillos, que simbolizaban la entrega y el

sacrificio.

—Nuestro sacerdote será quien oficie el acto, adorada mía.

Naora inspiró hondo. Apenas una docena de pasos la separaban de su nuevo destino como reina del pueblo más poderoso del continente, pero le parecieron los pasos más difíciles que habría de dar en su vida. Cerró los ojos y avanzó la mitad del camino. La multitud guardaba silencio, expectante. Notó una ligera molestia en las sienes, pero no le dio mayor importancia. Recorrió los pocos metros que faltaban y se sentó en el frío banco de piedra. Una sacudida en la espalda la obligó a llevarse una mano a los riñones. Comenzó a marearse un poco.

—¿Os encontráis bien? —preguntó con amabilidad el sacerdote.

—Los nervios, sin duda. Proceded, os lo ruego —pidió Jaluz.

Naora sintió que se le nublaba la vista y escuchó la voz de Kaone que se abría paso con dificultad, como si alguien gritara a través de un largo pasillo mientras otros cerraban una puerta para intentar acallarlos:

«¡No! ¡No!»

«¿Kaone? ¿Qué es lo que pasa?»

La voz se perdió.

—...noble tarea de guiar a nuestro pueblo con sabiduría... —decía el sacerdote.

De nuevo, la voz de Kaone resonó en su mente:

«No lo hagas, Naora. Es una...»

Naora se concentró, tratando de encontrar en su mente el rastro de Kaone. Jaluz carraspeó para atraer su atención.

—...momento de intercambiar los sagrados símbolos de nuestro reino.

Jaluz tomó la daga y la ofreció con ambas manos a Naora.

—Aceptad esta daga como símbolo de mi devoción, princesa Naora.

La multitud se agitaba nerviosa. Se oían voces desde más allá del palacio, y algún grito esporádico que cada vez se repetía con más frecuencia. Naora tomó la daga sin prestarle atención, y se esforzó por atisbar algo en la lejanía.

—Esta daga representará todos mis esfuerzos por complacerte, por... Pero ¿qué demonios ocurre allí? —chilló de pronto Jaluz.

La gente echó a correr en desbandada, arramblando con los adornos nupciales, chocando unos con otros.

—¡Los bárbaros, mi señor! —gritó a voz en cuello un guardia que avanzaba a trompicones hacia él—. ¡Nos atacan!

Un nutrido grupo de hombres a caballo irrumpió en los jardines, grandes como torres y con las caras y los cuerpos pintarrajeados como salvajes. Al frente de ellos, Vadyne cabalgaba con los ojos inyectados en sangre, portando una espada descomunal con la que repartía tajos a diestro y siniestro, sin desviar el rumbo. Al ver a Jaluz se detuvo, y le señaló con la punta de la espada.

—Devuélvemela, bastardo, o la sangre de tu pueblo inundará las calles de esta maldita ciudad.

Jaluz le miró con ojos desorbitados.

—¿Qué significa esto? ¿Una declaración de guerra al estilo bárbaro? ¡No me interesa! Abandonad mis tierras antes de que... de que...

—¿Antes de qué? —siseó Vadyne, que había desmontado y avanzaba con lentitud hacia él.

Jaluz se revolvió como una centella y le arrebató a Naora la daga ceremonial. Con una rapidez que a él mismo le sorprendió, se colocó detrás de ella y apretó la hoja contra su cuello.

—¡Maldito cobarde! —rugió Vadyne, atónito—. ¡Ven a mí y lucha como un hombre!

—Soy un hombre, pero no un estúpido. Tú y la manada de locos que te acompañan estáis en desventaja. Marchaos antes de que mis hombres os despedacen. Deseo concluir mi boda.

Vadyne echó un vistazo rápido a las azoteas: numerosos arqueros aguardaban la señal para descargar una primera andanada. Apretó los dientes. No le importaba seguir la lucha, con o sin arqueros, pero por nada del mundo

permitiría que aquel gallina le hiciera daño a Naora.

—Habrá que negociar antes—dijo.

—Vadyn, vete, por favor —suplicó Naora.

—No temas —replicó Vadyn, y extendió una mano hacia ella—. No se atreverá a hacerte daño.

—No temo por mí, sino por ti.

Vadyn se irguió como si hubiera recibido un latigazo. Entrecerró los ojos, bullendo de rabia.

—¿Cómo que por mí? —aulló.

—Vaya, me había olvidado de tu estúpido orgullo.

«Naora».

La voz de Kaone surgió de nuevo en su mente, esta vez con absoluta claridad.

«Allacian nos ha traicionado. No te cases con el príncipe. Es una trampa».

Kaone no tenía tiempo de explicar todos los detalles, así que abrió un canal en su mente en el que le mostró todos los acontecimientos, y cómo habían descubierto la verdad sobre Allacian. Los ojos de Naora se tornaron blancos por completo, y ella contempló un desfile de imágenes inconexas: los espléndidos palacetes de su tierra en llamas; los puentes de alabastro destruidos; las aguas del río Circular, turbias con la sangre derramada. Gritos de dolor y miedo. La última línea de hechiceros, con Atori a la cabeza, haciendo frente a las incesantes hordas de Jinetes Esteparios. Un Jinete confesando entre torturas el papel que había jugado Allacian...

Naora sacudió la cabeza para alejar de sí las imágenes. Jaluz aflojó la presa y ella se zafó.

—Maldito traidor —susurró.

Jaluz la miró con expresión burlona y pareció comprender que sus planes se desmoronaban. Hizo un gesto de derrota y gritó:

—¡Está bien! ¡Negociemos, negociemos, amigo bárbaro! Parece que a mi prometida se le han esfumado las ganas de desposarme. ¡Hagamos un trato

beneficioso para todos! Yo os la devuelvo, y eso que ignoraba que fuera vuestra, y vos os largáis con todos vuestros animales. —Se dirigió a Naora y añadió, en voz baja—. Poca falta me hacéis ya en realidad. A estas horas, mis salvajes de la estepa habrán socavado la poca resistencia que pudiera oponer vuestro patético hermano. Y, ¿quién sabe dónde pondré el ojo la próxima vez? —Volvió a mirar a Vady, que no le quitaba la vista de encima—. ¿Qué me decís, amigo bárbaro? ¿Aceptáis?

—Acepto —respondió sin variar la expresión del rostro.

Jaluz empujó a Naora hacia delante. Esperó a que ella estuviera más cerca de Vady y en ese momento hizo una señal hacia sus arqueros. Naora vio por el rabillo del ojo como uno de ellos tensaba la cuerda, colocaba la flecha con una lentitud exasperante, y apuntaba hacia ellos. Decenas de arcos repitieron el gesto y se asomaron por encima de las balaustradas de los tejados.

Dispararon todos a la vez, con un zumbido sordo que perforó el aire.

—¡No! —gritó Vady, y se abalanzó sobre ella para protegerla con su cuerpo.

Naora extendió los brazos hacia delante; quiso gritar, pero no arrancó ningún sonido de su garganta. Un intenso sentimiento de furia, totalmente desconocido para ella, visceral y asesino brotó desde sus entrañas. El mundo pareció detenerse: lo último que vio que fue una descarga de flechas oscureciendo el cielo de Allacian.

Después, el silencio, la negrura total. Sintió los potentes brazos de Vady que la estrechaban contra su cuerpo, como una caricia. No había nada más. ¿Estaría muerta?

Vislumbró una especie de bruma que empañaba el mundo a su alrededor; a través de ella, todo se movía tan despacio... En ese momento, oyó una explosión, como un potente trueno, y una tremenda descarga surgió de la punta de sus dedos como una ola, arrollando todo cuanto la rodeaba. Las flechas,

frenadas en seco, cayeron al suelo como frutas maduras; los soldados de Vady, los arqueros de Jaluz, las pocas personas que aún pululaban por allí: todos sin excepción salieron despedidos por los aires, golpeados por una fuerza que ni siquiera alcanzaban a ver.

La descarga avanzó y avanzó, como una onda en el agua, reventando árboles, hundiendo los tejados de las casas, arrancando las piedras del suelo. Naora volcó todas sus emociones, hasta que se sintió vacía de miedos y odio. Notaba el latir del pulso golpeando como un tambor en las sienes. Respiró, y su propia respiración le pareció extraña.

Solo entonces, la descarga pareció remitir.

Con la respiración desbocada se inclinó sobre Vady, que yacía cubierto por una densa capa de polvo y sangre.

—¡Vady! ¡Vady! Por favor, dime que estás bien —sollozó.

Él abrió los ojos, aspiró con pesadez por la boca y se frotó la nariz tratando de enfocar la mirada.

—¡Por todos los...! ¿Esto lo has hecho tú? —preguntó.

Sacudió la cabeza y observó a su alrededor perplejo.

Todo era un amasijo de cuerpos, piedras y barro, gemidos y aullidos de dolor.

«¿Estás bien, Naora?» —preguntó Kaone en su interior.

«Kaone. No sé qué es lo que he hecho. Mi energía se ha vuelto loca. No lograba hacerme con ella».

«Tranquila, ya lo estoy haciendo yo por ti. Intenta mantener el control de tus emociones. No creo que hayamos matado a nadie».

«¿Cómo estáis?»

«De momento, aguantamos. Dale las gracias a tu amigo. Nos envió numerosas tropas de refuerzo. Resistiremos, Naora, no te preocupes por nosotros. Por una vez, preocúpate por ti misma y haz lo que tengas que hacer para ser feliz. De tu hermano me encargo yo».

Naora sonrió con tibieza. Vady seguía hablando y lanzando juramentos a

diestro y siniestro.

—Veo que lo nuestro no funcionará nunca —estaba diciendo con pesar—. ¿No se supone que tengo que ser yo el que te salve a ti? No haces más que entrometerte siempre en mi camino.

Vadyn la miraba con el ceño fruncido, y ella no supo si hablaba en serio o no. Naora le abrazó con fuerza.

—Te prometo que a partir de ahora ya no te protegeré más.

Vadyn se calló, pero sus ojos transmitían una intensidad que le provocaron un escalofrío. Le rozó la barbilla con un dedo y la atrajo hacia él por la cintura.

—¿A partir de ahora? ¿Quieres decir que hay un «a partir de ahora» para nosotros?

Naora tragó saliva y una lágrima solitaria recorrió su mejilla.

—Si puedes perdonarme por lo que hice...

—¿Por anteponer tu honor, tu sentido del deber, la responsabilidad... y no sé cuántas cosas más al hecho de ser mi esposa? ¿Por ser el último en tu lista de prioridades?

—Si hubiera sido mi lista, Vadyn, solo habrías figurado tú en ella.

Vadyn le enjugó otra lágrima y la besó con ternura.

—¿Cómo podría echarte nada en cara? Intento recordar qué clase de hombre era antes de que empezaras a significar algo para mí y no veo nada. Solo un tipo presumido, egoísta e incapaz de sacrificarse por nada o por nadie.

—Al menos, sería un tipo guapo —bromeó ella.

—Sí, eso sí. Increíblemente guapo. Pero increíblemente estúpido, también. —Se apartó un poco de ella, fingiendo preocupación—. ¿Crees que una cosa compensará a la otra?

—No creo —rio ella—. Pero ya intentaré hacer algo contigo.

—¿Tengo que pedirte de nuevo que te conviertas en mi esposa?

Antes de que Naora pudiera contestar, hincó una rodilla en el suelo y le tomó las dos manos entre las suyas.

—No es que sea un marco de ensueño para una mujer —gruñó, y repasó la destrucción sembrada a su alrededor—, pero, siendo sinceros, es de los que siempre me han gustado a mí. Por segunda vez, y espero que por última... ¿me concederás el honor, Naora, de convertirte en mi esposa?

Naora sonrió.

—Por supuesto, Vadyne de Kaard. No hay nada que desearía más.

Capítulo 10

Los últimos rayos del sol se colaban por la ventana, tiñendo de naranja el suelo alfombrado. Vadyń abrió la puerta de una patada con Naora en brazos y la depositó con suavidad sobre la colcha de seda que cubría el futón. Habían celebrado la boda en la capital de las provincias orientales, poco después de que los Jinetes Esteparios dejaran de recibir oro de Allacian y decidieran volverse a sus desoladas tierras, más que satisfechos con el botín logrado. La reconstrucción llevaría su tiempo, pero marchaba sin interrupciones, y el palacio real apenas sí había sufrido desperfectos. La habitación que Atori había mandado preparar para ellos era una pieza enorme, de suelo de alabastro y paredes de mármol rosa, con grandes ventanales que daban a un jardín privado. En el centro de la habitación había una fuente con una pequeña estatua que representaba a un pájaro.

Naora se quedó tumbada en el futón. Todavía vestía la vaporosa túnica de seda roja que había lucido en la ceremonia. Las gemas que salpicaban sus cabellos rosas refulgían bajo los rayos postreros del atardecer. Vadyń se despojó de las botas y del caftán arrojándolos al suelo y luego se tumbó a su lado.

—Podría quedarme mirándote durante toda la vida —susurró.

Naora le dedicó una sonrisa pícaro mientras se incorporaba.

—¿Solo mirando? ¿No se te ocurre nada mejor?

—¡Ja! Se me ocurre que este vestido es muy bonito, pero no me deja ver lo

que hay debajo... que es algo más bonito aún.

Deslizó los dedos bajo la fibula de oro que sujetaba la túnica y la seda que resbaló sobre los brazos desnudos crujió al detenerse por unos segundos en los pechos. Vadyń estiró sus manos callosas para apartarla del todo y raspó su delicada piel. Naora cerró los ojos y él la besó en el cuello.

—Aún recuerdo lo que ocurrió la última vez —dijo Vadyń.

—No te preocupes, creo que ya he aprendido a dominarlo. No ocurrirá nada, siempre que me prometas una cosa.

—Déjame que adivine. ¿Que te quiera, te adore y cuide de ti hasta el final de mis días? ¿Que permanezca siempre a tu lado y, cuando por desgracia no pueda ser así, que piense en ti a cada segundo? ¿Quieres que tu bello rostro sea lo último que vea cada noche y lo primero cada mañana? ¿Quieres que te diga que eres toda mi vida y haría cualquier cosa por ti? ¿Incluso ir por ahí matando príncipes extranjeros? Ya sabes —ronroneó, y le lamió el lóbulo de la oreja— que es así.

Naora echó la cabeza hacia atrás y lo arrastró para que continuara besándola por el cuello y los pechos.

—Bueno... estaba pensando en un montón de niños, pero eso no me parece mala idea.

Vadyń se rio con su voz de trueno.

—Muy bien, entonces. Un montón de niños también.

El sol se puso con pereza y la tierra se volvió negra. El palacio se recortaba contra un cielo del color de las ciruelas maduras y la noche fue envolviendo poco a poco el mundo. Y bajo un cielo iluminado por miles de estrellas, Naora y Vadyń se amaron con la dulzura y la pasión con la que solo se ama en las leyendas.

FIN

Si te ha gustado

Bajo tu hechizo

te recomendamos comenzar a leer

La pelirroja de la bicicleta

de *Pintina Cuneo*



Capítulo 1

El despertador sonó a las siete, y no podía ni despegar los ojos; tampoco quería hacerlo. Apretó los ojos y suspiró, cansada.

—¡Qué pereza! —exclamó en voz alta.

Continuó en la cama media hora más, pero no dormía; simplemente, dejaba pasar el tiempo. Cuando se levantó, ya llegaba demasiado tarde para cualquier cosa. Se vistió rápidamente: pantalón pesquero blanco y camiseta negra. Las primeras sandalias que encontró asomando bajo la cama, planas y negras, las deslizó en sus pies casi sin mirar.

Meter la cara bajo el grifo no le sirvió para despejarse; bajaba las escaleras casi a tientas. Entró al garaje por la puerta que comunicaba con el salón. Buscó su bicicleta con la mirada, y pegó un resoplido al nada más verla.

—¿Y esa cesta? —se preguntó en voz alta, al verla sujeta a la parte delantera de la bicicleta—. ¡Mamá! —bramó más que llamó, aunque no hacía falta: su madre ya estaba en la puerta tras ella, observándola.

—Dime, Marina.

—¿Y esto? —preguntó, señalando, aprensiva, la cesta.

—La puse yo. Para ir a comprar es muy práctica.

—¡Mamá, qué cosa más horrible! Parece que voy al campo a recoger flores.

—Marina la trasteaba, intentando arrancarla del manillar.

—¡Así la vas a romper! —le recriminó su madre.

—Quizás porque es lo que quiero —refutó, tirando más fuerte—. ¡No puedo ir con esta «absurdez» por ahí, mamá!

—¿Esa cesta es una «absurdez»? Marina, creo que esa palabra no existe.

—«Absurdez», ridiculez...

—Estupidez.

—¿Ves, mamá? Me das la razón.

—No, hija; estupidez, la que tú tienes...

—Bueno, lo que sea, pero esto no puedo quitarlo —protestó, desesperada.

—Vete ya, y a la vuelta, la quitas; va atornillada, ¿sabes? Igual con un destornillador tienes más suerte que con la fuerza bruta.

—Pfff... —resopló, desistiendo con la cesta.

—¿Has desayunado? —Su madre ignoró su bufido.

—¿Tengo tiempo? —refunfuñó acalorada.

—De haberte levantado antes, habrías desayunado y ya estarías en la puerta. ¿Crees que es necesario que tengamos esta conversación?

Y no, no era necesario hablar de algo que le repetía desde niña: lo desastre que era a la hora de levantarse.

—De acuerdo —dijo, mientras bajaba la vista y resoplaba—. ¿Por qué no tienen aire las ruedas?

—¿Cómo van a tenerlo? —preguntó su madre, extrañada.

—Pues no sé, mamá; si la estás utilizando, ¿por qué están desinfladas?

—Bueno, la usé, pero ya no.

Entre las dos buscaron la bomba de aire. Cuando la encontraron, Marina ya estaba completamente empapada en sudor. Miró su reloj: las ocho menos cuarto. «¡El primer día, y tarde!», se repetía una y otra vez. Pero, por si no era suficiente con recriminárselo a sí misma, su madre no dejaba de resoplar tras ella. Sudaba solo del estrés que le estaba provocando escucharla. No necesitaba más presión.

—¿No crees que esto lo deberías haber preparado anoche?

—¡Mamá, no empieces!

—Marina, pasan los años y todo lo sigues dejando para última hora; ¿no ves que siempre vas con el tiempo justo a todas partes?

—Ufff, mamá... ¡déjame! ¡No puedo más! —protestó rabiosa, agotada por el esfuerzo que estaba haciendo con aquella bomba manual.

Por fin, consiguió inflar las ruedas. «¡Un momento de paz!», pensó mientras se incorporaba y cerraba los ojos. Pero, al cabo de un momento, su madre

volvió a recriminarle que no desayunara. Marina resopló mientras dejaba la bomba de aire sobre una estantería, y ambas mujeres se miraron desesperadas, cada una por motivos diferentes. Abrió la puerta del garaje para salir pedaleando, sin llegar a despedirse.

Al instante notó su pelo agitarse al viento. ¡El pelo! ¡Los rizos sin recoger! Dio un grito de rabia. Si regresaba a casa a por un coiletero, no llegaba... bueno, no llegaba a su hora de ningún modo, pero no iba a volver.

La empresa no quedaba muy lejos: diez minutos de rápido pedaleo. Iba a llegar tarde y estresada. La falta de puntualidad era algo que detestaba, aunque no había hecho mucho por levantarse temprano. Aquella carretera, que seguía igual de mal asfaltada que hacía años, no le iba facilitar el llegar más rápido.

Al llegar al puente que había sobre el canal, el camino se bifurcaba, y ya podía ver la empresa ante ella, tras unos árboles frutales. «¿Izquierda o derecha?», se preguntaba. «¡No lo recuerdo...! Izquierda», decidió al fin. Giró la bicicleta, pero cambió rápidamente de opinión virando aún más rápido hacia la derecha. El frenazo y el pitido ensordecedor que escuchó casi la hicieron caer.

—¡Por Dios, qué susto! —gritó, sin dejar de pedalear ni girarse a mirar de dónde venía el pitido.

Pedaleaba a un ritmo frenético; cuando por fin llegase, solo iba a tener ganas de echarse en el suelo a recobrar el aliento. Un coche negro, un jeep, la adelantó rápidamente, al tiempo que otra sonora pitada volvía a dejarla sorda. No vio al conductor, pero pensó que aquello no tenía ninguna gracia.

Llegó a la empresa, y, con las prisas, dejó la bicicleta a un lado, apoyada de cualquier manera en la valla. Resbaló hasta el suelo, pero no la recogió. Hacía tanto tiempo que no montaba en bici que le temblaban las piernas del esfuerzo. Estaba empapada; la camiseta se le pegaba a la espalda, y con aprensión la separó de su piel. Se secó el sudor de la frente, y su mano fue instintivamente al pelo, recordando que no se lo había recogido. Se acercó a uno de los coches que había allí aparcados para mirarse en una de las ventanillas, y su

reflejo le pareció pavoroso: era una escarola en toda regla, una escarola anaranjada, con rizos disparados por todas partes. Sollozó como una niña; el pelo suelto era algo que la agobiaba mucho.

En su reloj, ya eran las ocho y cinco. Al cruzar la puerta principal, se detuvo sin saber qué hacer. Ante ella se abría una corta escalera; a la derecha, una puerta abierta de hojas dobles dejaba a la vista el taller de planchado; a la izquierda, otra puerta, pese a estar cerrada, dejaba escapar el sonido de las máquinas de coser. Miró por las ventanas de ojo de buey; no se había equivocado: era el taller de costura. Sin saber qué hacer, se asomó al taller de plancha. Un grupo de chicas trabajaba afanándose con las planchas de vapor; el ruido que este producía era lo único que se escuchaba. Acababan de empezar, pero el calor acumulado ya era insufrible, y de inmediato pensó que no le iba a gustar nada si tenía que dedicarse a planchar: iba a pasarlo realmente mal; no soportaba el verano: odiaba sudar. Esa sensación húmeda en el cuerpo le generaba tal estado de nervios que, dependiendo de la actividad que tuviese que realizar —sobre todo si esa actividad era física—, podía derivar en ansiedad.

—¡Perdón! —dijo, sin dirigirse a nadie en concreto.

Todas las cabezas se giraron al mismo tiempo.

—¡Hola, buenos días! —saludó, amable, a todo aquel público—. Soy Marina; estoy buscando al encargado.

—Hola, yo soy Clara. Ya le aviso. —Una mujer alta y desgarrada se dirigió al teléfono sujeto a la pared del fondo.

Marina advirtió las miradas de curiosidad de todas las chicas. Su estómago se removió, inquieto; acababa de reconocer dos caras que, por desgracia, le eran muy familiares: Virginia y Sonia, compañeras del colegio. ¿Cómo olvidar a Virginia y su forma de burlarse de ella a la salida de clase? Al parecer, se había impuesto la obligación de recordarle de qué color era su pelo, cuántas pecas tenía en la cara, si era más cegata que los demás por llevar gafas, y dar todo un parte informativo sobre lo deformes que eran sus dientes. Así casi a

diario, entre las risas tontas de la tonta de Sonia.

Sintió asco al ver su cara de nuevo: era la sombra de Virginia. Reencontrarse de nuevo con ellas era como volver a la peor época de su vida. No había sido fácil dejar atrás aquellos recuerdos, y ahora habían regresado de golpe.

—Enseguida viene Fran —le informó Clara.

Y así lo esperaba, porque Virginia y sus miradas rayaban ya lo insoportable.

—¿Marina? —Escuchó tras ella, mientras se giraba para encontrarse con una sonrisa.

Era alto y delgado, rubio, de ojos azules, vivos y despiertos.

—¡Hola! ¿Eres el encargado? —Entrecerró los ojos; su cara le resultaba familiar—. Creo que te conozco de algo.

—Ven fuera y hablamos.

Aliviada, caminaron hasta la entrada, justo delante de la escalera.

—Yo iba un curso por detrás de ti en el colegio; hacíamos plástica juntos. ¿Te acuerdas ya de mí?

—Sí, ahora sí. ¡Vaya, pues qué alegría encontrar una cara agradable por aquí! —Miró hacia el taller de plancha, pensando en Virginia.

—Te explico un poco cómo es esto, ¿vale? Es un sitio pequeño, y se accede fácilmente a todas partes. Ya lo ves, si te sitúas justo aquí... plancha a un lado, costura al otro, baños bajo la escalera, arriba oficinas y el taller de patrones. En la parte de atrás del edificio está el almacén; se comunica con el taller de costura. Ahora mismo tenemos mucho trabajo, y vamos desbordados acabando la temporada de invierno. Si conoces nuestra empresa, sabrás que solo confeccionamos ropa infantil.

La conocía muy bien. Su madre había trabajado ahí toda su vida, y precisamente allí era donde había conocido a su padre, aquel chico pelirrojo que había llegado para trabajar temporalmente. Fue la novedad en la empresa, y también en el pueblo; de entre las muchas chicas que iban tras él, acabó eligiendo a su madre; igual que llegó, se fue, dejando un recuerdo visible de su

paso: ella misma.

—Mi madre es una antigua empleada.

No pudo evitar sentir algo de vergüenza: gracias a la amistad que la unía al dueño, su madre había solicitado el trabajo para ella.

—Beatriz, ¿no?— Marina asintió, confirmando el nombre de su madre—. Sí, ella nos dijo que sabes hacer de todo —replicó él, con ironía.

—¡Estupendo! —aprobó sin ganas, mientras Fran se echaba a reír.

Aburrída, pensó en su madre; ella creía que el simple hecho de ser inteligente convertía a Marina en un ser útil en todo y para todo, incluso para una empresa de confección, por el simple hecho de asistir, obligada de niña, a unas tediosas clases de costura veraniegas impartidas en plena hora de la siesta.

—A ver, Marina, pensando en cómo aprovecharnos de tus «múltiples conocimientos» —sonrió de nuevo con ironía—, hemos decidido que eches una mano donde más trabajo se acumule cada día; ¿qué me dices?

—Pues no mucho —contestó, inspirando fuerte—. Te voy a pedir un poco de paciencia; mi madre ha exagerado un poco con mis habilidades.

—Es todo muy sencillo, y en cada taller encontrarás gente dispuesta a ayudar si te ve perdida. Y cualquier cosa, lo que sea, acude a mí, por favor. Será agradable tenerte por aquí. —Sonrió, malicioso, y se encaminó hacia el taller de costura—. Por cierto, un detalle: ¡llegas tarde! —Se giró para recriminarle con un guiño.

—Lo sé, y lo siento; problemas con el transporte —se justificó.

—¡Buenos días, Fran!

Los dos se giraron hacia las escaleras.

—Aquí está Ana, «la Dama de la Costura». —Fran le sonrió, divertido—. Aprovecho y os presento ahora.

—¡Gracias por lo de «dama»! Eres Marina, ¿verdad? —Se acercó para besarla—. ¡Bienvenida!

—¡Gracias!

—Subimos ahora a patrones; después del descanso bajas, y habláis. Ana te lo explicará todo, ¿de acuerdo?

Se hizo un silencio en el interior de Marina: había dejado de percibir cualquier sonido. No oía las máquinas de coser, ni la salida continua del vapor de las planchas; ni siquiera escuchaba a Fran, que seguía hablando y hablando a su lado. Era como no estar allí. Pensamientos que no le gustaban nada comenzaron a inundarla. Se acababa de dar cuenta de que ese trabajo no era una buena idea, y empezó a sentir agobio al pensar en las escasas posibilidades que tenía de hacer algo bien en aquella empresa: no sabía manejar una máquina de coser, no entendía nada de patrones, y sudaba nerviosa al imaginarse sumida en el calor asfixiante del taller de planchado. Necesitaba trabajar; era importante para ella en ese momento, antes de volver a la universidad y acabar el doctorado, pero era orgullosa, y no resultar útil para nada... Notó los nervios agarrados en la boca del estómago.

De repente, se precipitó desde las nubes de sus pensamientos hasta la realidad que la aguardaba ante la escalera; Fran la observaba en silencio.

—¿Estás bien? —Fran parecía percibir su intranquilidad.

—Creo que no, no me veo capaz de desempeñar ninguna tarea aquí. —Subía los escalones con desgana.

—¿No irás a decirme que ahora mismo te estás planteando marcharte sin haber ni tan siquiera empezado?

Se detuvieron a mitad de camino. Marina, agobiada, se apartaba el pelo de la cara.

—No veo en qué puedo ser útil.

—¡Tranquila! Vamos poco a poco. —Sujetándola suavemente del brazo, continuaron subiendo—. Venga, seguimos con la visita turística.

Las escaleras acababan en un pasillo iluminado por claraboyas en el techo. En las paredes colgaban fotos de antiguas campañas publicitarias.

—Oficinas, despachos, baños —enumeraba Fran ante las puertas por las que iban pasando—, y, por fin, patrones, donde también se cortan las telas. Aquí

debe de estar «Super Julia» —bromeó, paseando la mirada por el amplio espacio—. Yo superviso todo, pero tenemos encargadas en cada taller.

—«La Dama de la Costura», «Super Julia» y... no me has dicho cómo llamas a Clara —le recordó, divertida.

Fran se echó a reír.

—Me gusta tratarlas como se merecen; llevan años en la empresa, y hacen un trabajo excelente. Clara es simplemente «Impecable». Cuando bajes al taller de plancha, sabrás por qué.

—Creo que puedo intuirlo.

—Seguro que Fran no te ha dicho cómo lo llamamos a él —prorrumpió una voz junto a ellos.

Se fijó en la mujer que había hablado: menuda, de pelo negro, muy corto. Su agradable sonrisa la tranquilizó de inmediato.

—No puedo decírselo, porque nunca me lo habéis dicho, Julia. Bueno, os dejo. Nos vemos, Marina. ¡Que vaya bien!

Vio cómo se alejaba hacia la puerta. De un solo vistazo, recorrió el espacio: unas enormes mesas de corte a la izquierda, y otras en el centro, donde se dibujaban los patrones. A la derecha vio dos máquinas de coser y la puerta de un montacargas. Su cuerpo pudo apreciar el calor que allí hacía, y al instante estaba analizando las características de la temperatura y las condiciones ambientales; parecía tener un detector de estrés térmico que le hacía fijarse en esos detalles como si trabajase de inspectora en riesgos laborales. Ya había visto las ventanas, pequeñas y altas; dudaba de que por estas pasase mucho aire, y los ventiladores de techo le parecían objetos inútiles. Por fin, sus ojos volvieron a posarse en Julia.

—No se lo decimos porque para nosotras es solamente Fran, pero nos gusta tomarle el pelo con eso. —Le guiñó el ojo, sonriendo—. Vamos, ven hasta la mesa; te puedes sentar aquí, a mi lado. —Señaló un taburete con respaldo en el que colgó su mochila de tela y después se sentó—. A tu lado tienes a Joaquín, y enfrente a Rosa. Al resto ya los irás conociendo.

—Soy Marina —se presentó, amable, mientras sentía cómo todos la miraban.

Rosa era una chica jovencita, casi una niña, y Joaquín también era bastante joven. Delgado, casi demacrado, observó, sorprendida por lo escuálido que le parecía. Se fijó en lo cuidada y bien recortada que era su barba, y pensó que era un claro intento de parecer alguien interesante: el pobre no llamaba nada la atención físicamente. En cuanto a Julia... Julia parecía una mujer muy resuelta, pero no dejaba de hablar; su palabrerío incesante la aturdió. Empezó a darle todo tipo de detalles acerca del trabajo, pero hablaba tan deprisa que le costaba un poco seguirla.

—Todo es cuestión de acostumbrarse —le repetía cada vez que notaba que se perdía.

—Sí, eso lo tengo claro, pero creo que, mientras no me acostumbre, lo mejor es que yo haga algo que no os entorpezca demasiado. Quizás sea una buena idea que ahora mismo solo corte, ¿no te parece?

—Fran me ha pedido que te enseñe el dibujo de patrones; es fácil, mira.

Empezó por explicarle cómo se dibujaba un cuello de camisa. Cuando consideró que lo había entendido, dejó que lo hiciese sola. Intentó concentrarse, pero se esforzó tanto que un dolor creciente empezó a martillearle la cabeza.

«¡No sé qué hago aquí!», se repetía una y otra vez, con la cabeza inclinada sobre la mesa. La mente de Marina estaba en otra parte y, por más que deseara sacar algo en claro de aquel papel que tenía ante ella, estaba convencida de que no iba a conseguir nada. Levantó la vista y miró a todos, añorando desesperadamente volver a aquello que más le gustaba hacer: dar clases en la universidad; pensó en su tesis, que la esperaba para terminar las correcciones y así poder ser entregada al fin. La cara de su padre se apareció ante ella. No hacía ni una semana que había fallecido, y su agonía la había dejado agotada; cuidar a una persona enferma suponía un desgaste físico y emocional tremendo del que tardaría en recuperarse, así que la pregunta regresó de nuevo con más

intensidad: «¿Qué hago aquí?»

—Creo que yo te conozco —escuchó una voz, al final de la mesa de trabajo, que la hizo salir de sus recuerdos.

La miró. Vio a una chica morena, de pómulos saltones y ojos pequeños, demasiado para aquella cara que no le sonaba de nada.

—Soy Verónica. Mi tía vive en tu calle; es Carmen, la secretaria de la empresa.

—Sí, la recuerdo —dijo, sonriendo.

«¡Demasiado, además!», pensó, molesta. Porque era una cotilla, siempre vigilando desde las ventanas y tras las cortinas. Se ponía enferma de recordarlo; solo esperaba que la sobrina no se pareciese a la tía.

—Tú estudiabas turismo o algo así, ¿no? —El tono al hacer la pregunta era de fastidio.

—Algo así, sí —aceptó con desgana—. Filología francesa —aclaró, mientras notaba cómo todo el mundo estaba pendiente de sus explicaciones.

—Llevas mucho tiempo fuera, ¿verdad?

—Sí.

—¡Vaya! Tantos años estudiando para acabar trabajando aquí. —El comentario sonó malicioso.

«¡Pues no, no ha habido suerte! ¡La sobrina, como la tía!», pensó lamentándose.

—Si no hubiera acabado aquí, no te habría conocido; era el destino —replicó, dedicándole una agradable sonrisa.

Se escucharon algunas risas, y Verónica la fulminó con la mirada. Debía resignarse y aceptar que era la novedad del día.

Acabó por acribillar a preguntas a Julia, que, afortunadamente, parecía ayudarla con agrado, quizás por ser su primer día, y porque así se lo había pedido Fran. Tal vez tras una semana de consultas constantes, la amabilidad de aquella mujer se agotase.

Miró el reloj. Apenas llevaba hora y media allí, y ya le parecía que estaba sentada en ese taburete una eternidad. La cabeza le iba a estallar. Se frotó los ojos y la cara con las manos; estaba tan concentrada (aunque inútilmente: no le había salido nada en aquel papel) que no se había dado cuenta del sonido de fondo que se oía por todo el taller: eran Julia y el resto de chicas, que no cesaban de hablar y reír. No prestaba atención a lo que decían, así que no comprendía a qué venía aquel revuelo. Finalmente, levantó la vista y se encontró con la de Julia.

—¿Tú no lo conoces? —le preguntó.

—¿A quién? —inquirió, más por educación que por curiosidad.

—Desde que llegó hace unas semanas, están todas revolucionadas con él —explicó Julia, poniendo los ojos en blanco.

Aquello no contestaba su pregunta. Inclino la cabeza para perderse en la blancura del papel, y continuó escuchando los comentarios.

—¡Por fin un hombre guapo en esta empresa! —proclamó una voz femenina en la mesa de corte.

—Más que guapo, es interesante.

—Muy interesante, como la revista. Trae de todo, y muy variado. —Se escuchó al fondo de la mesa mientras un coro de risas explotaba a reír a su alrededor.

—Te mira, y parece que no está mirando nada, pero sí; está atento hasta el más mínimo detalle. Aunque no sé cómo habla, todavía no he escuchado su voz. —Le oyó decir a Rosa.

—No es como su padre, eso está claro, porque él siempre nos ha saludado por nuestro nombre... ¡que ya tiene mérito!

—Con el poco tiempo que lleva aquí, y querrás que se aprenda el nombre de todos, ¿no? Y el tuyo a ser posible el primero, ¿verdad, Rosa?

Marina levantó la cabeza y miró a su derecha; acababa de hablar Joaquín, y frente a ellos tenían a Rosa con cara de suspirar enamorada.

—¿Y por qué no, Joaquín? Me encantaría. ¡Me va a temblar todo el día que

lo vea entrar por la puerta y pasar junto a esta mesa! Y si se acerca a mí, entonces ya caigo redonda al suelo y no reacciono.

—Tranquila, Rosa, que te caerás y él te recogerá —le dijo, divertida, una compañera.

—Y te besaré... ¡con lengua! —sentenció Joaquín. Marina pareció detectar un cierto malestar en su tono.

—Y yo lo besaré hasta que se nos queden amoratados los labios —aseguró Rosa mientras el resto reía.

—¡Cómo estás! —le recriminó uno de los compañeros, divertido.

—¡Está desatada! —apuntó otro, mientras se subía las gafas por la nariz, brillante de sudor.

Marina asistía perpleja a esta conversación, pero no consiguió averiguar de quién hablaban. Bajó la vista de nuevo al papel, a aquel diminuto cuello de camisa, pero volvió a equivocarse, y ya iban tres veces: ¡los dibujos eran tan pequeños! La charla continua la distraía.

De repente se hizo el silencio, tan rápido que Marina, sorprendida, miró a su alrededor para averiguar qué había pasado. Entonces, sus ojos se encontraron con otros que la miraban desde la puerta del taller. El corazón le dio un vuelco y notó cómo su pulso se aceleraba, elevando en varios grados su temperatura corporal. Sintió un calor terrible, que le subía desde el estómago y parecía querer salir por sus orejas hasta que las notó arder. Estaba como paralizada ante aquella mirada. Se fijó en él: era alto, moreno, de pelo canoso, con unos ojos que la taladraban incluso desde esa distancia. Marina notó cómo empezaba a sonrojarse, sin entender muy bien por qué. Miró a un lado y a otro para asegurarse de que era a ella a quien estaba mirando realmente, pero sí, no había ninguna duda: era a ella. Julia le dio un ligero golpecito y le susurró:

—Es ese.

Estaba confusa, demasiado nerviosa como para hacer nada, pero no podía bajar la vista. No comprendía qué era lo que le pasaba con aquella mirada. Se sentía incapaz de pensar; Julia se levantó, acercándose más a ella, y le ofreció

su ayuda. Marina la oía hablar, pero sin escuchar lo que decía; quería gritarle que se callara.

Él se estaba acercando, sin apartar la mirada de ella; se fijó en su boca, imaginándola sobre la suya, y sintió mucho más calor. Miró con atención cómo se pasaba la lengua sobre los labios para humedecerlos, y parpadeó rápidamente varias veces, como una boba. En un gesto suave, metió las manos en los bolsillos delanteros del pantalón, posando sus ojos sobre el pelo de Marina para acto seguido cerrarlos apenas una milésima de segundo, el tiempo suficiente para crear en ella una duda: acababa de pensar en algo, y Marina habría pagado por saber qué era.

Julia dejó de hablar cuando el desconocido se plantó frente a ellas.

—Escuche, señorita, está usted perdiendo el tiempo y haciéndoselo perder a su compañera. A la vista está que no sabe hacer nada. Si todo se le da tan mal como ir en bicicleta, mejor lo deja.

Marina entrecerró los ojos: no podía creer lo que estaba escuchando. No le gustó nada el tono que estaba empleando para dirigirse a ella, y lo de la bicicleta era algo que no sabía a cuento de qué venía.

—Mejor busque otro empleo, uno que se adapte mejor a su capacidad intelectual.

«¿Qué ha dicho este estúpido? ¿Me está llamando idiota?», se preguntó, mientras lo fulminaba con la mirada. A Marina le parecía increíble tal grosería. Las risas de sus compañeros le gustaron menos todavía. Ambos sostuvieron la mirada en lo que a ella le pareció una eternidad, hasta que al fin se escuchó una voz:

—Tomás, te llaman por teléfono; es urgente.

Observó a la persona que había hablado: era un señor mayor, al que el tal Tomás siguió fuera del taller. Cerró los ojos para tomar aire y soltarlo despacio, intentando relajarse.

—¡Vaya, Rosa! Ya se ha acercado tu hombre a la mesa. —Se escuchó a Joaquín.

—¡Pues sí! Y ya sabemos cómo habla, qué majo, ¿no, Marina? —le preguntó Verónica, con una estúpida sonrisa de satisfacción.

Las risas de todos volvieron a escucharse.

—Bueno, ¿nos callamos de una vez? —amonestó Julia molesta, levantando la voz—. Eran Alberto y su hijo, los dueños de la empresa —le informó en un tono más bajo.

«¡No se puede ser más estúpido!», pensó enfadada, indignada... dolida. Hacía mucho tiempo que no la avergonzaban tanto, y ya había olvidado lo que se sentía cuando se reían de ella: rabia y mucha impotencia. Le traía sin cuidado quién fuese aquel hombre, nadie tenía derecho a tratar de aquel modo a una persona. Había sido como volver al colegio, a ese terrible momento de la salida de clase con Virginia.

—No suele ser impertinente con nadie... ¿no sé qué le habrá pasado! —Julia parecía disculparlo—. Pero no te preocupes, no sabrá que hoy es tu primer día.

Sus palabras no le servían de consuelo. Se las agradecía en silencio, pero resultaban inútiles: «¿No sabe que es mi primer día? Tal vez si hoy fuese mi quinto día sí estaría en su derecho de hablarme así», se preguntó, molesta. ¿Cuánto hacía que no tenía un día tan malo? El calor allí era insoportable. Nada le salía bien; ¿cuántas veces había repetido ya aquel dichoso patrón? Había perdido la cuenta. Por fin, hizo una bola con el papel y lo tiró a la papelera. Y ese pelo... ¡el maldito pelo! Lo apartó de su frente completamente sudada.

Notó cómo Alberto se acercaba hasta la mesa. Educadamente, la invitó a acompañarla a su despacho. Todos la miraron. Eso era justo lo que no quería, seguir siendo el centro de atención, pero ya era demasiado tarde: con el camino que llevaba, iba a ser el comentario de lo que quedaba de día, o puede que incluso de más tiempo. Todo dependía de lo que aquel señor fuese a decirle.

Siguió por el pasillo a aquel hombre alto y cargado de hombros; parecía

alguien serio, triste. Alberto se giró un par de veces para sonreírle, agradable. Y ella intentaba animarse: no había hecho ni dicho nada. Después de todo, ¿qué le podía pasar? ¿Perder el empleo? A esas alturas del día, poco le importaba ya. Tenía muy claro que le daba igual que Tomás fuese el dueño; solo pensaba ser educada con Alberto por la amistad que lo unía a su madre; a su hijo no pensaba tenerle ningún respeto, puesto que él no lo había tenido con ella. Podía despedirla si era ese su deseo.

Ante la puerta de la oficina, Alberto le cedió el paso. Tras una mesa estaba sentada Carmen, vecina de su madre y tía de Verónica. La miró y la saludó sin interés alguno. Sí que se parecían tía y sobrina: la misma cara, similar gesto de desagrado al verla, y esos ojillos, pequeños pero inquisidores, de los que te miran y parecen estar haciendo un estudio completo de tu personalidad.

Alberto abrió otra puerta y le cedió el paso de nuevo para entrar al despacho; sentado en un sillón giratorio, tras la mesa, se encontraba Tomás. La miró de arriba abajo con gran descaro, recorriendo todo su cuerpo como si buscase algo, recreándose en aquella maraña que eran sus rizos esa mañana. Y a Marina no le importó su descaro, ni aquel paseo por su anatomía, así como tampoco le importó sostenerle la mirada otra vez.

Permaneció erguida ante él, sin inmutarse, dejando que mirase una y otra vez su cuerpo, del que tiempo atrás no se había sentido muy orgullosa. Pero ahora, con treinta y dos años, por fin era una mujer a gusto con su físico: alta, proporcionada, algo más delgada que de costumbre por el estrés que cuidar de su padre le había provocado; su blanca piel estaba cubierta de pecas. Siempre las había detestado —Virginia se había ocupado de eso a fondo—, pero ahora le agradaban, la hacían diferente al resto: su cara pecosa y su larga melena pelirroja no dejaban que pasase desapercibida nunca, para bien o para mal, aunque en aquel momento eso le resultaba indiferente. Hasta que no escucharon la voz de Alberto, no parecieron tomar conciencia de que no estaban solos.

— Mi hijo no sabe que hoy es tu primer día con nosotros.

«¡De vuelta con lo de mi primer día! ¿No entiende nadie que eso no justifica sus palabras? ¡Tampoco es tan difícil!», se indignaba en silencio.

—Quisiera que lo disculparas; no ha sido su intención molestarte, ¿verdad, Tomás?

«¡Vaya! ¡Qué bonita familia! —pensó, sin salir de su asombro— Tira la piedra y viene papá a pedir disculpas. Debe ser reconfortante saber que puedes hacer y decir lo que quieras, porque siempre tendrás a alguien que te respalde».

—¿Tomás? —le exhortó su padre, que parecía esperar algo de él.

Pero Tomás no abría la boca: se limitaba a mirarla con fastidio. Su padre lo fulminó con la mirada; se le veía un hombre de carácter fuerte, mucho más que su hijo, al que parecía controlar.

—¡Tomás! —le increpó, alzando un poco la voz.

—Lo siento mucho. —Le escuchó decir por fin en tono neutro, carente de emoción y de sinceridad. En ningún momento habían dejado de sostenerse la mirada.

Finalmente, fue Marina la que acabó desviando la vista para mirar a Alberto, limitándose a sonreírle porque no sabía qué decir.

—Me alegro mucho de conocerte —declaró él—; espero que todo te vaya bien y que estés a gusto. Cualquier problema que surja, confío en que se lo hagas saber a Fran o a mi hijo.

Marina miró de nuevo a Tomás, y una risa irónica escapó sin querer de sus labios: no pensaba recurrir a ese hombre para nada. Alberto la miraba, curioso, y a Tomás no pareció agradarle su risa.

—Nos gustan las personas que son capaces de sonreír después de un momento desagradable. Eso dice mucho de tu carácter; Tomás sabrá valorarlo.

De pronto, sintió cargo de conciencia; Alberto estaba confundido: ella se estaba riendo de su hijo.

—No se preocupe. Estoy convencida de que ha debido de ser un mal momento para conocernos. No soy rencorosa; ya lo he olvidado —vocalizó

con innecesaria lentitud esas últimas palabras, sin dejar de mirar a Tomás con malicia.

Alberto la miraba confundido. Se hizo un silencio incómodo.

—Te pareces mucho a tu padre. —Alberto entrecerró los ojos en un gesto que le hizo entender que debía de estar evocándolo—. Trabajó con nosotros poco tiempo, pero ese pelo es difícil de olvidar.

«¡Sobre todo hoy!», se lamentó en silencio mientras intentaba retirar los mechones de su frente. Tomás sonreía, mirándola divertido; ¿se estaba burlando de su pelo? Volvió a fulminarlo con la mirada: ya le caía peor que antes. De pronto, se escuchó sonar un teléfono móvil.

—Disculpa un momento —solicitó Alberto, amable, mientras se alejaba hacia el fondo del despacho.

Tomás se levantó. Marina lo miró detenidamente: pantalón chino azul marino y camisa blanca con la manga remangada; una sola vuelta, se fijó bien. Aquellas cotorras del taller tenían razón: estaba muy bueno. Se aproximó a ella, inclinándose tanto sobre su cara que le resultó molesto, pero no retrocedió ni un milímetro. «¡Por Dios, qué guapo!», fue lo único que pensó al tenerlo tan cerca.

—¡Debería denunciarte! —le espetó él en tono muy bajo, mirando de reojo a su padre.

«¿Por no saber hacer unos patrones? ¡Pues sí que está jodido el tema laboral!», pensó, mirándolo con asombro porque no comprendía nada.

—Ya veo que no sabes de qué hablo. —Sonaba indignado, pero Marina no entendía por qué—. Casi te atropello en el puente.

—¿El puente? —preguntó, haciendo memoria—. ¿Eras tú? ¡Vaya! Pues deberías tener más reflejos en lugar de una lengua tan larga.

Tomás abrió la boca para decir algo; la cerró, perplejo y la volvió a abrir. Parecía no dar crédito a la actitud de Marina.

—En vista de que te importa tan poco tu vida, debería haberte atropellado; casi me caigo al canal por tu culpa —le dijo por fin.

—Hace calor. No te habría venido mal refrescarte un poco.

Se miraron. Estaba tranquila, pero él parecía que iba a comérsela de un momento a otro. Solo se escuchaba a Alberto hablando por teléfono.

—Existe algo que se llama código de circulación. Mira —dijo, sacando el dedo pulgar mientras hablaba y enumeraba—, normas para coches —continuó mostrando dedos y enumerando—, para motos, para peatones y sí, ¡fíjate!, también para bicis.

—¿Esto qué es? ¿Una autoescuela?

—Allí es donde deberías ir —susurró muy cerca de ella; aquel tono la estaba poniendo de los nervios—. Pero, mientras no vayas, porque igual no sabes ni el camino para llegar, hay algo muy sencillo de recordar —le cogió la mano y abrió su brazo hacia la derecha—, se debe sacar la mano en la dirección en la que vas a dar el giro.

Él no la soltaba, y ella pensó que la situación debía de ser bastante absurda con aquel extraño que le sujetaba la mano en esa posición. Sus cuerpos estaban tan juntos que Marina observaba cómo el pecho de Tomás subía y bajaba mientras la miraba furioso.

«¡Me trata como si fuese imbécil!», pensó con rabia. Giró la cabeza para mirar a Alberto, que parecía ajeno a la conversación que estaban manteniendo, y al poco volvió a mirar a Tomás, que no parecía querer soltar su mano. Sin saber por qué, le sopló en los ojos, haciendo que parpadeara rápido varias veces, incrédulo ante lo que ella acababa de hacer.

—¿¿Qué haces?! ¿¿A qué ha venido eso?!

—¡Huy, pues no sé! Te has quedado ahí atascado mirándome, y he pensado: «Como los bebés cuando se quedan sin respiración de tanto llorar». Creo que si les soplas en los ojos reaccionan, respiran de nuevo... ¿o no es bueno hacerlo? —Fingió estar pensando—. ¿Tú sabes algo de ese tema? Tendré que investigar por si te vuelve a pasar. Temo que te ahogues, extasiado al ver tan de cerca mi exuberante belleza.

Tomás abrió la boca para hablar, pero en lugar de eso resopló fuertemente,

ejerciendo mucha más presión en la mano que tenía sujeta entre las suyas. Marina bajó la vista para mirar aquella mano; se fijó en las venas, que se marcaban mientras presionaba; vio el vello que cubría su piel. Esa presión la ponía nerviosa: hacía mucho tiempo que un hombre no la tocaba. Volvió a mirarlo a la cara. Tomás contemplaba su cabello, pero no sonreía como lo había hecho antes; vio un brillo en su mirada que le pareció curioso, y tuvo la misma impresión que hacía un momento en el taller de patrones: estaba pensando en algo. Sus ojos se encontraron, y sintió calor pese al aire acondicionado del que allí disfrutaban.

—Presta atención, belleza exuberante pero carente de inteligencia: de no conocer el código de circulación, existe una cosa que se llama sentido común, algo que tú no tendrás nunca. ¡Recuerda! Jamás te cruces delante de un coche en marcha. —Soltó su mano de un modo brusco.

«¡Uy, qué mala leche me está entrando!», pensó, al borde de la histeria. Tenía ganas de darle un bofetón y de soltarle un par de gritos bien dados.

—Vamos a hacer una cosa: ¿puedo quedarme después del trabajo y me vuelves a explicar todo eso? Porque estoy pensando que, dada mi capacidad intelectual, de aquí a la hora de salir se me habrá olvidado tu lección magistral.

Él se acercó mucho más a ella, desafiándola con la mirada.

—Escucha...

Pero Marina no dejó que acabase lo que estaba empezando a decir:

—Bueno, y de paso le pedimos a tu padre que se quede también con nosotros y que te enseñe buenos modales, y así aprendes de una vez que está feo que, siendo ya tan mayorcito, tengan que pedir disculpas por ti.

A él no le dio tiempo a replicar antes de que Alberto se acercara hasta ellos de nuevo. Seguían tan juntos que este se sorprendió al verlos así. Pasó la vista de uno a otra, sin entender lo que estaba pasando entre ellos. Lo escucharon carraspear, y Tomás se separó de Marina, aunque sin dejar de mirarla.

—Bueno, espero que hayáis tenido tiempo de conoceros un poco. Si me

haces el favor, saluda a tu madre y a tu abuela Maribel de mi parte.

—Lo haré, y gracias por todo.

—De nada. Bienvenida a la empresa.

Marina salió del despacho, no sin antes percibir cómo Tomás la seguía mirando atentamente. De regreso hacia el taller, iba pensando en lo que acababa de escuchar: ¿de verdad un hombre como él necesitaba que su padre saliera en su defensa? No entendía nada. Además, tenía todo el aspecto de ser alguien bastante serio. «¡Lástima de hombre! —pensó—. Tan guapo y tan estúpido... ¡qué mala combinación!».

Al entrar, todos la miraban, seguramente ardiendo en deseos de saber lo que había pasado, pero sin que nadie se atreviera a preguntar. Se sentó para volver a batallar con aquel maldito dibujo.

—¡Menuda bienvenida! —escuchó a alguien exclamar en las mesas del fondo, y todo el mundo se echó a reír.

«¡Qué agobio!», pensó, aburrida ya de todo en esa empresa.

Bajó con paso lento hacia el taller de costura, sin ganas de nada. Durante el descanso se había quedado en el taller de patrones, repasando su tesis. La había metido en la mochila al salir de casa y, en cambio, no había cogido agua ni nada para comer —o al menos para engañar al estómago— hasta la hora de la salida. Pero aquella había resultado ser la media hora peor empleada de su vida: la imagen de Tomás recorriéndola con los ojos no se le iba de la cabeza. Y su mano atrapada en la de él, tampoco.

Ana estaba de espaldas a la puerta. La tocó suavemente en el hombro: llamarla no hubiera servido de nada: el ruido le parecía insoportable; desde luego, aquello no iba a ayudar a mejorar su dolor de cabeza. La «Dama de la Costura» se levantó rápidamente, y le explicó con todo detalle cómo funcionaba el taller, pero la expresión de Marina acabó inquietándola.

—¿Qué tal te manejas con la máquina de coser?

«¡Directamente, no me manejo!»; quiso decirle; y es que, a pesar de haber practicado días atrás en casa con su madre, se sentía tan frustrada al ver cómo era el ritmo de trabajo allí que no se creía capaz de manejar una máquina de ese modo. Finalmente, se decidió a pedirle paciencia y algo más.

—Creo que sería más útil desempeñando otra función; no estoy acostumbrada a esta rapidez en el trabajo.

—Me ha comentado Fran que eres profesora de inglés y francés.

Marina asintió.

—Por curiosidad... ¿qué se te ha perdido entonces aquí?

«¡Una cuenta en números rojos!»; quiso decirle al recordar el estado de sus finanzas después de un año completo sin trabajar.

Marina se lamentaba mientras sacaba la bicicleta del aparcamiento: «¡Qué asco de día! ¡Como todos sean iguales...! Virginia, Verónica, el tonto de Tomás, y encima no me entero de nada de lo que tengo que hacer. ¿Cómo se te ocurrió aceptar este trabajo?». Parecía estar discutiendo con ella misma, de pie, quieta, esperando el momento en el que el sillín de su bici dejase de arder. No había forma de sentarse en él después de toda una mañana bajo el sol.

Paseó la vista por el aparcamiento, pero no vio ni una sola marquesina, ni tampoco sombra alguna bajo la que aparcar al día siguiente. El resto de empleados que no iban en coche parecían tener el mismo problema. Se fijó en que algunos sacaban de su mochila una funda para el sillín, y recordó que tenía una en casa; la buscaría, le iba a hacer falta: se estaba abrasando de calor allí parada. Decidió marcharse antes de acabar derretida.

Notó cómo se agudizaba el dolor de cabeza con el que había acabado su primer y exitoso día. Estaba deseando llegar a casa y darse una buena ducha.

Escuchó un coche tras ella, y pensó que tal vez sería Tomás, por lo que disminuyó el ritmo, deseando que la sobrepasase lo antes posible, pero el coche se situó a su altura. Sí, era él. Bajó la ventanilla y la miró. Sin dejar de pedalear, Marina soltó las manos del manillar, las levantó, y preguntó molesta:

—¿Y ahora qué?

—¿Qué haces? ¡No sueltes el manillar! —le gritó alarmado.

—¿Te molesta esto? —Levantó aún más las manos—. ¿En serio?

Se miraron desafiantes.

—¡Un segundo! Esto te va a gustar seguro, viene en el código de circulación para ciclistas con una capacidad intelectual como la mía. —Pedaleó más rápidamente, mientras tiraba del manillar para echar el peso de su cuerpo hacia atrás; dando un fuerte pedaleo, consiguió levantar la rueda delantera.

Hacía años que no lo intentaba, pero le salió perfecto, todo lo perfecto que quería para que él se quedase de piedra. Cuando se situó de nuevo a su altura y la miró, su cara era difícil de describir.

—¡Marina! —le gritó, molesto.

—¡Tomás! —dijo con afectación, mientras se llevaba las manos a la cara en un fingido gesto de susto.

Escuchó cómo pisaba el acelerador para alejarse de ella.

—Pfff... ¡Tiparraco! —le gritó, harta del día que estaba teniendo.

Al llegar a casa, su madre la estaba esperando, impaciente porque le contara cómo le había ido. Decidió que, si mentía, acabaría antes la conversación.

—¿Qué tal?

—Muy bien, todos muy simpáticos.

Su madre la miraba incrédula.

—¿Has conocido a Alberto?

—Te envía saludos. —Se echó en el sofá a disfrutar un momento del aire acondicionado—. A ti y a la abuela.

—Es muy educado, siempre tiene palabras agradables para todo el mundo.

«¡Igualito que su hijo!», pensó Marina, recordándolo.

—Te han enviado un sobre. —Su madre se acercó para tendérselo.

—Debe de ser de mi tutor de tesis.

—Me parece que no viene de la universidad.

Miró el sobre con el logotipo de una empresa de transporte urgente, leyó el remitente. Era de la empresa de Tomás.

—¿No lo abres? —preguntó su madre, curiosa.

—Luego; no hay prisa.

Se sentó a comer sin dejar de pensar en el contenido del sobre. Probablemente, no sería nada importante. Acabó rápidamente para subir a su habitación, rasgó el sobre y sostuvo el pequeño libro sin apenas parpadear.

—No me lo puedo creer. —Negaba con la cabeza y resoplaba, enfadada.

En su mano sostenía un pequeño manual infantil de circulación para ciclistas. No hacía falta preguntar nada; sabía quién enviaba eso.

—¡Muy gracioso, Tomás! ¡Pero mucho...! ¡Qué idiota!

Pasó parte de la tarde intentando concentrarse en la corrección de su tesis, pero el manual del ciclista sobre la cama parecía no dejar de mirarla y de recordarle lo que había pasado esa mañana. Cuanto más lo pensaba, peor se sentía. Sabía que había cometido una imprudencia cruzándose delante del coche de Tomás, pero su frasecita para dejarla en ridículo... escocía, y no le iba a ser fácil olvidarla.

—¿Cómo se llama? —preguntó Elvira, curiosa.

—No se llama nada; ¡es un energúmeno, y ya está! —Marina se lanzó a la piscina. No le apetecía seguir hablando de lo que había pasado esa mañana.

Noelia y Elvira eran insistentes. Cuando salió del agua, las dos la esperaban sentadas en el borde la piscina.

—Pues a mí me ha encantado lo del manual del ciclista. —A Elvira se la veía feliz.

—Pues te lo presto cuando quieras; y a mi jefe, también.

—No lo prestes tan rápido, que te hará falta.

—¿Para qué, Elvira?

—¿Puedo meter el dedo en la llaga, Marina? No entiendo por qué te molestas tanto con él; tú misma has reconocido que no sabes hacer nada en esa empresa, y eso es exactamente lo que te ha dicho.

—¿Qué pretendes decirme?

—Lo que ha pasado hoy.

—No estabas allí.

—No me hace falta. Te ha dicho que busques un empleo que se adapte a tu capacidad intelectual; tienes dos licenciaturas; algo que se adapte a tu nivel no es ese trabajo.

—Él no sabe todo eso. Me ha hecho sentir mucha vergüenza: es lo que no puedo soportar.

—Seguro que se ha sentido eclipsado por ti y se ha envalentonado.

—¿Por qué no dejas de decir estupideces? —Ya estaba lo suficientemente molesta como para que Elvira le hablase de ese modo.

—Y, por cierto... ¿está bueno? Porque si está bueno, igual lo demás es disculpable.

Elvira reía feliz con su ocurrencia; Marina y Noelia la fulminaron con la mirada.

—Le ha dicho cosas desagradables a Marina. Da igual cómo sea ese hombre —le recriminó Noelia.

—La próxima vez no habléis; más acción ahí es lo que necesitas, «Marina responsable».

—No te voy a decir que no a lo de tener más acción —Marina se sentó en el borde junto a sus amigas—, pero con «eso», no.

—No lo llares «eso», porque entonces lo visualizo. —Elvira entrecerró los ojos, pensativa.

—¿Y qué visualizas? —quiso saber Marina.

—Un hombre de unos cincuenta años, sin culo, pero con barriga cervecera. Calvo por arriba, aunque con un mechón enrollado como una ensaimada encima del todo, intentando disimular su falta de pelo. ¡Ah, sí! Y un plus

añadido: gafas con cristales sucios, muy sucios. —Elvira se estremeció con un escalofrío.

Las tres se echaron a reír. En ese momento se acercaba Román, el marido de Noelia.

—¡Vaya recibimiento!

—Se ríen de tu bañador nuevo; ya te dije que era ridículo —refunfuñó Noelia.

Román se miró durante unos segundos.

—¡Pues yo me veo espectacular! —Se lanzó a la piscina, decidido.

—¡Eres mala, Noelia! Pobre Román —le recriminó Marina.

—Déjalo, que espabile. Cada vez que sale solo a comprar ropa se le ocurren cosas absurdas; ¿dónde va con ese slip de baño? Él siempre ha sido de bermudas.

—Es normal cambiar de gustos, ¿no? —replicó Marina, mientras observaba a Román nadar. No le quedaba nada mal el bañador, pese al enfado de su mujer.

—¡Para hacer el ridículo, no!

—¿Estás bien?

Marina la miró, preocupada; ese carácter agresivo no era normal en Noelia, siempre tan dulce y cariñosa.

—Está un poco harta de la vida familiar —le informó Elvira.

—¡¿Por qué no te callas?! ¡Qué boca tienes! —Noelia se levantó para sentarse en una de las tumbonas.

—Ya te lo contaré, no te preocupes, Marina —dijo Elvira, quitándole hierro a lo que acababa de pasar.

Marina sintió que estaba cada vez más desconectada de la vida de sus amigas. Quizás había sido algo egoísta últimamente, sumida solo en sus preocupaciones. Elvira se casaba en noviembre; era fotógrafa y trabajaba en el estudio de su padre, allí, en el pueblo. Noelia era profesora de lengua de secundaria, pero llevaba en paro ya algún tiempo; estaba casada. Marina era

la madrina de su hija Alba.

Elvira tenía a Fernando y planes de futuro. Noelia tenía a Román y una niña preciosa. Y ella, ¿qué tenía? En ese momento, tristeza, cansancio, agotamiento, y una carrera suspendida en mitad del aire: había aparcado su vida por cuidar de un padre que, irónicamente, nunca se había ocupado de ella. Al final de su existencia, Marina había sido la única persona que se había preocupado de su bienestar.

Vadyn de Kaard, el jefe más temido de las provincias bárbaras, es salvaje, egoísta y fanfarrón.

El último hombre en que Naora, una poderosa hechicera, debería fijarse.

Pero cuando sus caminos se crucen, el corazón dictará sus propias reglas.



Naora, una hechicera de las lejanas tierras orientales que viaja con una embajada, se ve obligada a aceptar la hospitalidad de un jefe bárbaro, Vadyn de Kaard. Él representa todo lo que a Naora le han enseñado a odiar desde niña: es fanfarrón, egoísta y violento.

Por su parte, Vadyn solo ve en ella frialdad y desdén, y no puede imaginar a nadie que encaje menos en su ideal de mujer.

Pero el destino parece empeñado en juntar los caminos de ambos, mientras la guerra inminente amenaza con destruir todo lo que aman.

Sofía Arias nació a finales de otoño, un día en que la niebla había sepultado la ciudad. Tal vez por eso se siente tan a gusto en ambientes brumosos, noches sin luna, mitos y personajes de fantasía. Le encanta escaparse a los Pirineos cuando están nevados. Es muy feliz con un buen libro y un buen café muy caliente. En otoño, o en cualquier estación.

Edición en formato digital: marzo de 2019

© 2019, Sofía Arias

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-97-5

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Bajo tu hechizo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Sofía Arias

Créditos